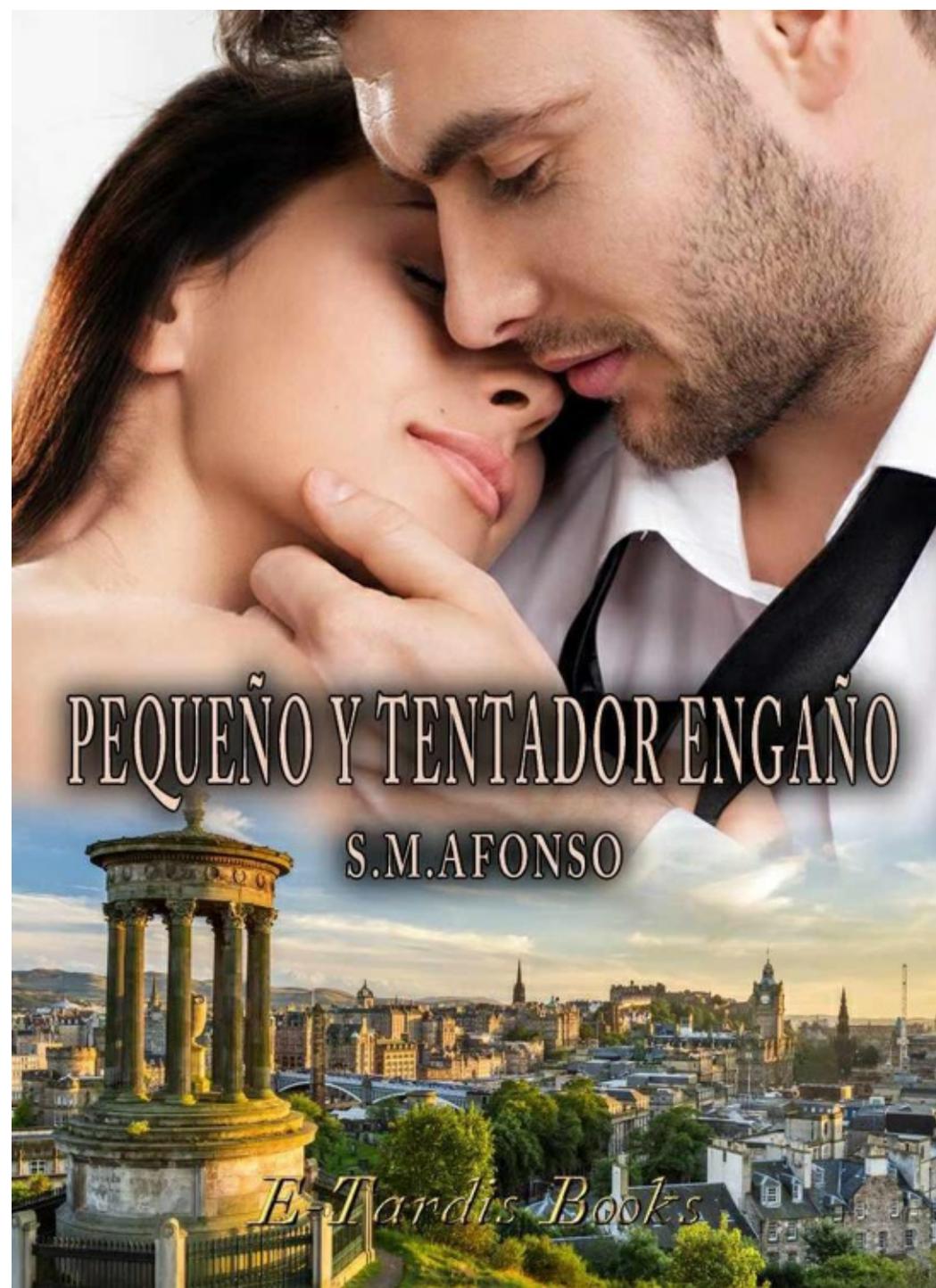


PEQUEÑO Y TENTADOR



PEQUEÑO Y TENTADOR ENGAÑO

S.M.AFONSO

E-Tardis Books

PEQUEÑO Y

TENTADOR

ENGAÑO

“romántica-adulta”

Primera edición: mayo 2014

©2014, S.M. Afonso, por textos

©2014, E-Tardis Books, por edición

(Ediciones Ortiz) ©2014, Rosa

Ceballos, por la portada

©2014, Ediciones Ortiz, por la

corrección

Quedan prohibidos, dentro de los límites

establecidos en la ley y bajo los

apercibimientos legalmente previstos, la

reproducir total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento, ya

sea electrónico o mecánico, e

tratamiento informático, el alquiler o

cualquier otra forma de cesión de la

obra sin autorización previa y por

escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de

Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita

fotocopiar o escanear algún fragmento

de esta obra.

Web de la autora: <http://www.autora-sm-afonso.com>

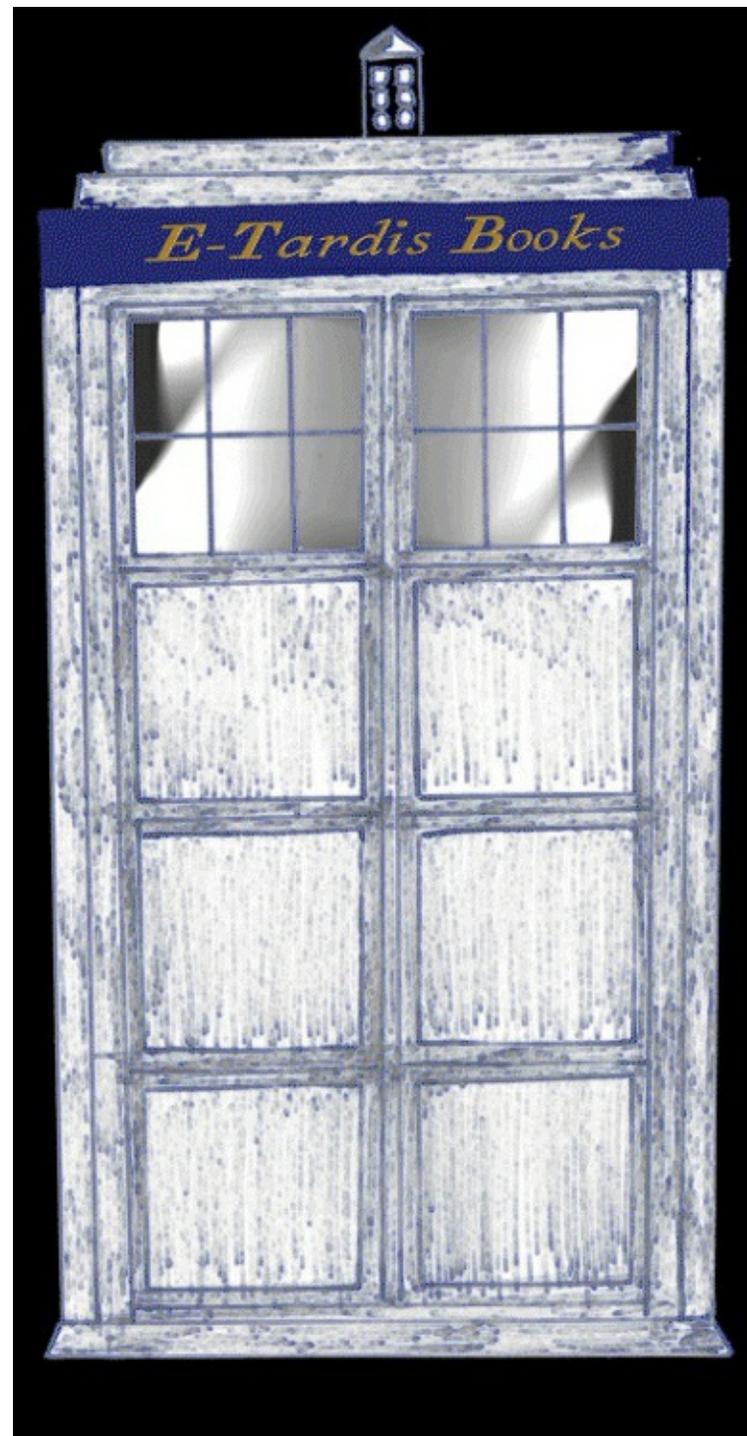
Web de la editorial:

<http://etardisbooks.wix.com/e-tardis-books> S.M. AfonSo

PEQUEÑO Y

TENTADOR

ENGAÑO



Dedicatoria

Para mis chicas favoritas: Anaïs García,
Rosa Ceballos, Gema Prieto Gigan y a
todo el STAFF de El Purgatorio. ¿Cómo
podéis soportarme cuando estoy

enfrascada de lleno en alguna de mis

historias? Gracias nenas por

acompañarme SIEMPRE en este

maravilloso y loco sueño.

Un agradecimiento especial a mi

colaboradora personal, Anaïs. Sigue

sorprendiéndome, cara, lo bien que

funcionan nuestras mentes maquiavélicas

juntas. Inquietante. *Se mueve... se

mueve* Y por supuesto, a mi editora y

co-editora, Margarita Díaz Ortiz y

Sandra Marín. Sois unas emprendedoras

y unas mujeres admirables.

Un abrazo gigante a mis lectores. Los

que han estado ahí desde el principio,

los que se han ido sumando y los que

llegarán. Cuando en ocasiones estoy

desanimada, sois los que me impulsáis a

coger un lápiz y papel —u ordenador—

y escribir. ¡¡GRACIAS!!

Por último, no puedo olvidarme de mi

familia. Sin ellos no estaría aquí.

Esta, mi primera novela, va dedicada

muy especialmente a mi Yaya. Espero

que allá donde estés te sientas

orgullosa de mí. Te extraño.

Prólogo

*“ La esperanza era una emoción
traicionera y en incontables ocasiones,
incluso, cruel.”*

Eso fue lo que pensó Mariam Salas esa noche, cuando el doctor de guardia en Urgencias cruzó la puerta de salida de su casa y se marchó, dejando tras de sí la desoladora y cruda realidad: su mejor amiga moría.

Tal vez se tratara de una cuestión de semanas o simplemente de unos insuficientes días. Quizás solo sería un asunto de horas.

La muchacha cerró los ojos con fuerza.

Las lágrimas que había estado reteniendo estoicamente mientras se agarraba con delirante desesperación a alguna vaga solución, surcaron sus mejillas, incontrolables.

Judith Melian nunca alcanzaría a ver la magnificencia y la templanza serena de un nuevo otoño. Su corazón se detendría y latiría por última vez ese mismo

verano.

Secándose las señales del llanto con el dorso de una mano temblorosa, se obligó a serenarse. Debía tener entereza para sobrellevar con el mayor de los optimismos aquella situación tan dolorosa e injusta. Tenía que hacerlo por Judith y también por Daniel.

Después de refrescarse el rostro en el baño y de haber enmascarado, seguramente y de forma pésima las huellas de su desconsuelo, caminó hasta el dormitorio de su amiga. Tocó tímidamente la puerta antes de entreabrirla un poco y asomar la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto que sí, muñeca —

respondió la joven desde la cama.

Ante el apelativo cariñoso que le solía

dedicar a menudo su mejor amiga,

Mariam sonrió al entrar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó,

sentándose en el borde de la cama y

acariciando el cabello castaño claro de

la mujer en un gesto maternal.

—Supongo que he tenido días mejores.

—¿Como cuando subimos hace años de madrugada a la montaña en busca de vida extraterrestre tras escuchar la alerta OVNI de Iker Jiménez en su Milenio3?

Ante ese recuerdo, Judith soltó una sonora carcajada. Rápidamente después, se llevó las manos a la boca al percatarse de las intempestivas horas y de que no muy lejos de allí, en otra habitación, dormía una personita.

—Sí, bueno —musitó, pasado el ataque de risa—, creo que ese entraría en mi lista de días insuperables. —Estudió unos segundos a su amiga. Parecía agotada y de precisar horas de sueño con urgencia—. Mariam...

—Dime, bombón, ¿necesitas que te traiga algo?

Con manos trémulas, alisaba de manera repetitiva la ropa de la cama en un intento de no enfrentar demasiado la mirada de su amiga.

—No. Solo quiero que me prometas una cosa antes de... —Dudó un momento—.

Antes de morir.

—¡No! —exclamó Mariam, horrorizada, con lágrimas en los ojos e irguiéndose de la cama—. ¡No vas a morirte! ¡No puedes dejarnos!

Judith tragó saliva para deshacerse del nudo que tenía en la garganta, pero el que tenía en el corazón era mucho más torturador.

No soportaba ver los ojos marrones, como el chocolate más suave, de Mariam evidenciando tanto martirio.

Tanta pena. Pero por mucho que quisiera ahorrarle cualquier tristeza, no podía mentirle, prometiéndole algo, que lamentablemente no dependía de ella.

Así que recurriendo a la comprensión comentó en un tono bajo:

—Me estoy muriendo Mariam, y estoy tan cansada. Sé que tú cuidarás bien de Daniel.

—Por favor, no me hagas esto — balbució ella, estrangulada, dejándose caer de nuevo sobre el colchón—.

Podemos consultar más opiniones

médicas, viajar a Estados Unidos.

—Mariam... —murmuró Judith, sin poder detener la exposición de engañosa creencia, que ni su amiga probablemente se creía, aunque se aferrara con uñas y dientes.

—He estado consultando nuevos tratamientos. —Su mirada era suplicante—. ¡Cualquier posible vía! Pero por favor, lucha —le imploró, apoyando la cabeza junto a la de ella—. No te rindas.

—Muñeca. —Con calma, Judith la atrajo más contra su calor y la acurrucó como si de una cría asustada se tratase—, solo quiero pasar los últimos días que me puedan quedar por este mundo, tranquila, rodeada de las personas que amo y no en un hospital inconsciente y aturdida por la sedación. —Notó como Mariam la abrazaba con más fuerza—. Y sé perfectamente que en mi situación, tú harías exactamente lo mismo.

—¿Y qué pasará con tu hijo? —inquirió su amiga, con un hilillo de voz, apelando a que la enferma entrara en razón. Su

razón—. Él necesita a su madre.

La aludida exhaló profusamente.

Mariam quería a Daniel como si fuera su propio hijo. Se había ocupado del bebé desde su nacimiento, y entre el pequeño y ella se había formado un fuerte vínculo. A todo ello se le sumaba también, que al haber sufrido leucemia durante años, era muy probable que el tratamiento y la terapia que le habían salvado la vida, la hubiesen dejado estéril o con muy pocas posibilidades de concebir algún día.

—Cariño, tú has sido su madre —señaló Judith, fluctuando entre la nostalgia y la gratitud—. Puede que yo lo haya llevado en mi vientre durante meses y le diera a luz, pero has sido tú quién se ha ocupado de él desde el primer día.

Hubo un breve silencio antes de continuar. La simple mención de aquel tema, a ambas, las destrozaba.

—Dani necesita un trasplante de médula ósea. El tiempo corre en su contra y el donante compatible para él sigue sin

aparecer.

—Pero lo encontraremos. Ya lo verás.

Judith sonrió ante la siempre entusiasta
positividad de su mejor amiga.

—De eso se trata, nena.

—¿De qué?

—Quiero que busques a su padre.

—¡¿Qué?! —Sobresaltada, la miró con
incredulidad—. Jud, si hiciera eso me lo
quitaría. Aunque no lo quisiera, al saber
que es su hijo lo haría. Ese canalla
tendría todos los derechos, no yo.

—No si dices que es tu hijo.

Mariam la contemplaba como si
padeciera alguna enfermedad mental en
vez de un cáncer terminal.

—Prácticamente nadie sabe de la
existencia del niño. Llevamos más de un
año aisladas del resto de la civilización,
como dos ermitañas. A parte de tus
padres, solo Ulises conoce la verdad. Y
ninguno de ellos hablaría si se lo
pidiésemos.

La joven negó con la cabeza y algunos
de los mechones castaños oscuros,

enroscados en un desaliñado moño, se desprendieron del amarre.

—Te olvidas de Javier Carballo.

Judith suspiro.

Parecía que hubiese pasado toda una eternidad desde entonces.

—Él se fue hace un año, cuando nació Dani, y juró que no quería saber nada del niño ni de mí. También me gritó que jamás lo buscara.

—Maldito canalla —aseguró la otra muchacha entre dientes. Seguía sin perdonarlo.

—No, Mariam —rebatió ella, taciturna, cerrando los párpados—. Yo le fui infiel y al final, aunque creí fervientemente que el niño sería suyo, resultó que no. No le puedo reprochar que nos haya abandonado.

—No le fuiste infiel, Jud. —Súbitamente parecía hastiada de oírla defender y justificar el comportamiento del cabrón que tenía por ex—. Por aquel entonces, os habíais separado después de pillarlo con otra en la cama. ¡El muy hipócrita!

—Olvídalo —sugirió Judith,

reconciliadora. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse, y un novio que jamás la había amado con sinceridad, no estaba entre ellas—. Yo hace bastante que lo hice.

Inquieta, volvió a insistir con una mirada que lo decía prácticamente todo. Lo único que necesitaba para estar en paz.

—Mariam...

Los ojos de la joven rezumaron tristeza y con voz rasgada por el llanto que se afanaba por desterrar, inquirió no muy conforme:

—¿Cómo lo haré? Quiero decir, como demostraré, si me pidiera pruebas, que Daniel es mi hijo biológico.

—Ulises es un maestro en eso. Él se ocuparía del papeleo que puedas necesitar.

Mariam rió artificialmente, totalmente agnóstica ante la flamante maquinación de su amiga.

—Estamos hablando de ilegalidades,

Jud.

—Estamos hablando de que Dani
conozca todos sus cumpleaños —
reconvino ella, repentinamente ansiosa

—. Es tan pequeño. Aún le queda toda
una vida por delante. Y yo no podré
descansar tranquila si por terquedad u
orgullo herido, mi bebé sigue mis pasos.

Entrelazando las manos para ocultar los
convulsos espasmos que las recorrían,
Mariam negó con la cabeza.

—No permitiré que le ocurra nada.

—Entonces busca a su padre. A mí ya no
me queda tiempo ni fuerzas, y él podría
ser el donante que tanto hemos fracasado
buscando. Los especialistas aseguran
que existen muchas posibilidades de que
sean compatibles.

—Ese hombre no quiso saber nada de ti
después...

—Muñeca —la cortó su amiga—, fue
una aventura de una sola noche y los dos
estábamos bebidos. —Alicaída
reconoció—: Ni siquiera sabe que es
padre. Nunca supo de mi embarazo.

Mariam tragó saliva como si no pudiera respirar y su vista contempló, durante un largo rato, la noche sin luna que se hallaba más allá de la ventana del dormitorio. Todo parecía tan quieto, en calma, era como si en el exterior el mundo entero se hubiese detenido.

—Pero si me presento ante él y digo que el niño es suyo, descubrirá la mentira al instante al no reconocermelo —explicó casi de forma inaudible, sin apartar la mirada del cristal que las separaba de un exterior que permanecería perenne, no como su amiga, y más tarde o más temprano, ella. Como todos.

—No ocurrirá tal cosa —resolvió Judith, categórica. —¿Y por qué estás tan segura? —quiso saber ella, sometiendo a su amiga a todo un significativo escrutinio.

Súbitamente Judith pareció nerviosa.

—Bueno, nunca te lo mencioné, pero después de saber que estaba embarazada, y pensando que cabía la posibilidad de que él fuera el padre, lo

busqué en una ocasión.

—¿Y qué sucedió? —preguntó sorprendida y algo dolida por la demorada confesión.

—Que no me reconoció. Al parecer, había tomado más esa noche que yo. — Para quitarle relevancia, sonrió. Pero era obvio que en su momento ese nefasto y humillante episodio le dolió. Quizás aún le dolía.

—¿Y por qué no le confesaste la verdad?

Judith trató de disimular sus emociones. El corazón se le había hundido en el pecho, pesado, como si fuera de plomo.

—Sinceramente, no lo sé. Tal vez por orgullo herido al no recordarme o porque realmente deseaba arreglar las cosas con Javier. Pero la única certeza que tenía era que no sabía a ciencia cierta quién de los dos podía ser el padre de Daniel.

La hermosa mirada de Mariam era cada vez más borrasca. La intriga de Judith podía tener un desenlace infeliz o futuras

consecuencias.

—Mariam —dijo su amiga, atribulada, aterrorizada también por escuchar una negativa de su boca—, necesito tu promesa. —Y tomándola de las manos y con la esperanza reflejada en su semblante, añadió—. Por favor, promételo.

La joven pensó en Daniel.

No podía anteponer sus estúpidos miedos cuando estaba en juego la persona que lo era todo para ella, su hijo. Porque eso era el niño para ella: su hijo. No necesitaba que fuera sangre de su sangre, ni haberlo llevado en su vientre para sentirlo como propio. Y eso significaba que tendría que aceptar que existía también un padre. Un padre que podría tener al alcance de su mano el remedio que tanto anhelaba.

Hizo una mueca.

Con un poco de suerte, solo la enviaría al primer psiquiátrico que se encontrara y se aseguraría de que no la dejaran salir jamás a la calle. Pasara lo que

pasase, estaba terriblemente jodida.

Así que inhalando una fuerte bocanada de aire para insuflarse ánimo, aseguró, sin poder rehusar al sarcasmo:

—Te doy mi palabra, Jud. Buscaré al venerado, admirado, idolatrado y lujuriado por muchas, de Vincenzo

Riccardi —Arrugando la nariz en una mueca cómica, completó, santiguándose

—. Y que el cielo y el infierno juntos se apiaden de mí.

Capítulo 1

Dos meses más tarde...

Cuando al fin logró salir al exterior, el enervante calor y ruido de Roma de las dos de la tarde y de principios de septiembre, le dieron la bienvenida.

Echó una rápida ojeada al imponente edificio que dejaba atrás: Las Empresas Riccardi.

Entonces recordó por millonésima vez desde que pisara el día anterior tierras italianas, qué la había traído hasta ese desconocido país.

Una promesa.

Llevaba desde primera hora de la mañana en las monumentales e impresionantes oficinas Riccardi, y no había hecho otra cosa más que permanecer sentada mirando las musarañas, leyendo alguna revista o estirando las piernas de un lado para otro en la sala de recepción de la última planta.

Cielos, ese señor Riccardi si que se las daba de Don Importante. Y era evidente que alguien como ella no merecía ni cinco minutos de su tiempo.

Cansada y cabreada como lo estaba en esos momentos, pensó, en un arranque de puro vandalismo, que si supiera dónde el magnate italiano guardaba al gran amor de su vida, su coche, se encargaría de dejar impresa su tarjeta de presentación.

Mariam se sacudió, soltando algunos mechones de su rebelde recogido. Debía borrar de la mente sus instintos más gamberros. Además, sería una lástima echar a perder el bonito vestido blanco

estampado con pequeñas flores rojas y negras de estilo hippie que llevaba puesto ese día.

Pero, Dios, ¿qué iba hacer ahora?

La música de la banda sonora de la película “Misión Imposible” comenzó a sonar en su móvil. Y es que su amigo Ulises Duarte, en su afán de hacer de aquel suplicio el chiste fácil, le había puesto cómo sintonía de llamada la melodía que todos asociarían a un plan súper-mega-ultra secreto.

Y aunque quiso sonar seria y enfadada al contestar la llamada, no pudo.

—Aquí el agente Ethan Hunt —dijo haciendo referencia al personaje de Tom Cruise en el film.

—Buenas noches, Sr. Hunt. —Escuchó a su amigo poniendo de manifiesto sus mejores dotes interpretativas—. Su misión, si decide aceptarla, consistirá en que cuando vea al Snob Semental deberá enseñarle un pezón y prometerle que si quiere ver el resto, tendrá que invitarla a su Baticueva.

Mariam estalló en una carcajada ante el divertido monólogo de su amigo.

—Y como ya sabe —continuó Ulises—, si usted o algún miembro de su inexistente bandada de groupies son encarceladas por histerismo y trasladadas al mejor psiquiátrico del país, la secretaria negara tener conocimiento de sus acciones. Ah, Sr Hunt, y cuando se vaya de asalta snobs, díganos quién es el pobre elegido. —Y en un tono de androide, anunció—. Este mensaje se autodestruirá en cinco segundos. Cinco, cuatro, tres...

Cuando la joven, después de un ataque de risa incontenible, consideró que podría articular correctamente las palabras, auguró:

—Creo que tu idea para esta misión, sinceramente, es desastrosa.

—Muñeca —comenzó él, con fingida ofensa—, a parte del personal médico del Hospital, soy el único hombre que puede constatar que no usas calcetines para rellenar el sujetador, y que tienes

unos pechos naturales, talla 95,
preciosos, qué más quisieran muchas
ensiliconadas por ahí. El semental
Riccardi en cuanto visualice el adelanto
de lo que podrías ofrecerle más tarde, al
completo, se volverá loco y su primera
parada será el servicio más... —gimió
de manera escandalosa—, a mano.

—Eres un cerdo pervertido —le espetó
ella, poniendo los ojos en blanco.

Las risas al otro lado del aparato fueron
más estridentes.

—Puede ser, pero igualmente me amas,
no lo niegues.

Hubo una acobardada pausa y de repente
escuchó la pregunta del millón:

—¿Qué ha sucedido, nena? ¿Pudiste
hablar con ese hombre?

Mariam notó como los ojos se le
anegaban en abrasadoras lágrimas y
combatió para retenerlas. Se sentía
frustrada, fracasada, pero sobre todo, se
sentía inútil. Le había fallado a Daniel.

Ahogando el incipiente llanto respiro
hondamente y dijo:

—No sé qué hacer Uli. Quiero regresar mañana mismo y a más tardar a última hora del día a España. Dani sigue ingresado y yo no estoy con él... —Se le quebró la voz.

—Quédate dónde estás. Estaré contigo en menos de de veinte minutos.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó, suponiendo lo peor.

—Nada ilícito, tranquila. —Rió. Ella no estaba tan convencida—. Simplemente asaltaremos y abordaremos al terror de las nenas en Italia y de medio planeta hasta que nos escuche.

—Pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan, pan... tiruri, tiruri, tiruri... —

Ulises tarareaba “Misión Imposible” en el oído de Mariam, sacándole una risita.

Iban a ser las siete de la tarde y estaban arremolinados en el exterior de las empresas Riccardi, viendo como su “objetivo” de ese día, al fin, se dignaba a salir de su jaula de oro.

Hubo un momento en el que Mariam seriamente llegó a pensar que ese

hombre se quedaría a dormir en el edificio.

—Las siete... —Estaba indignada—.

¡Son las siete de la tarde! ¡Ese cretino nos ha tenido aquí, esperándolo, más de cuatro horas! ¡Y eso sin mencionar las que yo he tenido que sufrir esta mañana!

Pero a su lado, Ulises la ignoraba. Con una mueca de estárselo pasando en grande, observaba, entretenido, como tres mujeres que parecían sacadas de una revista de modelaje, se lanzaban sobre su presa, que no era otra que...

¡El autócrata con complejo de gigoló!

—Guau, sé que el Semental Riccardi está muy bueno y hace lubricar en abundancia a toda mujer, hombre y alienígenas venidos de otros planetas, pero no pensé que su popularidad alcanzara esta magnitud.

—¿Y por qué sabes qué están ligando con él? —interpeló ella, tontamente. La palabra “discreción” era evidente que no figuraba en el diccionario de esas mujeres.

—¿Acaso no lo ves, muñeca?

¡Por desgracia si!

Pero molesta replicó:

—¿El qué? ¿Las risitas tontas? ¿El manoseo descarado en mitad de la calle? ¡Porque me está cegando tanta idiotez!

El entusiasta y excitado variopinto grupo de femeninas que lo rodeaban, parecía írseles la vida en conseguir que el poderoso y atractivo Vincenzo Riccardi les dedicara, como mínimo, alguna de sus sonrisas... por muy forzada que fuera.

Cuando sus miembros de seguridad le despejaron el camino para llegar sin mayores incidencias al perturbador y magnífico auto plateado que debía costar más que todas las casas de su barrio juntas, Mariam sintió como su amigo enlazaba el brazo en su codo y la arrastraba con él.

—Es nuestra gran oportunidad de dejarle caer la bomba sin que se enteren las *groupie*s acaloradas, la prensa y

hasta la vecina del quinto B.

Sin pensárselo siquiera y antes de achantarse, los jóvenes le cortaron el paso. Vincenzo Riccardo alzó las cejas, sorprendido, y los estudió con interés unos segundos antes de preguntar en italiano:

—¿Nos conocemos?

La suerte, el destino o quién perversamente la haya impulsado a este tramposo enredo, ya debía estarse frotando las manos, porque nada bueno, por muy noble que fuera la causa, podía nacer de una mentira.

—¿Sucede algo? —volvió a insistir el altísimo italiano de impresionantes ojos verdes.

Mariam se quedó sin aliento. Eran los mismos ojos y color que tenían los de Daniel. Incluso su cabello negro, decolorado solo por algunas casi invisibles canas, era idéntico al de su pequeño.

Sin duda, nadie podía negar que su bebé llevaba inscrito en muchos de sus rasgos

el apellido Riccardi.

Dios, ¿no podía pronunciar palabra por qué estaba aterrada o por qué se había quedado muda?

Por suerte o por desgracia, visto lo visto, Ulises sencillamente parecía haber nacido en Italia. Manejaba a las mil maravillas esa lengua, igual que lo había hecho Judith. En cambio ella, solamente se defendía medianamente bien.

—Tenemos algo importarte que decirle, señor Riccardi. Algo que no puede esperar.

El atractivo hombre los observó expectante.

—Este quizás no es el lugar ni el momento más idóneo.

Con los nervios pasándole factura, la muchacha recobró la voz y puso sonido a lo que pretendía ser un oculto pensamiento:

—¿Y cuándo es el lugar y el momento más... idóneo para usted, signore?

Porque esta mañana en sus oficinas no

sería. Sus cinco minutos deben de estar muy cotizados cómo para que se los pueda dedicar a alguien como yo.

Mariam se había armado de valor para mantenerle la mirada justo en el peor instante. Y es que obviamente su actitud contestataria no le había sentado nada bien al magnate italiano.

Lo decía su semblante súbitamente serio, su mandíbula tensa y como sus cautivadores ojos, de un verde insólito, la contemplaban irritados.

—¡Dios mío! Cuanta cordialidad flota en el ambiente — bufó Ulises ante la manifiesta tirantez entre el italiano y su amiga—. Me rompe el corazón tener que cortar tan entusiasta charla pero Mariam tiene algo de vital importancia que decirle, *signore*.

Tiró de ella con gentileza hasta casi pegarla a Vincenzo Riccardi, quién le sacaba más de una cabeza de altura.

—Adelante, muñeca, es para hoy.

Con el pulso acelerado, levantó la vista hacía el hombre que parecía querer

estrangularla, pero las palabras se le quedaron a mitad de camino, en la garganta.

—Vamos Mariam, díselo —la apremiaba Ulises, agarrándola del brazo para emitirle confianza—. No demores más todo este asunto.

La joven bajó los parpados avergonzada sin saber exactamente por dónde empezar. Y es que lanzar semejante bomba de relojería a punto de reventar no resultaba fácil.

—¿Decirme el qué? —Riccardi estaba inmóvil y su semblante se había ensombrecido, con los ojos clavados en la nerviosa joven—. De qué se trata todo este ...

—¡Se trata, *signore*, de que es padre de un niño! —desveló Mariam apresuradamente, sin anestesiar.

La cara del magnate italiano ante el descubrimiento de una desconocida paternidad fue un poema.

—Tan delicada y sutil como una cándida palomita. Así se hace, muñeca —resolló Ulises con cierta ironía por la

precipitada confesión de su amiga.

Vicenzo Riccardi la contemplaba

enmudecido, posiblemente

preguntándose qué nivel de enajenación

mental la atravesaba para soltar

semejante locura. Y ese severo

escrutinio la hizo apartar la mirada de

él.

— *Signore*, llevamos ya un retraso de

veinte minutos y lo están esperando —

dijo de repente una voz masculina cerca

de ellos.

El recién aparecido hombre fue como un

ángel caído del cielo para la muchacha.

Estaba ansiosa por salir corriendo de

allí, ya que por lo visto, la conspiradora

tierra se negaba a tragársela en esos

momentos y así ahorrarle aquel

bochorno.

—Un momento, Rocco. —Aunque sonó

comprensivo, era evidente que estaba

molesto por la interrupción.

Cuando el hombre de mediana edad, sin

duda su jefe de seguridad, volvió a

insistir, Riccardi le lanzó una mirada

torva que le advirtió quién daba las órdenes y quién las recibía. Captando la sutil amenaza, el individuo, apaleado por el perro rabioso que tenía por jefe, se alejó, otorgándole algunos minutos más.

—Mira, amigo —comenzó diciendo San Ulises, el siempre salvador—, para mi muñeca no ha sido sencillo tomar esta decisión, es más, si no se hubiesen dado ciertas circunstancias, probablemente jamás te hubieras enterado de la existencia del pitufo. Pero sí. ¡Sorpresa! Tienes un hijo de algo más de un año.

El rostro del italiano se ensombreció con una ira que apenas podía contener.

Fijó su mirada en la joven y aseguró:

—No la recuerdo. Si hubiese pasado algo entre nosotros lo recordaría.

—Vamos hombre —bufó Ulises—, estabas ebrio. Te habías bebido hasta el agua de los floreros. Por otro lado, este no es el mejor lugar para discutir el asunto.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué hacéis aquí?

—A ver, déjame pensar... —Chistoso,

Ulises se tamborileó la sien con algunos
dedos—. ¿Tal vez, avisarte

personalmente y no a través de terceras
personas o de la prensa de tu

paternidad? —Sacó del bolsillo de sus
vaqueros una tarjeta y se la entregó—.

Esta es la dirección del hotel donde nos
estamos hospedando. Búscanos aquí,
estaremos encantados de resolver todas
tus dudas. Deberías estar agradecido de
que Mariam no esté dispuesta a ventilar
el asunto a los medios.

Vicenzo Riccardi regresó de nuevo toda
su atención a la muchachita petrificada
que parecía estar ausente. Y lo que era
aún muchísimo peor, parecía estar
haciendo un esfuerzo estoico por no
derrumbarse, por no llorar.

Aquello fue como un crudo puñetazo en
la boca del estómago para él, y con tono
huraño comentó:

—Salgo para Londres esta misma noche.

Ulises aspiró y prosiguió:

—Y a mí me duele la espalda de estar

aquí tirado horas y Mariam se muere por estar de regreso junto a su... vuestro bebé y abrazarlo, pero ya ves, nosotros somos muy desconsideramos por no querer hacer de todo esto un show y una carnaza para distracción y diversión del populacho, mientras que el reverenciado y respetado Vincenzo Riccardi es el gran damnificado. Te diré una cosa, amigo —le palmeó confianzudamente el hombro—, fue ella la que se quedó embarazada. Fue ella la que a pesar de estar en un inminente riesgo durante la gestación, decidió seguir adelante. Y fue ella la que casi... —Su discurso pareció mermarse ante un recuerdo. Su voz se tiñó de tristeza—. La que casi pierde la vida dando a luz a tu hijo. Así que no me vengas con estúpidas majaderías.

— *Signore*... —Rocco volvía a insistir reapareciendo de nuevo.

—Nos vemos, *signore* Riccardi —dijo con una inclinación burlesca de cabeza—. Disfrute de lo que queda de día... si puede.

Sin mellar ni una sola palabra más,
entrelazó sus dedos con los de la chica y
empezaron a alejarse.

Inconscientemente Vincenzo dio un paso
hacia delante, como si tuviera intención
de salir corriendo tras esos botarates.

En realidad, solo quería correr tras la
chica antes de que desapareciera por
completo de su visión, arrinconarla
entre alguna pared y su cuerpo y
obligarla a confesar la verdad.

Entonces recordó la tarjeta que le dieron
y miró la dirección del hotel. Sus labios
formaron una mueca perversa. Perfecto.

¿Por qué contentarse en tener frente a
frente a esa jovencita en medio del
bullicio de la ciudad y de numerosos
ojos indiscretos cuando la podía tener
en exclusiva solo para él?

Capítulo 2

Eran las diez de la noche y Mariam tenía
la exasperante sensación de haber
cometido el peor de los delitos y estar
caminando con destino a su sentencia de
muerte. Hacia un garrote vil que

cercenaría la vida para siempre.

La muchacha en un gesto inconsciente se llevó las manos a la garganta. Y es que ya comenzaba a percibir alrededor de su cuello el collar de hierro con el que en antaño se procedía a la muerte del reo condenado.

—Aún estás a tiempo. —Escuchó decir a su lado.

Parpadeando, de vuelta a la realidad, reconoció al hombre alto, moreno y de ojos verdes, que la acompañaba en el ascensor de unos de los edificios más caros y exclusivos de Roma.

Por lo visto, Vincenzo Riccardi sí que debía considerar que su tiempo valía oro como para perderlo con alguien como ella, porque era su hermano menor, Valente Riccardi, quien tenía entre sus tareas de esa noche, conducirla hasta la boca del lobo.

—¿Para qué? No comprendo —
respondió, rogando que el ascensor llegara al fin al último piso.

—Para confesar la verdad. Si ese niño

no es de Enzo, aún puedes...

—Daniel es su hijo —lo cortó,
enfrentando la mirada que la escrutaba

—. Esa es la única verdad.

—Perfecto —aceptó Valente,
encogiéndose de hombros, sus manos
ocultas en los bolsillos de su pantalón
—. Pero quiero que sepas que se llevará
a cabo una prueba de paternidad en la
menor brevedad posible. Vincenzo es mi
medio hermano y me ha pedido, como
abogado que soy, que me cerciore
personalmente de que todo este asunto
del niño no es un burdo engaño. Desea
la mayor discreción. Espero que lo
entiendas.

Con una mezcla de nerviosismo y
preocupación, los labios de Mariam se
curvaron tímidamente.

—Sí, lo entiendo perfectamente.

Cuando las puertas se abrieron y
salieron al vestíbulo que llevaba hasta
el ático de Riccardi, la joven sintió que
andaba derecha y dócilmente hasta el
verdugo que la ejecutaría. Un verdugo

que tras su tirante primer encuentro de esa misma tarde, no se había demorado ni una hora en citarla a s-o-l-a-s, recalcaron en la recepción de su modesto hotel cuando le comunicaron el escueto mensaje-orden del gran y divinizado Vincenzo Riccardi.

Valente ni siquiera tocó cuando llegaron al piso. Entraron directamente al interior.

De soslayo, el trajeado y seductor italiano espía la reacción de la joven.

Nada. Si estaba impresionada ante tanta belleza y lujo, no lo demostró.

De excelentes acabados interiores, suelos de terracota antigua y hermosa, y una prestigiosa escalera que conducía a otra planta, el ático de soltero de su hermano constaba de dos niveles muy bien iluminados y de numerosos ventanales que caían del techo al piso.

Cinco dormitorios, tres baños de cerámica, estudio, cocina, comedor, terraza, balcón.

Mariam aceptó que Valente la ayudara a

desprenderse de su abrigo. Su sencillo conjunto de *leggings* negros, camisola blanca y sus bailarinas de cacharel la hicieron sentirse fuera de lugar en aquel sitio. Su cabello largo recogido en una alta coleta tampoco la ayudaron a sentirse mucho mejor.

Un sudor frío se instaló en sus manos. Cielos, ¿cuantos metros cuadrados podía tener ese pisito? Estaba segura que demasiados. Entonces, ¿por qué tenía la desagradable sensación de que se asfixiaba y que las paredes se le echaban encima?

Tan abducida como estaba, preguntándose si había generado en ella alguna agorafobia a los espacios interiores inmensos, estuvo a punto de chillar del susto cuando la alta figura de Vincenzo Riccardi apareció en el salón. Vestido con exquisito estilo pero de manera casual, completamente de negro, allí estaba él, con su metro noventa de altura y acorazado por su riqueza y sus aires de aristócrata.

¡Su ego debía ser tan grande como su fortuna! Pensó ella, notando un aumento en la frecuencia y presión sanguínea.

—Buenas noches.

—Si me disculpáis —intervino Valente, cortando a su hermano—, os dejo a solas para que podáis hablar con mayor tranquilidad. —Antes de dirigirse a la salida, miró a su hermano mayor—.

Enzo...

—Yo llevaré a la *signorina* de regreso a su hotel cuando hayamos acabado aquí.

—No, no es necesario. —“Ni loca se subiría en el mismo coche que ese sinvergüenza”—. Yo tomaré un taxi.

—Si ese es tu deseo —declaró, encogiéndose de hombros—, no seré yo quién te lo impida.

Las fosas nasales femeninas se ensancharon tras oír semejante descortesía.

¿Acaso le daba igual que anduviera sola por la noche en una ciudad tan apabullante como esa? ¡Qué no conocía!

¡Miserable patán!

Una vez solos, con un movimiento de mano, él le pidió que se sentara.

—Adelante, no voy a morderte. Al

menos no todavía —Se burló,

encaminándose al otro extremo de la habitación para servirse un trago.

Con la espalda rígida, Mariam se sentó en el espacioso sillón.

—Y cómo está el pequeño... —dudó,

con la botella de whisky y el vaso

congelados en sus manos.

—Daniel.

— ¿Danielle? ¿Es ese su nombre?

—Su nombre es Daniel —lo corrigió

ella, echando chispas por los ojos.

Algo le decía que solo pretendía sacarla

de quicio. Algo, y la mueca divertida en

su boca.

¡Bastardo!

Dispuesta a emular la frialdad del

emperador en paro con ínfulas de

aristócrata, decidió resistir cualquier

tentación de perder el control, y

apretando los labios contestó a su

pregunta:

—Mi hijo está muy bien. —Entonces recordó el motivo que la había empujado hasta ese hombre y su voz se quebró ligeramente—. Bueno, dentro de lo que cabe en su... enfermedad.

—¿Enfermedad? —Él se mostró escéptico. Posiblemente se creería primero una invasión extraterrestre que cualquier cosa que le soltara ella.

—Necesita un trasplante de médula ósea cuanto antes, y de momento, no hemos podido encontrar a nadie que sea compatible con él.

—Ah, así que debo entender que esa es la razón que te ha traído a Italia. Hasta mí.

Ella se contrajo ante el desinterés que resonaba en su voz.

Sonó resentida en su respuesta:

—En realidad, es la única razón.

—Toma, bébete esto. —Le extendió un vaso, sentándose muy pegado a ella—.

Pareces necesitarlo.

Sin pensárselo dos veces, Mariam se

bebió de un solo trago el contenido.

Cuando el líquido entró en contacto con su garganta, quemándola, tosió y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tranquila *piccola*, respira. —

Vincenzo elevó una mano hacia la sonrosada mejilla de la joven y la acarició, su otra mano descendía y ascendía por su espalda, calmándola—.

Así es, muy bien.

Incómoda por las demasiado amables y confianzudas atenciones del italiano, con patoso disimulo, puso algo de distancia entre sus cuerpos.

Él sonrió.

—Así que eres española. ¿Quieres que te sirva otra copa? Puedo ofrecerte algo mucho más suave.

—No, gracias.

Mariam se sentía desconcentrada. ¿Era excitación lo que había notado en su cuerpo cuando él la tacó? No, no podía ser.

Dios, rápido, piensa en otra cosa.

¡Piensa en otra cosa!

Se removió inquieta en el sofá y evocó el último capítulo de la primera temporada de la serie Vikings: “¿Rollo realmente traicionará a su hermano Ragnar? ¿Y por qué se llama Rollo? Puede que en otros países suene súper cool, pero en España suena a eso; a rollazo. Y por qué...”

Creó que el corazón le saltaría del pecho cuando la voz sería de Vincenzo la sacó bruscamente de sus estafalarias meditaciones.

—Sigo sin poder creerme que no recuerde nada de esa noche en la que nos acostamos.

Inclinado hacia delante, tenía la vista fija en su bebida, un dedo recorriendo el borde de la copa, pensativo. Aquella actitud pasiva y relajada de él, solo lograba angustiarla más.

Mariam entrelazó las manos para disimular su temblor. Gracias al cielo, y previendo ese interrogatorio en el futuro, Judith, semanas antes de morir, la había preparado muy bien.

—Pasaba un fin de semana en España, en mi tierra de origen. Nos conocimos en su última noche en la isla. Ha-había bebido demasiado —empezaba a tartamudear—. P-parecía estar furioso esa madrugada con el mundo entero. Y tuvo una pelea... —siguió con su exposición, contándole algunos datos más.

Vicenzo apretó el vaso con fuerza en sus manos.

Aún se le contraía el pecho en un dolor agudo al evocar esa época de su pasado más reciente. Había enterrado esa semana a su tío, Stefano Delmauro. Un hombre que había ejercido más de padre a lo largo de los años que Callisto Riccardi, quien simplemente lo había engendrado e ignorado siempre.

Y puede que tuviera algunas lagunas mentales de lo acontecido, pero sí que recordaba fugazmente su riña en el centro nocturno y estar en compañía de una mujer. Por lo tanto, sabía que en ese sentido, Mariam no mentía.

Solo que... solo que juraría que en la imagen borrosa que guardaba de la joven de esa noche, tenía el cabello de un castaño más claro y liso. El de la muchacha que tenía en esos instantes enfrente era más oscuro y ondulado.

Y sin motivo aparente y sorprendiéndola, se vio preguntando:

—Tienes un cabello precioso, ¿es tu color natural o lo has llevado alguna vez en otro tono?

—Es mi color natural.

Él asintió, pensativo, y le pidió:

—Continúa contándome que sucedió esa noche.

—Es-estaba descontrolado y yo solo me aseguré de que llegara bien al hotel en el que se alojaba y no se metiera en más problemas.

—Y fue entonces cuando concebimos a nuestro pequeño milagro. Porque tuve la fortuna de toparme esa madrugada con una buena y muy complaciente y entregada samaritana.

El cinismo en la voz masculina la

desmoralizó. No se atrevía a mirarlo a la cara siquiera.

—No sabía lo que hacía. Todo me superaba. Tenía problemas personales y no podía pensar con claridad. Todo sucedió demasiado deprisa... usted me... me...

—¿Estás diciéndome qué me aproveché de la situación? ¿De tus preocupaciones para llevarte a la cama?

Demostrando no tener paciencia en absoluto, Vincenzo la asió de la muñeca, acercándola a él con rabia.

—¡Maldita sea! ¡Respóndeme! ¿Te forcé?

Con el pulso acelerado, Mariam abrió los ojos y se quedó mirándolo, suplicante.

—¡No! ¡Ya se lo he dicho! —Tras un instante de vacilación, agregó—: Fue algo rápido. En el sofá. N-ni siquiera nos desvestimos del todo.

Los músculos sólidos de Vincenzo se transformaron en granito y la liberó de su amarre.

—¿Y qué ocurrió luego? Cuando acabamos.

La joven lo miró sobresaltada.

¡Cielos! Ella no era entendida en esos temas pero... ¿Qué se supone ese hombre que iban hacer dos desconocidos después de un encuentro sexual esporádico? ¿Darse el parte meteorológico?

—Nada. —Bajó los parpados. Tenía ganas de que la tierra se abriera en esos instantes y se la tragara por tantas mentiras—. En cuanto me arreglé la ropa salí de la suite, avergonzada. Usted cayó dormido después de que... de que lo hiciéramos.

A Vincenzo le hizo sentirse incómodo ver a la muchacha tan indefensa y pequeña ante él y su sentencioso interrogatorio.

—No me llames de usted —le dijo de forma hosca—. ¿No sé supone que hemos tenido algo más que simples palabras? Entonces tutéame. En cuanto a lo otro... —Dejó su asiento y dio unos pasos hasta una de las paredes

aventanadas. Después de unos cardiacos segundos de silencio, su mirada, fría como el letal, cayó sobre ella—. ¿Y dices qué no te forcé? Porque tras escucharte y mirándote en estos instantes con esa expresión de cachorrito asustado, me sentiría como un miserable si hubiese pasado algo así.

Ella sin saber cómo, le mantuvo la mirada.

—No sé qué más podría contarle...

contarte —recordó su petición- advertencia—, cuando es evidente que sigue sin creerme.

Él soltó una sonrisa carente de humor.

—Discúlpame por tener mis dudas, *cara*. —Regresando, volvió a sentarse, pero esta vez lo hizo en la mesita de café, frente a ella. Sus piernas se rozaban y sus alientos podrían entremezclarse—. Hay algo por lo que siento excesiva curiosidad. ¿Cómo puedes estar segura de que el niño sea mío? Quiero decir, es obvio que esa noche no estaba en mis mejores

facultades si ni siquiera puedo

acordarme de que te hice mía en el
sillón... y por lo visto, tan solo unos
minutos.

La joven se sonrojó hasta la raíz de los
cabellos. Seguía estoicamente
sosteniéndole la mirada.

—Yo... simplemente lo sé.

—Simplemente lo sabes. —La voz del
italiano sonaba baja, serena, y eso a
ella, particularmente, la puso más en
alarma—. ¿Y qué me dices de ese amigo
tuyo con el que me asaltaste esta tarde?

—¿Ulises? —preguntó Mariam,
parpadeando. Un momento, ¿le acaba de
decir que Uli y ella lo habían asaltado?

¡Será fantástico el divo pedante!

Los ojos verdes de Vincenzo llamearon
cuando se encontraron con los de ella.

—Sí, Ulises. ¿Qué hay de él?

—Lo último que haría Uli en esta vida
sería acostarse conmigo o cualquier otra
mujer —manifestó ella, con el rostro
acalorado por la vergüenza.

Sí, probablemente su amigo estaría más

dispuesto a hacerle un reconocimiento médico en profundidad a él que a ella.

Vicenzo se quedó mirándola, desconfiado.

—Es homosexual —explicó, rodando los ojos—. ¿Resuelve eso sus dudas?

—Para nada —contestó él, luciendo súbitamente relajado y dedicándole una sonrisa depredadora. Al parecer, daba por concluido el tema Ulises.

Mariam cerró los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos. Existía peligro de que acabara tirándole una bebida al italiano por la cabeza.

Pero, oh, maldición, tenía la sospecha que hasta con el líquido chorreándole de manera ridícula por la cabeza se vería irresistible.

Tenía una nariz aristocrática, su boca era provocativa, las líneas fuertes de su mandíbula y la barbilla acentuaban, más si cabe, los rasgos perfectos y esculpidos del rostro varonil. De un rostro que parecía nuevamente hervir de rabia.

¡Bipolar!

—Debo confesar que eres muy convincente en tu papel de blanca palomita. Te ves tan adorable con las mejillas ruborizadas, con tus enormes ojos suplicantes y esa vocecilla casi aniñada, que lograrías embaucar a muchos. A muchos, pero no a mí.

—No necesito em...

—Respóndeme a otra cosa, *cara*. —La atajó, inclinándose más hacia ella—.

¿Cuántos hombres más engrosan la lista de posibles padres de Danielle?

—¡Eres un maldito canalla! —le gritó ella, con los ojos muy abiertos, indignada. Se incorporó del sofá.

Riccardi masculló una exclamación e imitándola, se levantó también y la aferró por los brazos.

—¡Cuántos preciosa!

—¡Ninguno! ¡Estoy harta de que se dirija a mí como si fuera una prostituta cuando jamás en mi vida me he acostado con nadie!

Un frío paralizó sus músculos. Oh, Dios,

esto empezaba a complicarse

atrozmente.

—Qui-quiero decir, solo con usted...

contigo.

Con una sonrisa déspota él le alzó el

mentón.

— *Dio mio*, me aproveché de una

inocente virgen. ¿Es eso lo que acabas

de decirme?

La muchacha se tragó una réplica

mordaz, amedrentada más que por las

acusaciones, por las temidas preguntas.

Empezó a temblar y a respirar

entrecortadamente cuando alarmada notó

como él la ceñía a su gigantesco y duro

cuerpo. Sin perder su sonrisa sátira, le

ahuecó un lado de la cara con una mano

y con la otra la rodeó por la cintura.

—Así que soy el único hombre que te ha

poseído y que te ha hecho suya. —

Inclinándose, murmuró en su oído,

seductor—: El único hombre que ha

estado enterrado profundamente dentro

de ti.

Ella, echando la cabeza para atrás, trató

de volver a fijar sus ojos en el hombre que le disparaba el pulso y los latidos de su corazón, pero azorada, apartó la vista cuando él encontró su mirada insegura.

— *Dolcezza mia*, no puedes ni hacerte la más pequeña idea de cuánto desprecio y odio en estos momentos a mi olvidadizamente. —El aliento del italiano le cosquilleaba en la mejilla y la oreja. La mano descaradamente algunos centímetros por debajo de su espalda le quemaba la piel. Ella cerró los ojos—.

La única virgen con la que me he acostado en la vida y ni siquiera puedo recordar tan mágico acontecimiento. ¿Te hice mucho daño, bellissima?

Como si huyera de un principio de incendio que prometía abrasarla viva, Mariam rompió el contacto de sus cuerpos, y zafándose de él, retrocedió y puso distancia entre ellos.

El orgullo y la indignación rezumaron en su voz: —Creo que por hoy podemos dar por concluida esta amistosa reunión.

Me niego a continuar soportando sus ataques, signore.

Comenzaba a andar hacia la puerta cuando Vincenzo Riccardi agarró una de sus muñecas y la acercó a él con violencia.

—¡Suélteme! ¡No tenemos nada más que decirnos!

Lejos de obedecer, la apretó más contra él y le preguntó en tono torvo, punzante:

—¿Qué es lo que buscas realmente con todo esto preciosa? ¿Dinero? ¿Fama?

¿Qué te meta en mi cama? Porque si es esto último podríamos solucionarlo ahora mismo, y te prometo que serán más de cinco o diez minutos.

La mantenía apretada contra él, y el constante calor de su cuerpo le perturbaba.

—Para haber sido mía te comportas como una fiera arisca. ¿Acaso no te gustó tenerme dentro de ti? ¿O es que tratas así a todas tus aventuras?

—¡Yo no tengo aventuras! —replicó, con un gemido mitad sollozo mitad rabia

contenida.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo definirías entonces lo que supuestamente sucedió entre nosotros?

Sintiéndose como un cachorro apaleado, la muchacha se sacudió con energía entre la cárcel de sus brazos.

—¡Un error! ¡Como mi primer y único gran error! —dijo con rabia. Estaba temblando.

Él la soltó y explicó con arrogancia:

—Las pruebas de paternidad se harán cuanto antes. Mañana a primera hora viajaremos a España... juntos. Valente me comentó que habías dado tu autorización.

Pasaron unos segundos que parecieron eternos antes de que ella, asintiendo con la cabeza y cogiendo su bolso y abrigo, afirmara:

—Así es, no tengo nada que ocultar.

Daniel es su hijo, *signore*.

Vicenzo apretó la mandíbula con fuerza y cerró los puños mientras veía como la puerta se cerraba, llevándose consigo a

la mujer que había puesto en menos de veinticuatro horas a su organizada y solitaria existencia patas arriba.

Capítulo 3

Entrecerrando los ojos, Vincenzo aguardó en silencio unos instantes sin desvelar su presencia en el otro extremo de la habitación de Hospital, y contempló con interés la tierna escena que tenía delante.

Inclinada sobre la cuna de un pequeño de cabellos oscuros que dormía profundamente, Mariam tarareaba una especie de nana como la más amorosa de las madres. Pero si algo llamó por encima de todo su atención, fue lo frágil y aniñada que se veía.

¿Cuántos años podría tener? Él tenía treinta y siete años y ella parecía demasiado joven... ¡Dio mio! ¿Es qué había dejado embarazada a una adolescente?

—¿Cuántos años tienes, preciosa?

Sobresaltada, la joven miró hacia atrás.

Cuando vio a Vincenzo Riccardi sintió

una fuerte presión en el pecho que hizo que le costara respirar.

—¿Qué está haciendo aquí dentro?

—Conocer a mi supuesto hijo. Si aseguras que soy el padre de Danielle, ¿no crees qué estoy en todo mi derecho de estar aquí?

—Por supuesto —dijo ella a regañadientes, apartándose para dejarle espacio cerca del pequeño.

Impasible y con las manos ocultas en los bolsillos de los pantalones de su traje gris claro, contempló al niño en silencio. Tal vez como si quisiera saber con ese serio escrutinio si el bebé realmente era suyo o no.

De repente, sus ojos verdes se posaron en ella.

—No has respondido a mí pregunta.

¿Cuántos años tienes? —Veintiocho.

¿Pero acaso eso importa?

Él se sorprendió.

¿*Veintiocho*? Él ni siquiera le echaría muchos más de veinte.

Entonces descendió la mirada hasta su

abultado busto y sus redondeadas caderas, y rio para sí mismo. Sus tentadoras curvas no tenían nada de infantiles.

Cuando la joven reparó donde tenía el italiano los ojos fijos, se cruzó de brazos, privándolo de la visión de sus pechos ceñidos a la blusa.

—Daniel está durmiendo, será mejor que venga en otro momento.

Él puso una mueca a modo de sonrisa.

—Eres una madre muy posesiva,

dolcezza mia. Pareces una fiera

dispuesta a defender a su cría con uñas y dientes, lo que evidencia que en cuanto a emociones se refiere, eres muy pasional.

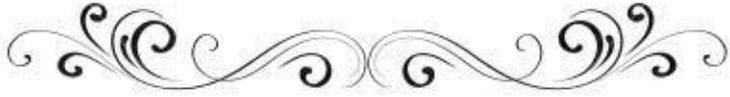
Con una mirada significativa, Vincenzo la recorrió de la cabeza a los pies. Las comisuras de sus labios se elevaron con una pequeña sonrisa.

—Me pregunto si empleas también ese mismo apasionamiento en otros aspectos de tu vida. Una pena que no pueda recordar con claridad nuestra pequeña y fugaz aventura entre los cojines de un

sofá.

¡Arrogante bastardo! ¿Es qué nunca se cansaría de humillarla?

Mordiéndose la lengua, salió de la habitación de Daniel. Tenía que



calmarse, y con Vincenzo, alias: *me-creo-el-ombligo-del-mundo* cerca, no podría.

El olor a lejía y esterilización de un hospital le resultaba demasiado familiar.

Se había pasado muchos años de su vida confinada entre las cuatro paredes de un sitio como ese.

Las lágrimas le quemaban detrás de los párpados, cuando llegando a la zona que comunicaba la planta con los ascensores y escaleras, dejó caer su cuerpo derrotado en uno de los asientos que ocupaban ese espacio.

La invadían tantos recuerdos.

Su amistad con Judith se inició y forjó precisamente en ese Hospital, mientras ambas combatían para sobrevivir a sus

respectivas enfermedades. Pero solo una de ellas había conseguido burlar a la muerte.

—Hola muñeca, ¿qué haces aquí solita?

—Escuchó a Ulises desplomarse en el asiento contiguo al de ella—.

¿Escondiéndote del Adonis malignos con muy malas pulgas?

—Sí, algo así —murmuró, pasándose el dorso de la mano por las mejillas para eliminar cualquier lágrima delatora antes de sostenerle la mirada a su amigo

—. Alguien se olvidó de vacunarlo contra la rabia y es insufrible cuando ladra. Es... es...

—Es extremadamente irresistible — completó él la frase. Sus ojos de leopardo centellearon traviesos—. Y, lo mires por donde lo mires, solo invita a sexo.

—¡Uli! —lo censuró ella, totalmente sonrojada, bajando los parpados.

Su amigo rió.

—No seas mojigata, sabes tan bien como yo que ese hombre es

condenadamente caliente como el
infierno. Hasta las criaturas más
inocentes y en peligro de extinción, o
sea, los Unicornios como tu nena,
querrían descubrir y practicar con él
todas las posturas del Kamasutra.

Bueno, sí, puede que Ulises tuviese
razón, ¡pero jamás lo reconocería!

Así que optó por contraatacar.

—¿Los témpanos de hielo son calientes?

¿Desde cuándo? Ulises soltó una
risotada.

—Este témpano de hielo, sí. Pero ahora
dime la verdad, muñeca —comenzó,
rodeándola con un brazo por los
hombros y atrayéndola a su costado—,
¿esa actitud arisca tuya no se debe en
parte a su supuesta indiferencia?

—¿Supuesta? ¿En serio?

Mariam cerró los párpados unos
segundos y tomó una larga bocanada de
aire.

—Oh, quizás me despistara que desde
que cogimos esta mañana su estúpido jet
privado hasta hace... —Teatrerera, atrapó

la muñeca de su amigo y echó un rápido vistazo a la hora en su reloj de pulsera —, ¿cinco minutos?... y van hacer las ocho de la noche, ha hecho como sí yo no existiera. —Miró a los ojos a su amigo e hizo una mueca—. Creo que si no me mandó a la bodega de su avión fue porque iba Valente, y a diferencia de su hermano, él sí parece ser un auténtico caballero.

—Valente Riccardi —suspiró—, otro que encabezaría la lista de mis sueños húmedos *Top10*. En esa familia no deben nacer feos o del montón.

—Dios. —Se cubrió el rostro con las manos—, ¿por qué el padre de Daniel tiene que ser precisamente el hermano chalado y malhumorado y no el normal y simpático?

—¿Y desde cuando la amabilidad es mejor que la intensidad? —Ulises alzó sus cejas oscuras—. No te engañes, Mariam. Aunque te muestres contenida, correcta, el fuego de tus ojos desvela que puestos a elegir, siempre escogerías

al chalado y malhumorado.

Notando un nudo en la garganta la joven tragó saliva y miró hacia delante, hacia los ascensores que parecían en huelga, negándose a trasladar ni a un alma más ese día, tras su larga jornada.

No podía rebatir a su amigo. No podía porque sabía que en el fondo, tenía razón.



Solo unos días más tarde, a Mariam Salas le temblaban las manos, el pecho de dolía y el corazón amenazaba con rompersele en miles de pedazos con cada una de las palabras pronunciadas por el doctor Bosa, cirujano a cargo de la intervención de Daniel.

—¿Puedo ver a mi hijo, doctor? —Las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

El médico le dedicó una sonrisa y le dio un ligero apretón en el brazo, reconfortándola por las interminables horas de angustia.

—Por supuesto. En unos minutos

despertara de la anestesia y estoy

convencido que querrá tender a su mamá

al lado cuando lo haga. Señorita, tiene

un hijo muy fuerte y valiente.

Ella le devolvió una sonrisa llorosa.

—Gracias, doctor.

—¿Has oído eso, Mariam? —Oyó decir

a Valente Riccardi a sus espaldas

cuando el doctor se retiró—. Todo ha

salido bien, sin complicaciones. Ya

tienes un motivo para mostrarme esa

bonita sonrisa que tienes a mí también.

Complaciendo al hombre que finalmente

había servido de donante para Daniel, la

joven, aceptando sus brazos, le sonrió.

—Oh, gracias, Valente. Estoy en deuda

contigo. Nunca sabré como pagarte todo

esto que has hecho por mi pequeño.

—No le debes absolutamente nada a

Valente —intervino Vincenzo, parecía

molesto—. Se te olvida, *cara*, que él es

el tío del niño. Mi hermano. Estaba en

su obligación cooperar al ser el donante

más compatible con Daniele.

Frente a ellos, de pie, y escudado en su

habitual actitud hermética, Vincenzo

Riccardi observaba la efusiva muestra de cariño como si contemplara a dos insectos a los que no dudaría en aplastar.

Sintiéndose incómodos por el censurador escrutinio, se separaron.

—Enzo tiene razón, era mi deber ayuda a mi sobrino. No tienes ninguna deuda que saldar conmigo, Mariam. —Se encorvó y la besó en la mejilla.

Cuando Valente se incorporó parecía estárselo pasando en grande con algún chiste secreto.

Mariam miró desconcertada unos instantes al hombre que se había preocupado esos últimos días en acercarse a ella y ser su amigo, y después desvió toda su atención a la estatua masculina que, profiriendo alguna ininteligible palabra, se retiraba de la sala, molesto, como si no tolerada la presencia de su hermano ni la de ella ni un segundo más.

La muchacha aún seguía echando

espuma por la boca por la actitud
despegada de ese endiosado magnate
italiano.

Inalterado, había permanecido
enfascado en sus pensamientos y
atendiendo llamadas telefónicas que
iban acompañadas de cifras y
operaciones financieras durante toda la
intervención de Daniel.

¡Ni quiera había sido capaz de dejar por
unas míseras horas sus obsesivos
negocios! Era su hijo quién estaba en
una mesa de operaciones, ¡no el hamster
de la vecina! ¡Y las malditas pruebas de
ADN se lo habían demostrado!

—Mariam, cariño, ¿cómo se encuentra?

¿Podemos ver ya a nuestro nieto?

Eran sus padres.

Mariam los recibió, refugiándose en los
brazos de sus progenitores. Los
necesitaba. Los necesitaba para no
terminar perdiendo la cordura si seguía
pensando en ese sinvergüenza.

Saliendo al pasillo, Valente caminó
hasta su medio hermano y sospechó:

—No tiene ninguna deuda que saldar conmigo, pero supongo que si contigo, ¿cierto hermanito?

Vicenzo Riccardi permaneció inmóvil, completamente en silencio. Dirigió la mirada a las puertas acristaladas de la sala de espera y clavó sus ojos verdes en la joven que, vestida casi como una colegiala, hablaba emocionada y con lágrimas en los ojos con sus padres.

Valente no había errado en su suposición. Esa mujer tenía una cuenta pendiente con él. Una deuda que debía pagar de algún modo. Le había ocultado la existencia de su hijo y la obligaría a resarcirlo por ello.

Capítulo 4

Una semana después...

Golpes de impaciencia tronaron en el opulento pasillo que albergaba las costosas suites del hotel de cinco estrellas más caro, no solo de la isla de Tenerife, sino de parte de España e incluso de Europa.

Vicenzo Riccardi, vistiendo su habitual

ropa elegante pero sin chaqueta ni corbata, apareció al otro lado del umbral. Mariam, sin darle tiempo a que decidiera si atenderla o no, se precipitó al interior.

Él la siguió a la sala de su suite y con una mueca cínica, apostilló:

— *Piccola mia*, ¿recordando los viejos tiempos? Has venido a... ¿Cómo era?

—Burlándose, dudó, dirigiendo una significativa mirada al sofá claro de la estancia—. Ah sí, a ayudarme.

—¡Esta no es ninguna visita de cortesía, *signiore!* —le espetó ella, con las mejillas acaloradas y sus grandes ojos desvelando que si pudiera, lo colgaría

—. ¡Solo he venido a decirle que no permitiré que se lleve a Daniel a Italia!

¡Cómo se atreve!

Él enterró las manos en sus bolsillos, imperturbable.

—Es mi hijo.

—¡Y también el mío!

Él examinó por unos segundos la expresión salvaje en el rostro de la

chica.

—Me llevaré a mi hijo a Italia, estés de acuerdo o no. El jet privado saldrá en unas horas, así que tú decides, *cara*, te vienes con nosotros o te quedas.

Respirando hondo, intentó controlarse para no saltarle a la yugular.

Cuando habló, se esforzó en sonar calmada, razonable.

—Debe de estar bromeando, Daniel acaba de salir de una intervención complicada.

—Una enfermera viajará con nosotros. Mucho más enfadada, la joven le miró furiosa, haciendo frente a la arrogancia intimidante del italiano.

—¡Esta es su endiosada forma de solucionarlo todo, no es cierto, *signiore!* ¡Creyéndose con el absoluto derecho de organizar y disponer de la vida de los demás a su orgulloso antojo! ¡Pues déjeme decirle que mi hijo se queda conmigo o...!

—O, ¿qué? —preguntó él, enarcando las cejas y brindándole una mueca sardónica—. ¿Iremos a juicio y

pelearemos como dos perros rabiosos

por la custodia de nuestro hijo?

—¡Si es necesario, sí!

—¿Y qué posibilidades tendrías de ganar, *cara*? —comentó él, jocosamente.

El pánico hizo presa en joven. Las piernas se le aflojaron. Con la mente ofuscada como la tenía, no había pensado en las graves consecuencias que acarrearía para ella que Riccardi cumpliera su amenaza.

Un litigio en los tribunales podría desenmascararla, y lo que sería aún mucho más terrorífico, podría perder para siempre a su pequeño.

Mariam casi creyó desfallecer cuando él, sin escrúpulos y con dureza, continuó:

—Ni siquiera tendría que mover todas mis mejores influencias y todo mi poder para hacerme con la patria potestad del niño. Solo bastaría con que todos conocieran lo egoísta de tu decisión, desde el momento en que te quedaste embarazada y determinaste ocultármelo.

Hubo una pausa que puso de punta los nervios de la muchacha.

—Si mi hijo no hubiera estado debatiéndose en la cama de un hospital a vida o muerte, probablemente viviría hasta el último de mis días siendo desconocedor de su existencia.

Ella respiró lentamente y apartó la mirada.

—Lo siento, lo siento mucho.

—¿Lo sientes? —bufó él—. Un poco tarde, ¿no crees? Ahora si me disculpas, tengo asuntos que resolver antes de tomar ese vuelo con Daniele.

Antes de que pudiese desaparecer, Mariam lo agarró del brazo. Con la vista nublada por las lágrimas, imploró:

—Por favor, te lo ruego, no... no me quites a mi bebé. Haré cualquier cosa.

Lo que sea. Pero no lo apartes de mi lado.

Durante unos segundos él se quedó quieto, mirando aquellos ojos suplicantes, sintiéndose un auténtico miserable, pero entonces la vio

humedecerse los labios resecos y una

oleada de calor asaltó su cuerpo.

¡Al diablo con los posibles

arrepentimientos!

—¿Cualquier cosa? —repitió él,

esbozando una mueca cínica—. Que tal,

¿sexo como incentivo?

Soltándolo y dando un paso atrás, la

muchacha abrió sus enormes ojos

marrones con estupor. Escandalizada

exclamó:

—¡No, por supuesto que no!

Con una sonrisa más amplia, insultante,

él reaccionó como si nada.

—Pues es una verdadera lástima,

piccola mia, porque en estos momentos

lo único que me podría interesar de una

mujer tan tramposa como tú, sería que

calentara mi cama por las noches.

Incapaz de hablar y con todos sus

sentidos tan entumecidos que no pudo

moverse, la joven lo miró como quién

contempla una aparición del más allá.

Dios, no podía ser que ese hombre con

tal de vengarse de ella quisiera

convertirla en su concubina. ¡En una prostituta!

Vicenzo le dio la espalda, dispuesto a mostrarle el camino de salida.

—No, espera... —murmuró ella, con la garganta apretada.

Él giró sobre sus talones, deteniéndose.

Levantó las cejas.

—¿Te lo has pensado mejor?

Resulta fácil quedarse atrapada en la mirada de aquel hombre, y Mariam notó que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿No? —insistió él, harto de su indecisión—. Pues entonces hazte, y sobre todo hazme un favor, no me hagas perder el tiempo.

Antes de que él pudiera darle de nuevo la espalda, la muchacha finalmente tiró del vestido hacia abajo, deshaciéndose de él, obediente, quedándose solo cubierta con la modesta ropa interior blanca que llevaba.

Volvió la cabeza, avergonzada.

—Adelante, continua —la animó él,

sentándose en el borde de la mesa

ubicada en la estancia, a una ridícula
distancia ya de ella.

Atreviéndose al fin a enfrentar su
mirada, Mariam colisionó con los ojos
verdes del italiano.

Él la observaba con un brillo voraz en
los ojos. No hacía nada por tocarla, solo
la devoraba con la mirada, torturándola,
disfrutando de su sumisión.

¡Canalla abusador!

Las manos se le hicieron de plomo y fue
incapaz de ponerlas en movimiento para
retirar las dos únicas prendas que le
quedaban.

Vicenzo sonrió ante la gazmoñería de la
joven y elevando una mano hasta la
sonrojada mejilla, comenzó una
deslizante caricia que lo llevó hasta uno
de los apetitosos pechos. Pellizco el
pezón a través de la fina tela. Ella se
estremeció.

—Pareces tan inocente, como si nunca
antes un hombre te hubiese acariciado
—comentó, susurrante, agarrándola por

las caderas y atrayéndola hasta atraparla
contra su cuerpo endurecido. Sin
soltarla, deshizo una mano para apretar
el delicioso trasero femenino.

Satisfecho, la oyó gemir—. ¿Es cierto,
piccola? ¿Ningún otro hombre salvo yo
te ha tenido entre sus brazos? —Pegó
los labios a su oído—. ¿Te ha hecho el
amor?

Mariam negó con la cabeza. Sabía que
el sonrojo de su rostro debía ser más
que evidente porque se notaba las
mejillas acaloradas.

—Nunca ha habido nadie... más.

La respuesta lo complació, y ella notó
horrorizada como él la aplastaba más
contra su esculpido pecho,
acomodándola mejor entre sus
musculosos muslos. La dureza que
percibió bajo sus pantalones hizo que el
pulso se le acelerara.

Cerró los ojos con fuerza cuando
Vicenzo, negándose a despegar la mano
que oprimía una de sus nalgas, subió la
que tenía posada en su cadera por la

espalda, hasta el cierre del sujetador. En el momento que los hábiles dedos de él desabrocharon la lencería, se quedó tiesa.

—Relájate, *dolcezza* —dijo, besándole un hombro desnudo mientras retiraba el sostén. Ella sin darle tiempo a que la viera completamente desnuda de cintura para arriba, se cubrió veloz los senos con los brazos. Él, controlándose, se prometió tener calma. Sus labios ascendieron hasta el cuello, acariciándolo con su humedad—. Esta vez las cosas serán diferentes. Lo disfrutarás más.

Con cuidado para no asustarla, la separó solo lo justo para poder alejarle las manos del busto que tanto se moría por ver y tener en su boca, y de repente, fue consciente del rostro compungido de la joven, a punto de llorar.

Su semblante se endureció, igual que su mirada de color jade. Un músculo se movió en su mandíbula.

Con el crudo dolor del deseo

insatisfecho, la apartó a un lado sin muchos miramientos. Recogió el vestido olvidado en el piso y se lo arrojó a la mesa.

—Ahora vístete. Cuando decida acostarme contigo, ya te lo comunicaré

—dijo él, sin emoción en la voz, sin mirarla—. El vuelo sale a las siete de esta tarde, así que ten listo tu equipaje a las cinco.

El portazo que dejó tras de sí Vincenzo al abandonar la suite, tronó agresivo en sus oídos.

Aún convulsa, estrujó la tela de su vestido y lo llevó contra su pecho. Las lágrimas afloraron en sus ojos. Nada tenía sentido. Deseaba clamar contra el mundo entero por su injusticia. Por la injusticia que aquel hombre sin sentimientos estaba cometiendo con ella.

Pero no lo haría.

El precio a pagar era mucho más alto de lo que creyó en un principio, pero había cumplido su promesa. Daniel estaba salvo. Y eso era lo único que le

importaba.

Capítulo 5

Llevaba una semana viviendo en el gigantesco ático que Riccardi tenía en Roma, y en el que al parecer, solía vivir la mayor parte del año, y a Mariam aún le costaba lo indecible no extender las manos y robarle a Vincenzo de los brazos a su hijo cada vez que este, tras una jornada de trabajo, llegaba, y entre risas y juegos, saludaba a Daniel.

El sentimiento de animadversión que sentía por ese hombre no era producto de una madre posesiva, sino el de una madre asustada. Por las noches apenas era capaz de conciliar el sueño, porque en cuanto cerraba los ojos, sus peores temores se transformaban en unas pesadillas que la consumían y la llenaban de culpabilidad un poquito más cada día.

Además, tenía que admitir que aunque pasaba muchas horas en su empresa, Vincenzo se esforzaba por ser un buen padre. Y el pequeño parecía adorarlo

ya, tanto, como a ella.

Salvo esos momentos que solían pasar los tres juntos y en donde ella se limitaba a ser mera espectadora, no habían compartido absolutamente nada más.

El italiano, por lo visto, había sido muy concienzudo a la hora de evitarla. Algo que debería celebrar, ya que, había pasado de ser una presumible amante a convertirse en una clara apestada. Pero contradictoriamente, lo que sentía era una asfixiante opresión en el pecho.

—¿Qué tanto escribes siempre en el portátil? —preguntó Vincenzo de repente, sin apartar los ojos del pequeño que jugueteaba con un libro musical en su regazo, sobre una manta en el suelo.

Mariam, que ocupaba el sofá largo de la habitación de Daniel, estaba descalza y con las piernas sobre este, tecleando en su ordenador.

—Es mi trabajo.

—Tengo entendido que trabajas en alguna web o revista digital. ¿Eres

periodista?

Sacudiendo la cabeza ella dijo:

—No. Ni siquiera puede ir a la

Universidad porque... — Sus manos se

quedaron congeladas sobre el teclado y

su mirada perdida en la pantalla. Dios,

había estado a punto de confesarle cosas

de su vida, como sus prolongadas

estancias en un hospital, que eran mejor

mantener en secreto si no quería levantar

demasiadas sospechas—. Por-porque no

quise.

—Valente asegura que tus notas y

artículos son realmente buenos.

Ella alzó la vista, con una sonrisilla

tímida.

—Los mejores.

Él dejó asomar una mueca socarrona.

—Y luego dices que el arrogante y

prepotente soy yo.

Minutos más tarde, aturdida, Mariam

creyó que iba a desmayarse de ternura

cuando de soslayo, pudo espiar a

Vicenzo enseñándole a Daniel algunas

palabras en italiano.

¿Cómo un hombre tan aparentemente frío
podía cambiar tanto cuando estaba con
su hijo? Debía ser uno de esos
expedientes X que encabezaban las
listas de: los grandes misterios sin
resolver del mundo.

El altavoz de su ordenador pitó y con el
ceño fruncido vio que Ulises le escribía
un privado en su facebook personal. Lo
abrió para leerlo.

Ulises Duarte: *¿Qué talla de
calzoncillos usa el extermina bragas?*

Mariam Salas: *¿Qué? ¡¡Y a mí qué me
importa!!* Ulises Duarte: *Porque es un buen comienzo para saber que
esconde... debajo ¡jajaja!*

Mariam Salas: *Bueno, en ese caso
creo... hmm... Creo que lleva una...*

Con disimulo, Mariam miró hacia
Vicenzo, hacia la zona de sus muslos...
de su entrepierna. Para su desdicha, él
alzó la vista y la pilló *infraganti*. Una sonrisa divertida apareció en sus labios,
y ella, totalmente ruborizada, agachó la
cabeza. ¡Con qué cara iba a mirarlo a
los ojos!

Mariam Salas: *¡Maldito seas Uli! ¡Juro*

que te mataré cuando te vea!

¡Juro que aprenderé solo y

exclusivamente a conducir para

pasarte un coche por encima!

Ulises Duarte: *¿Te han pillado?*

¡JAJAJAJAJA!

Vicenzo Riccardi era un maestro del

disfraz, y eso le permitía disfrutar

muchas veces y a su antojo, de la joven

que tenía delante, tecleando en su

portátil, completamente sonrosada.

A diferencia de todas las mujeres que

pasaban por su vida, nunca se vestía

para impresionarlo. Lo decía el pantalón

bajo de pijama color rosa que llevaba o

la camiseta blanca y... ceñida.

Sofocó un gruñido cuando sus ojos se

detuvieron unos instantes en las

redondeadas curvas de sus senos.

¿Cómo los sentiría bajo sus manos y

boca? Estaba convencido que

condenadamente deliciosos.

Cuando su miembro le recordó que

estaba pisando arenas movedizas con

aquellos peligrosos pensamientos,

decidió subir la mirada más arriba.

Mariam lleva el cabello castaño

enroscado en la cabeza y sus grandes

ojos marrones se iluminaban contra su

pálido cutis...

Entonces Mariam se estiró y sus pechos

se marcaron más contra la tela delgada

de la camisa. Vincenzo fijó de nuevo la

vista en el busto femenino.

Oh, lo que tenía esa pequeña bajo la

camisa no podía ser obra y milagro de

un sujetador de relleno. Solo una semana

atrás había estado a un soplo de

corroborarlo, de tenerla donde la

quería... ¡Maldita sea!

Unos suaves golpes en la puerta lo

sacaron de su ensoñación. Se levantó

del piso con Daniel en los brazos y se lo

llevó a Mariam, que se había

incorporado también del sofá. Su

mágico y tranquilo momento en familia

parecía concluir por ese día.

¡Maldición! Eran las ocho de la noche y

no esperaba a nadie.

Casi ladró a su ama de llaves cuando

con discreción asomó la cabeza.

—Beatrice, ¿qué sucede? Creo que fui bastante claro y preciso al decir que no quería interrupciones de ningún tipo.

— *Signore* Riccardi, se trata de vuestra...

—¿Desde cuándo tengo que ser anunciada en la casa de mi querido sobrino? —Una mujer de edad madura pero que se conservaba sorprendentemente bien, entró en el dormitorio.

—Zia Inés —murmuró Vincenzo, rígido.

La aludida caminó sonriente hasta él y lo estrechó entre sus brazos con amor de madre.

—Hola, cariño mío.

Cuando se separó de Vincenzo, reparó en una bonita joven que sujetaba posesiva a un pequeño que le recordaba muchísimo a su sobrino a esa temprana edad.

—¿Y está bonita *ragazza*, Enzo?

El italiano parecía ponerse más tenso por momentos. Su tono igualmente seco:

—Ella es Mariam. Y es... la madre mi

hijo, Zia.

Inés, sin perder su espléndida sonrisa, se acercó a la joven y la besó. Al separarse la tomó del mentón con gesto amable y declaró con sinceridad:

—Ah, creo que Valente no exageraba nada en su halagadora descripción, porque eres cautivadora, querida. —Sus amorosos ojos verdosos cayeron en el hermoso niño que se aferraba al cuello de su madre—. Y tu chiquitín, debes ser el pequeño Daniele...

—Daniel, se llama Daniel —rectificó Mariam. Dándose cuenta de que quizás pudo sonar molesta, se apuró en decir, avergonzada—: Lo... lo siento, no fue mi intención importunarla, *signiora*.

Los rientes ojos verdes de la elegante dama la tranquilizaron.

—Llámame tía Inés. Y no te preocupes tesoro, Enzo me ha dicho que probablemente estarías irascible, que fuera paciente contigo como él lo está siendo. Estas bajo mucha presión y echas de menos tu casa, tu tierra de

origen... es normal que tengas los nervios destrozados.

Mariam apretó los labios en una tensa línea de irritación.

¿Qué estaba irascible? ¿Con los nervios destrozados? ¡Maldito canalla! ¡Pues puede que ésta loca intente asfixiarlo por calumniador esta noche con la almohada!

—Me encuentro perfectamente, *signiora*

—respondió, fulminando con la mirada al bastardo que, al parecer, disfrutaba poniéndola de perturbada para arriba—.

Si no lo estuviera, ¿cómo podría soportar a su engreído sobrino?

La mujer de cabellos claros rió y las pequeñas arrugas de su rostro se hicieron más manifiestas.

—Es maravillosa, Enzo. No te pareces nada a todas esas desvergonzadas y adulatoras que merodean constantemente a tu alrededor...

—Zia Inés... —empezó a censurarla su sobrino. Ella lo ignoró.

—¿Me dejas cargar a Daniel? —

Asintiendo, puso al pequeño en brazos de la dama, quién lo sostuvo y estudió con adoración—. Oh, es todo un hombrecito hermoso. Todo un Riccardi. Dime, querida, —sin dejar de admirar y complacer al bebé que tenía en brazos, quiso saber—: ¿cómo ha conseguido este donjuán refunfuñón que tengo por sobrino conquistar a una muchachita como tú?

Una arrebatadora sonrisa curvó los labios de Vincenzo al tiempo que sus increíbles e enigmáticos ojos verdes brillaron.

—Sí, *dolcezza mia*, cuéntale a mi Zia cómo acabamos perdidamente enamorados y lo mucho que... —Se acercó y colocándose por detrás, la atrajo contra su cuerpo, amarrándola con un brazo por la cintura. Ella deseo acuchillarlo—. Lo mucho que conectamos... desde el primer instante. La joven tembló y abrió desmesuradamente los ojos. Levantó la barbilla y se encontró con la sonrisa

socarrona de Vincenzo.

—Fue... fue... en un día.

—Una noche —corrigió él. Sus largos dedos rozaron la parte inferior de uno de sus pechos y ella se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Sí, una noche. Nos conocimos, charlamos...

—Y como debí beber, por lo visto, más de la cuenta esa noche —la interrumpió, estrechándola más contra él, pasándole los brazos justo por su busto. Su voz continuó, cínica—: Mariam, tan dulce como es, decidió enseñarme el camino de regreso al hotel. El resto ya te lo puedes imaginar, Zia. Como digno hijo de padre, me aproveché de la amabilidad de esta anegada y sacrificada criatura virginal. Por ese motivo tenemos a Daniele hoy aquí, con nosotros.

Sin cortarse en lo más mínimo deslizó una mano hasta el trasero de la chica y lo sobó a su antojo. Mariam apretó los dientes y deseó poder darle un codazo...

¡o mejor aún! Un rodillazo donde más le iba a doler.

—En cuanto la vi —siguió él, sin dejar de manosearla y sin abandonar el tono irónico de su voz—, supe que sería para mí, y me juré que no descansaría hasta convertirla en mi mujer y algún día en la madre de mis hijos. —Inclinó el rostro para susurrarle al oído... pero asegurándose que su tía lo escuchara—: Siento, cara, no haber tenido paciencia y respetar tu inocencia hasta que te pusiera una alianza en el dedo.

La anciana mujer los contemplaba con novelero regocijo mientras arrullaba en sus brazos a un Daniel que había encontrado un nuevo entretenimiento en su collar de perlas.

—Oh, es tan romántico. Espero tesoro que mi sobrino fuera todo un caballero, ya que no tuvo la precaución de respetar tu virtud.

¿Virtud? ¿Le estaba hablando de sexo?

¿De su primera e inexistente primera vez? Santo cielo, esto debía ser una

pesadilla.

Los dientes le rechinaron. No, no asfixiaría a ese cretino con la almohada, ¡sino con una de los pañales usados de Daniel!

En el instante que Inés abandonó la habitación con Daniel para procurarles algo de intimidad, después de tragarse una a una la sarta de mentiras que su sobrino había tenido la desfachatez de soltarle a la cara y sin ni siquiera pestañear, Mariam dio un fuerte pisotón con su pie descanso al italiano.

Doblándose, sofocó un quejido cuando casi creyó desmayarse de dolor. Parecía que hubiese pateado una pared de ladrillos.

—Deberías tener más cuidado, piccola, y mirar bien por donde pisas. —

Vicenzo, con ojos rientes, intentó tomarla en brazos pero ella se escurrió de entre sus brazos.

—Lo que deberías hacer es atar esos tentáculos que tienes por manos. ¡Como vuelvas a tocarme el culo o los pechos

te aruñaré sin importarme quién esté
delante!

Vicenzo no se esforzó en lo más mínimo
por ocultar su cínica sonrisa.

—¿Eso es una advertencia o una
promesa, fierecilla? Porque deberías
saber que la simple idea de imaginarte
aruñando mi piel me excita al máximo.

Con el rojo tiñendo por millonésima vez
esa noche sus mejillas y negándose a
descender los ojos hasta la entrepierna
masculina, la joven con toda la dignidad
del mundo, se enderezó y salió de la
habitación. El pie aún le palpitaba de
dolor.

¡Ojalá hubiese llevado tacones!

Capítulo 6

Bajo a la atenta mirada de Mariam,
Vicenzo soltaba de la silla para bebés
de su nuevo y flamante volvo familiar
plateado a Daniel y lo cogía en brazos.

La joven apretó los labios para no
reírse. El italiano tendría que comenzar
a guardar bajo llave la colección de
coches deportivos, no aptos para bebés,

que poseía repartidos por sus muchas propiedades.

Se le había acelerado el corazón y encogido el estómago ante la bonita estampa que formaba ese hombre ejerciendo de feliz papá.

—Si logramos salir ilesos de esta visita —comenzó diciendo él, robando el bolso cambiador de las manos femeninas y colgándolo sobre uno de sus hombros— y la bruja malvada de Regina no nos sirve como primer plato en su almuerzo, prometo que cuando podamos huir, nos iremos a exorcizar a la primera heladería que encontremos.

¿Qué os parece?

Ante semejante ocurrencia, una risita seráfica escapó de los labios de Mariam.

— *Ma come, Daniele* —exclamó

Vicenzo a su hijo, fingiendo sorpresa—.

¿ *La tua mamma sorride?* —Se detuvo un momento y rodeó con el brazo libre a la joven. Inclinandose le susurró al oído, nada serio—: Pensé que seguías molesta

conmigo por lo de hace dos noches cuando nos visitó Zia Inés. Incluso había llegado a creer que nunca sería acreedor de alguna de tus encantadoras sonrisas, *piccola mia*.

Sonrió satisfecho cuando la vio ruborizarse. Manteniéndola apretada contra él, comenzaron a subir las grandes escaleras que conducían al interior del Palazzo Riccardi. Una enorme construcción que se encontraba en medio de los bosques que poblaban las colinas, lejos del calor y del bullicio de Roma.

Aquel era el hogar donde Vincenzo, huérfano de madre, había crecido. El mismo al que llegaría Valente cuatro años más tarde, fruto de un segundo matrimonio catastrófico de su padre con alguna aprendiz a interprete, y el mismo en el que apenas un año después aparecerían por último Varian y Veron, unos gemelos nacidos de una aventura extramatrimonial de Callisto Riccardi que había puesto punto y final a su unión

con la aspirante a actriz.

Unos ojos verdes tan inusuales y parecidos a los de Vincenzo y Daniel, se agrandaron y impactaron sobre ellos nada más entrar al salón, luego se entrecerraron.

—Callisto... —dijo Vincenzo a modo de saludo, con Mariam pegada a su costado y cargando aún en los brazos a su hijo.

El hombre, que debía rondar los setenta, aún conservaba rastros de unas facciones y atrayente porte, que sin duda, había causado serios estragos en su juventud.

Mariam supo inmediatamente entonces de quién había heredado Vincenzo, incluso Valente, su dolorosamente sobresaliente atractivo. De aquel señor que postrado en una silla de ruedas aún mirada al mundo con aire de suficiencia y preponderancia. De mandato.

—Así que es cierto —respondió el anciano. Su tono parecía destinado a herir—. Has tenido un hijo y además de una relación que te has esmerado, y por

los titulares de la prensa yo diría que
extraordinariamente bien, en mantener
en secreto.

Vicenzo pareció ponerse tenso con las
intencionadas palabras de su progenitor.

Y como si no le gustara seguir
escuchando a su padre y ni mucho menos
le agradara su compañía, cambio de
tema:

—Mariam, te presento a Callisto
Riccardi. Mi padre.

Agradecida por haberse puesto para esa
ocasión un sencillo y elegante traje
beige de estilo hippie hasta los tobillos
y no unos simples vaqueros y blusa,
caminó erguida y con una encantadora
sonrisa hasta el hombre y le ofreció la
mano.

— *Signore Riccardi*, encantada de
conocerlo.

El anciano aceptó la pequeña mano y se
la beso sin quitarle los ojos de encima,
examinándola.

—Es una *ragazzina bellissima*,
Vicenzo. Tiene la presencia de una dama

y los atributos que sin duda

enloquecerían a un hombre en una

alcoba. Te felicito, hijo mío.

—Callisto —le advirtió Vincenzo entre
dientes.

Y como si no soportara que su
progenitor disfrutara de la visión y
cercanía de la chica, Vincenzo se
aproximó a ellos.

—Y este es Daniel.

Callisto enarcó sus canosas cejas.

—¿Daniel? Es un nombre español...

—¿Tienes algo que objetar padre? —

bufó Vincenzo, con cruel cinismo—. Le

recuerdo que su primera esposa, mi

madre, era española. Incluso la madre

de Varian y Varon lo era. ¿O es que

también ha olvidado ya a la aventura de

turno que le vendió a sus hijos como si

fueran simple mercancía y que le costó

un matrimonio?

—Es un Riccardi, sangre de sangre, mi

primer nieto, y además un heredero

varón, debería llevar un nombre italiano

como corresponde.

Mariam suspiró. Robó a su bebé de los brazos a Vincenzo y observó resignada como aquellos dos testarudos hombres continuaban en su tira y afloja de comentarios hirientes. Aquello comenzaba a parecerse cada vez más a un Falcon Crest a la italiana.

Después del delicioso y opulento almuerzo que les sirvieron en el comedor, Callisto Riccardi había insistido en que salieran a pasear o reposar la comida envueltos entre la calma y la embriagadora fragancia de los muchos jardines que rodeaban el Palazzo.

El anciano, que no parecía ser del todo el ogro que sin duda veían los ojos de un resentido Vincenzo, daba claros indicios de estar más que encantado en su nuevo papel de abuelo, ya se había adelantado con el pequeño Daniel a los exteriores mientras ellos, rezagados, aún continuaban por el comedor.

Dispuestos a reunirse con el anfitrión y con su pequeño, de vuelta al salón, se

dirigían hacia la terraza que también comunicaba directamente con esa área de recreo y esparcimiento de la mansión, cuando una sofisticada y espectacular rubia apareció e ignorando su presencia, caminó directamente hacia Vincenzo. Al llegar hasta él, echó los tentáculos alrededor de su cuello y descarada, no dudo en restregarse “sutilmente” contra su cuerpo.

—Vincenzo querido, que inesperada y agradable casualidad encontrarte por aquí.

A Mariam le chispearon los ojos.

¿Inesperada casualidad encontrárselo allí? ¿En la mansión Riccardi?

¡Por el amor de Dios! Extraño sería si estuviesen visitando al charcutero del pueblo un domingo por la tarde en su día de descanso, ¡no a su padre!

Su inesperado e inexplicable enojo no mejoró cuando, con gesto displicente y sin ni siquiera mirarla, la rubia con minúscula falda, ordenó:

—Querida, podrías traernos algo para

tomar...

—¿Perdón? —Tuvo ganas de sacudir por la larga melena a la relamida barbie.

—Gia —comenzó diciendo Vincenzo mientras se quitaba de encima la garrapata que se aferraba a su cuello—, Mariam no trabaja en esta casa.

—Ah, ¿no? ¿Entonces que está haciendo en el Palazzo Riccardi?

—Ha venido conmigo. Yo la he invitado.

Por primera vez desde que llegara los ojos azules de Gia Carusso se posaron en ella, estudiándola. Probablemente sopesando si sería una presumible rival o no. La sonrisilla que dibujaron sus carnosos labios exteriorizaron su resolución: no, no la veía como una digna competidora.

Procurando guardar la compostura y como si ella siguiera sin estar allí, interrogó a Vincenzo, con voz suave:

—¿Una nueva secretaria? ¿Asistente personal?

—En lo que está jugando a los acertijos

con Enzo —contestó Mariam,
arrastrando adrede el nombre—, ¿por
qué no me interroga directamente a mí?

—Y bien Mariam —comenzó la
excitable rubia, arrojándose de nuevo a
los brazos masculinos—. ¿trabajas para
Vicenzo de algún modo? Y me refiero
fuera de su dormitorio.

—¡Ya es suficiente, Gia! —explotó
Vicenzo, al tiempo que se liberaba de
los dedos que lo aferraban.

La rabia se había apoderado de Mariam.

Sabía que debía ignorar los delirios
diurnos de la barbie descarriada. Pero,
por algún motivo, hirieron su orgullo.

Estaba a punto de ponerla en su lugar
cuando Daniel entró tomando de la mano
a Regina.

—Mami quiero mi osito —parloteó
haciendo un encantador puchero—.

Papi...

Mariam le lanzó una mirada llena de
advertencia a Vicenzo para que no se
acercara ni a ella ni a su hijo. Tomó en
brazos a Daniel en un gesto protector, y

este, curioso con el llamador de ángeles que su madre lucía colgado de su cuello, lo cogió entre los deditos, y se llevó la bola de oro blanco a la boca en un intento de morderla.

—Cariño, no te metas eso en la boca — le reprendió cariñosa Mariam a su hijo, quitándole la joya de su alcance. El pequeño dejó caer la manita en el valle de sus pechos y la dejó ahí. —¿Ya te están creciendo las muelitas, *amore*?

A su lado, Vincenzo no puedo evitar fijar la mirada en su hijo; en la mano de su hijo que jugaba no solo con el colgante de su madre, sino también con uno de aquellos turgentes pechos que él mismo deseaba acariciar. Su pequeña mano descansaba en el lugar dónde él mismo quería pasárselo en grande. Sintió una incómoda dureza ante el pensamiento. Estaba celoso de que su hijo, ¡De su propio hijo! Como si tuviera la potestad de hacer, de jugar, de ver y acariciar los pechos de su madre. De su mujer. ¡Eso le crispaba los ansiosos nervios!

¡Daniel podía hacer algo que él no podía y deseaba! *Oh, cazzo, ¡Él ya tenía todas sus «muelitas» completas y ni aún así, Mariam le dejaba acercarse tanto como para tener esas suculentas frutas en su boca!* Mariam, poco enterada de todo lo que pasaba por la cabeza de Vincenzo, le quitó la tira del colgante a Daniel y colocó una mano sobre la del pequeño. Observó la mirada de Enzo, era intensa, muy intensa. Recordó de pronto, todo el veneno que se estaba destilando en esa habitación y no queriendo hacer a su hijo participe, comenzó a retirarse.

—Ven cariño, salgamos fuera al jardín con el abuelito.

Solo segundos antes de pudiera escapar por fin de aquella estancia, Valente Riccardi, llegando inesperadamente y a última hora a ese día en familia, atravesaba la galería exterior cuando reparó en todos los allí presentes.

Sonriendo, como si de repente le divirtiera algún chiste secreto, se limitó

a saludar con un gesto de cabeza a su hermano y esperó a que Mariam y su sobrino estuvieran a su altura.

Cuando contempló donde el niño tenía posada la mano su sonrisa se ensanchó.

— *Bella Ragazza* —murmuró

dulcemente saludando a Mariam. Ella le sonrió en respuesta.

—Valente —Devolvió el saludo. Él se acercó y le colocó un mechón de cabello que impedía su visión detrás de su oreja derecha—. Eh, gracias.

—Es bueno ayudar —luego, se volvió hacia el niño en los brazos de la joven, rió— Daniele Riccardi. ¡Eres todo un Riccardi, *bambino!* Pero te aconsejo que dejes de jugar con los pechos de tu mami en público. —De soslayo, observó quedamente el semblante colérico de su hermano, y añadió, haciendo sonrojar a Mariam por completo—. Dudo mucho al *tuo padre* le guste que nos dejes dar un vistazo de su paraíso.

Cuando Valente desapareció por la

puerta con su hijo y mujer... sí, maldita sea, ¡Su mujer! Vincenzo quiso decapitar a su hermano. La sangre de hervía y necesitó recordarse dónde estaba y que él no era un hombre al que le gustaran los espectáculos. Sobre todo cuando eran de celos y venían directamente de él mismo! Por todos los demonios, el deseo y la obsesión por Mariam lo terminarían trastornando.

Gia se sobresaltó visiblemente cuando Vincenzo una vez solos y tras un largo silencio, le advirtió bruscamente y muy malhumorado:

—Si no quieres que olvide los buenos modales y la caballerosidad que Zia Inés se ha dedicado a inculcarme desde la cuna, será mejor que no vuelvas a dirigirte en esos términos a la madre de mi hijo, ¿*caspi*?

Hubo una pausa provocada por la sorpresa.

—Tu hijo... ¿ese pequeño es tu hijo?

—Así es.

Gia contenía milagrosamente su ira a

punto de estallar.

—Creo que no me equivocaría al confirmar que muchos desconocíamos esta paternidad.

—Nadie salvo yo lo sabía —mintió, enterrando las manos en sus bolsillos, impertérrito—. Quise mantenerlo oculto para protegerlos de los medios. Mariam no estaba preparada para convivir día a día con la asfixiante presión de mi mundo y decidimos separarnos.

—Pero ese niño debe tener como un año y medio, quizás algo más —expuso la bella mujer, sin poder creérselo aún—.

Y tú eres un hombre poderoso, rico y atractivo, muchas harían lo que fuera para atraparte al precio que sea. ¿Estás cien por cien seguro que ese niño es tuyo?

Él la miró con desagrado.

—Lo estoy.

—¿Y en qué situación nos deja ahora todo este asunto del niño?

El rostro masculino se endureció aún mucho más.

—Tú y yo nos hemos acostado muchas veces a lo largo de este último año.

Nunca te prometí nada, Gia. Solo se trataba de sexo sin compromiso. Como acordamos.

Cientos emociones atravesaron la cara de Gia Carusso y ninguna era agradable.

—¡Sí, lo sé! —gritó, malhumorada—.

¡Como también sé que no he sido la única y que larga lista de amantes podría llenar de arriba abajo todas las habitaciones de este Palazzo!

—Baja la maldita voz —la atajó, clavándole los dedos en el brazo—.

Podrían oírnos.

A ella le brillaron de ira sus ojos azules.

—¿Acaso temes que tu mujercita escuche como te entretenías con otras mientras esperabas a que ella se sintiera preparada para ser una Riccardi? ¿Eso hacías querido? ¿O te acostabas con tus aventuras de una noche o de unas semanas y luego corrías a meterte en su cama?

Él la soltó con sequedad.

—¿Qué parte de qué nos separamos

hace mucho no has entendido?

Aquella última replica de él hizo que

Gia sonriera deliciosa y malignamente.

Pegó nuevamente su cuerpo grácil y

perfecto contra el alto y férreo de

Vicenzo.

—¿Quieres decir que tu relación con

ella es solo y estrictamente como la de

padre de su hijo? —preguntó,

retorciendo con el dedo la solapa de él

con coquetería—. En ese caso, tu y yo

podríamos vernos esta noche, ¿qué te

parece?

Antes de que pudiese responder si

quiera, la belleza rubia ya le estaba

comiendo la boca... literalmente, con un

ardiente e impaciente beso, tomándolo

desprevenido.

En el otro extremo de la habitación,

justo antes de cruzar el umbral de la

estancia, Mariam, completamente

paralizada, contemplaba la apasionada

escena.

Una extraña desilusión la invadió.

Complaciendo la “sugerencia” del señor

Callisto al ver que su hijo se demoraba más de la cuenta, había vuelto a por Vincenzo.

Gia y Vincenzo se citaban y solo unos segundos más tarde, se besaban como dos calenturientos adolescentes sin importarles que alguien pudiese verlos.

Sintiendo un fuerte nudo en el estómago que le retorció las entrañas con saña, se dio la vuelta y se alejó a toda prisa. Al llegar a la antecámara, se detuvo de golpe. No podían verla en ese estado.

Tenía que recobrase y mostrarse indiferente.

Apoyó la espalda contra una de las paredes y se abrazó el vientre con los brazos. Cerró los párpados.

¿Por qué diantres sentía un crudo dolor apisonándole en el pecho? ¿Por humillación? ¿Por rabia? Tomó una larga bocanada de aire. Solo tenía clara una cosa: descubrir a Vincenzo

besándose y planeando alguna cita secreta con Gia Carusso le había

afectado más de lo que deseaba

reconocer.

Capítulo 7

En cuanto distinguió desde la puerta entreabierta del baño la figura escorada sobre la bañera de Mariam, que entre risas y juegos bañaba a su hijo, la boca sensual de Vincenzo se curvó en una mueca maliciosa.

La tierna imagen despertó en él un desconocido sentimiento de posesividad. Aquel bebé y aquella mujer eran suyos.

Cruzó el espacio y se acercó a ellos.

Mariam alzó la vista y después de mirarlo fijamente unos segundos, rompió la conexión y regresó toda su atención de nuevo al pequeño, ignorándolo.

Vincenzo dejó caer los brazos y cerró los crispados puños. ¿Qué demonios había cambiado? Todo parecía comenzar a funcionar bien entre ellos y de manera inexplicable su relación volvía a estar como al principio, con una Mariam crispada y posiblemente declarándole

nuevamente la guerra.

¡Maldita pequeña terca!

Se sentó en el borde de la bañera y

acarició la cabecita de su hijo.

—¿Vas a contarme que sucede o te lo

tendré que sonsacar bajo tortura? —

preguntó, volviendo la mirada hacia la

joven.

Por más que quiso no puedo obviar la

espléndida visión de su escote. Como

habitualmente, llevaba un pantalón de

pijama y una camisa algo ceñida y

blanca, solo que la de esa noche estaba

en gran proporción mojada. Podía ver

con claridad el tamaño y forma de sus

pechos. No llevaba sujetador.

Una incomodidad se instaló en su

entrepierna. Cambió de postura. Por

suerte, se había puesto tras una ducha un

pantalón amplio de lino y una camiseta.

—¿Y por qué piensas que me sucede

algo?

Había dejado caer más su delicado

cuerpo sobre la bañera para seguir

entreteniendo al niño, que revoltoso, no

dejaba de chapotear y empaparla de arriba abajo. Vincenzo ahogó un gruñido al fijarse como sus erizados pezones se reflejaban contra la fina tela.

Le costó todo un esfuerzo hablar:

—Porque desde que regresamos hace unas horas de visitar a mi padre apenas me has dirigido la palabra, y las pocas veces que lo has hecho te has encargado, y te puedo asegurar que muy bien, de estrangularme con la mirada —con los labios apretados, ella lo encaró.

Vicenzo torció la boca, ocultando una sonrisa—... como ahora. Te ves encantadora con esa expresión tuya de desear estar dentro de un coche y que yo esté debajo de las llantas.

—¿Has venido a burlarte de mí?

Él respiró hondo.

—Mariam, cuéntame que te ocurre. ¿Se trata de Callisto? ¿Te hizo algún desaire?

En cuanto mencionó el nombre de su padre las manos apretadas en puños y los músculos en tensión, no le pasaron

desapercibidos a la joven.

—Tu padre se comportó conmigo como todo un caballero. Y no me ocurre absolutamente nada —concluyó.

Agarrando una toalla se levantó y sacó a Daniel de la bañera. El pequeño protestó—. Vamos cariño, te saldrán escamas como permanezcas en la bañera cinco minutos más. —De forma tierna, Mariam, haciéndole al bebé una pedorreta en la tripita, logró que riera. Al final, Vincenzo se obligó a salir del embelesamiento que ejercía esa mujer cuando estaba con su hijo. Era una madre maravillosa.

Comprendió que no tenía más remedio que imponer su autoridad si quería sonsacarle a esa pequeña bruja los motivos de su repentino cambio de actitud, se puso de pie y gritó:

—Beatrice... ¡Beatrice!

Mariam, con Daniel en brazos y con los ojos muy abiertos, lo miraba poco si hubiera perdido el sano juicio.

—¿Llamaba el *signore*? —La discreta y

siempre agradable ama de llaves se
asomó a la puerta.

Quitó a su hijo de los brazos de una
anonadada Mariam y se lo entregó a
Beatrice.

—Encárgate de Daniele unos minutos,
yo tengo cosas importantes que hablar
con su mamá.

En el instante que la joven hizo ademán
por ir tras ellos, Vincenzo la sujetó,
impidiéndole dar ni un solo paso más.

La lujuria y el dolor físico por poseerla
se habían intensificado nada más
tocarla.

—¡Qué se supone que estás haciendo!

—Tiró desesperadamente de sus brazos
para intentar liberarse de las manos que
la agarraban con fuerza. ¡Tú y yo no
tenemos nada de qué hablar así que...!

Él la atrajo con brusquedad contra su
cuerpo e inclinando la cabeza la besó,
silenciándola. Cuando Mariam sintió la
boca masculina reclamando la de ella,
una verdadera explosión de emociones
se desencadenó en su interior.

Un beso. Su primer beso de verdad.

Sobresaltada, notó como la boca y lengua masculina se movían más urgentes, más exigentes. Apoyó las manos en sus hombros y lo empujó, nerviosa.

—Yo... —El corazón le latía acelerado.

Los ojos de un oscurecido tono verde la contemplaron con una mueca cínica.

Acortó distancias entre ellos, y perfiló con el pulgar los labios femeninos.

—¿Debo entender, *dolcezza mia*, que no solo he sido tu primer amante, sino que además también, el primer hombre que te ha besado? —Más que una duda, sonó muy seguro de sus sospechas. Dios, aquello era lo que le faltaba: un tanto más en su ya encopetada vanidad—.

¿Que ha conocido la suavidad de tus labios y saboreado el dulce sabor de tu boca?

Ella se abrazó el estómago, convulsa. El cuerpo gigante de ese hombre adherido al suyo la perturbaba demasiado.

—Eres muy arrogante y

autocomplaciente. ¿Qué te hace pensar eso?

—Que no sabes lo que haces o besas muy mal. —Era evidente que aunque jurara sobre una biblia que había besado a muchos antes que a él, no la creería.

—Súmale además a lo de arrogante y autocomplaciente: grosero.

Las comisuras de los labios de Vincenzo se elevaron en un atisbo de sonrisa. Le retiró algunos mechones de la cara que caían sueltos de su coleta.

— *Dio mio*, no me puedo creer que cuando hace dos años nos acostamos y no te besara.

Ella alzó el rostro y lo estudió, pensativa.

No podía sucumbir, no quería terminar haciendo esa noche con Vincenzo algo de lo que probablemente al día siguiente se arrepentiría. Y se arrepentiría porque él tenía a Gia. Y ella jamás permitiría que la convirtiera en su amante mientras tuviera una relación con otra mujer.

Sintiendo una herida en su alma, volvió

la cara para no mirarlo, y respondió:

—Puede ser que estuviese más interesado y preocupado en encontrar su propio placer. Pero no le culpo, *signore*, cinco o diez minutos no dan para ser generoso.

Un tic palpitó en la mandíbula tensa de Vincenzo, y entre dientes le gruñó:

—Pequeña provocadora e insolente. Ahuecándole con saña el trasero la aupó. Entre forcejeos y sin darle tiempo a gritar, se apoderó del néctar de su boca. Ciñéndola mejor a su alta figura, se movió con ella hasta chocar su delicada espalda con una de las paredes del baño. Mariam se quejó pero los besos que la devoraban no le daban tregua.

Algo electrizante recorrió su espina dorsal y estalló entre sus muslos cuando él amoldó sus piernas alrededor de sus caderas y le subió la camisa para acariciarle los senos desnudos.

Jadeando y ardiendo, recibió en su boca el sonido gutural que brotó de la

garganta de Vincenzo.

Sus manos, temiendo desfallecer, se afianzaron mucho mejor a los amplios hombros masculinos, cuando él, empujando su erección se oprimió más rudamente en el mismo centro de su feminidad, como si quisiera colarse a través de la tela de sus pantalones y lencería.

—Deseas esto, eh Mariam... —

preguntó, sin separar los labios de los de ella—... Es esto lo que deseas, verdad pequeña impertinente... —

Descendió el rostro hasta el cuello, lo lamió y besó. Suspirando de placer, ella le facilitó el acceso mientras extendía una mano a su cabello—. Sí, sí que lo deseas. Estas ardiendo. —La mano que manoseaba uno de los tentadores pechos bajó por su vientre y terminó colándose en el interior de sus braguitas. La acarició, y ella, tirándole de los cortos mechones del pelo, se arqueó, gimiendo—. Y estás muy mojada. —Contoneó la prueba de su excitación contra la de ella

y volvió a reclamar su boca. Mariam lo recibió más que encantada—. Solo tendría que bajarme los pantalones y me dejarías hacerte todo lo que yo quisiera —murmuró, entre beso y beso—. Sin importarte en lo más mínimo si son cinco o diez minutos o toda la maldita noche.

De repente, súbitamente frío e indolente dio por finalizado aquel estallido de arrebatadora lujuria entre ambos y se apartó.

Las piernas de flaqueaban a Mariam y solo la pared en donde apoyaba la espalda le permitía seguir erguida, digna. Con la respiración jadeante y en medio de la frustración que sentía en su cuerpo, observó el rostro endurecido de Vincenzo. Tenía los puños apretados y las venas sobresalían visibles de sus músculos.

Había estado jugando con ella. Toda aquella libidinosa función tenía un único objetivo: darle una lección.

Reprimiendo las lágrimas de

humillación ladeó la cabeza. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¡Maldito seas Vincenzo Riccardi! ¡Maldito seas!

La joven contuvo un respingo de sorpresa. Unos dedos se clavaron en su barbilla y la obligaron a enfrentar la mirada dilatada de un hombre que parecía querer destruirla con la misma intensidad con la que la había besado y acariciado hacia escasamente unos minutos.

—Si no fuera porque en estos momentos no me hago responsable de lo que pueda hacerte, te arrastraría hasta la cama y te enseñaría lo generoso que puedo llegar a ser. No será esta noche, pero te prometo *cara*, que más tarde o más temprano, acabarás en mis brazos de nuevo. Y esta vez, me aseguraré muy bien de darte lo que quieres. Tanto, que cuando sientas la tentación de volver a escupir veneno por esa deliciosa lengua que tienes, tendrás que mordértela.

Algo desconcertante brotó en sus ojos verdes. Retrocedió, dio media vuelta y

se marchó.

Con todos los miembros del cuerpo
temblándole, Mariam se deslizo
lentamente por la pared hasta sentarse
sobre el frío piso. Dobló las rodillas y
se las abrazó. Enterrando el rostro entre
estas, lloró en silencio.



Era martes y Vincenzo había salido el día
anterior de viaje y no regresaría hasta
finales de semana. Después de su
encontronazo del domingo en el baño, no
se volvieron a dirigir la palabra. Ni
siquiera se había despedido de ella en
su partida.

Pero algo había cambiado. Algo había
hecho que ella descolgara el teléfono y
lo llamara.

El enfado y las recriminaciones no
tenían cabía en situaciones como
aquella. Y ella lo necesitaba... y no solo
como padre de su hijo.

Mariam se apremió a levantarse de la
silla mecedora todo lo rápido que sus

amodorrados miembros le permitieron cuando vio entrar en el dormitorio de Daniel a Vincenzo. Con un nudo en la garganta y con la vista nublada por un llanto que contenía, corrió hasta él y se arrojó en sus brazos.

—¡Enzo! Nuestro bebé...

Él la estrechó más fuerte entre sus brazos.

—Shhh... ya estoy aquí contigo, *mia amore*. Nuestro hijo se pondrá bien. Te lo prometo. Siempre os cuidaré a los dos.

Sin soltarla, se acercó hasta la cuna para ver a su hijo dormir. Con adoración acarició la carita del pequeño. Después, entrelazó los dedos con los de la joven y la condujo hasta el sofá de la habitación. Se sentó y luego la instó a ella a sentarse sobre sus rodillas.

—He estado hablando con el doctor Castellino y me aseguró que los cuadros de fiebres suelen ser frecuentes en estos casos. —Los labios de él recorrieron las mejillas y los parpados cerrados de

Mariam, eliminando la humedad de las lágrimas de su dulce rostro. Ella se dejó consolar y unió las manos en su nuca—. Nuestro hijo, *cara*, acaba de pasar recientemente por una intervención, por un trasplante de médula ósea, pero se está recuperando favorablemente cada día. Con unos antibióticos, antimicóticos y antivirales verás cómo antes de que finalice la semana te tendrá corriendo detrás de él por todo el apartamento, ¿*capisci*?

Ella asintió y lo besó en la comisura de los labios.

—Gracias por estar aquí. Por dejarlo todo y venir...

—Mariam —con ternura la hizo mirarlo a los ojos—, no importa donde esté, con quién esté o tenga que dejar tirado. No me importa perder toda una fortuna o mandar todo absolutamente al diablo, si mi hijo o tú me necesitáis. Quiero que entiendas esto: Daniel y tú sois ahora mi familia.

Cálido y dominante, sus labios probaron

los de ella.

Mariam lo envolvió con sus brazos.

Aquello era lo que necesitaba. Nada más importaba. Y puede que por la mañana su relación volviese a ser como siempre, pero en aquel momento, ella le pertenecía.

Capítulo 8

Mariam, vestida con unos vaqueros desgastados y una camisa ajustada, deambulaba, frenética y descalza, de un lado a otro por la cocina poniendo de los nervios a una Beatrice que la miraba divertida.

—Es el desayuno del *signore* —explicó, tomando la bandeja que ella personalmente había preparado para Vincenzo—. Se lo llevaré ahora mismo a... —Dudó, antes de desaparecer por la puerta. Nunca solía coincidir por las mañanas con él así que no tenía ni idea hacia dónde dirigirse. Miró por encima de su hombro—. ¿A la terraza?

La mujer de mediana edad rió y sacudió la cabeza. —No, *signorina*, a su

dormitorio.

Con el ceño fruncido giró sobre sus talones.

—¿Vicenzo desayuna en su habitación?

—No es lo acostumbrado en el *signore*,

pero cuando supo

que... —La ama de llaves enmudeció.

Súbitamente nerviosa se puso a limpiar

una encimera tan limpia y reluciente que

se podía comer sobre ella—. Mhm...

supongo que se le habrán pegado las

sábanas. Apenas habéis descansado esta

pasada noche. ¿Cómo sigue el pequeñín?

Mariam analizaba el comportamiento

extraño de la mujer pero en cuánto esta

le mencionó a Daniel, pareció olvidarlo

todo y su rostro se iluminó con una

sonrisa.

—Estupendamente. La fiebre ha

remitido y esta mañana, cuando el

doctor Castellino volvió a examinarlo a

primera hora, su pronóstico fue muy

tranquilizador. Gracias a Dios —dijo,

respirando hondo. Se puso nuevamente

en marcha—. Ahora sí que me voy. Nos

vemos luego Beatrice.

A pesar de su dudosa estabilidad y del pésimo equilibrio que poseía, Mariam logró milagrosamente llevar intacta la bandeja hasta la recámara. El sonido suave del agua al caer llegó a sus oídos así que supuso que Vincenzo se estaría duchando.

Sin preámbulos, le dejó el desayuno sobre una cómoda y comenzó a recoger la ropa que se esparcía por la cama. Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, de repente, se vio exhalando una de las camisas de Vincenzo.

Y a su mente volaron los recuerdos de esa pasada noche... “—*Estás agotada, Mariam, deberías irte a descansar — intentaba conversarla Vincenzo—. Yo no me moveré de aquí, te lo prometo.*

—*No, no quiero apartarme de Daniel.*

—*Parecía que se había encaramado a la cuna de su hijo y se negaba a desasirse.*

—*Cara...*

—*Tú también estás agotado, Enzo.*

Oírla pronunciar el diminutivo

cariñoso con el que Diago o su Zia Inés

lo llamaban a veces le arrancó una

sonrisa.

De improvisto, la tomó en brazos.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Como no quieres moverte de esta

habitación, te acondicioné el sillón

para que te acuestes un rato. —Con

extremada delicadeza la acomodó

sobre la superficie de cojines y mantas.

—Pe... pero no es necesario. Yo no

quiero dormir.

Ella intentó incorporarse pero él, con

suavidad y autoridad, la empujó de

vuelta al improvisado lecho.

—¿Por qué eres siempre tan

obstinada? A nuestro hijo le ha bajado

la fiebre y pronto se restablecerá por

completo. Descansar un poco no te

hará ningún mal ni tampoco te

convertirá en una mala madre por

hacerlo. —La vio dirigir su mirada

preocupada hacia un Daniel que

dormía—. Mariam, mírame... —Las

manos de él atraparon su desolado rostro—. A pesar de las discrepancias que hayamos podido tener tú y yo, eres la mejor madre que podría tener mi hijo.”

Eres la mejor madre que podría tener mi hijo, repitió mentalmente, elevando las comisuras de sus labios y de vuelta al presente.

Tan absorta como estaba en sus cavilaciones, con la prueba de sus fantasías aún entre las manos, dio un respingo de sobresalto cuando escuchó la voz de Vincenzo a sus espaldas:

—Mariam...

Ella se giró y lo que encontró la dejó totalmente mareada: Vincenzo Riccardi estaba completamente desnudo. Tenía una toalla pero el muy indecente no hacía nada por cubrirse. Se secaba la cabeza como si el estar de esa guisa delante de ella fuera lo más natural y normal del mundo.

La camisa de vestir se le cayó de entre los dedos. Incapaz de hablar y con todos

sus sentidos entumecidos no pudo

moverse.

Empezó a balbucir como una auténtica

tarada:

—Yo... yo... mhhm... desayuno...

arreglar ropa...

Y al momento comprendió donde tenía

mirada.

¡Oh, dios mío! ¿Eso era normal?

Aquello resultaba desmedido para algo

que se suponía debía estar

adormilado...

Agrandó los ojos. El miembro de

Vicenzo parecía crecer cada vez un

poco más mientras ella lo observaba.

Por favor, por favor, que no tuviera la

boca abierta como una atolondrada,

y... ¿Por qué no podía dejar de

fascinarse y asustarse a la vez con

aquella parte tan íntima de él?

¡Por todos los Santos del cielo! ¡Aparta

la cochina mirada de su entrepierna!

Cuando al fin sus rebeldes ojos

decidieron alzar la vista, el rostro le

terminó de arder al ver que Vincenzo la

observaba con una mueca de burla y de autocomplacencia.

¡Cretino exhibicionista!

Sintiéndose escandalosamente cómodo con su desnudez y mientras seguía secándose, en esta ocasión los brazos, le soltó con sorna:

—Creo, *piccola*, que cuando me dijiste la primera vez que yo había sido el único hombre en tu vida, debí desnudarme ante ti, porque viendo tu reacción de estos momentos, te hubiese creído de inmediato.

Con reserva y prudencia dio algunos pasos hacia ella. Mariam retrocedió y se volvió para obligarse a no continuar mirándolo.

—Cúbrete, por favor. —Se retorció las manos, nerviosa. Sus mejillas estaban teñidas de un rojo encantador—. Es esto, no está bien.

—¿Por qué tanta incomodidad por verme desnudo? No creo que pudiera dejarte embarazada sin bajarme los pantalones.

La joven gimió cuando notó el adictivo calor y olor de Vincenzo a su altura. En cuanto percibió la mano de él subiéndole en una sensual caricia por el brazo hasta su cuello, se dio media vuelta y salió corriendo.

Mejor huir como una cobarde que acabar retozando en los brazos de ese ángel negro. Una pecaminosa e irresistible criatura que jamás le había hecho promesas de ningún tipo.

Se dirigió al dormitorio de Daniel, y sin perturbar su sueño, intentó recuperarse.

Respirando profundamente, luchando por recobrar la calma, trató de vencer el extraño instinto que le ordenaba coger a su pequeño y escapar. Pero, ¿por qué debía esconderse de Vincenzo? No llegaba a entender del todo esa irracional alarma que la apremiaba a hacerlo.

Pero, presa del pánico, comprendió que no podía escapar... que no deseaba escapar.

Capítulo 9

Tal y como Vincenzo Riccardi le había prometido la noche en la que cuidaban de su hijo enfermo, el fin de semana traería consigo la completa recuperación de Daniel.

A regañadientes y no muy convencida, había aceptado la invitación del italiano para salir ese mismo sábado por la noche.

“Nos merecemos una noche solo para nosotros dos después de la semana tan aciaga que hemos tenido por delante”, había argumentado él.

Pero solo Inés Delmauro había operado el prodigio de separarla por unas horas de su pequeño al quedarse a cargo de Daniel como la más feliz de las tías abuelas.

Mariam examinó la numerosa cubertería que tenía a ambos lados de su plato e hizo una mueca.

Comenzaba a tener una clara idea de cómo pudo sentirse Jack Dawson, el personaje de Leonardo Dicaprio en la película Titanic, cuando fue invitado a

la cena de gala en primera clase.

Cielos, desde cuando se requería de toda esa cubertería para comer... ¡Una raquítica y tasada comida!

No le extrañaba que en restaurantes como ese, en donde pagar una factura te costaría un riñón y parte del otro... a cualquier trabajador medio, amasaran fortunas cada noche, teniendo en cuenta lo que cobraban y la tacañería con la que llenaban sus platos.

—Pareces nerviosa esta noche, ¿sucede algo, *piccola*?

Mariam alzó la cabeza de su plato y observó, embrujada, al atractivo hombre que la contemplaba divertido.

Se mordió el labio inferior pensativa.

¡Sí! ¡Sucedía que esa madrugada estaba más irresistible que nunca enfundado en su elegante y refinado traje negro y su mente escenificaba miles de imágenes de cómo sería quitárselo!

Sintiendo la boca seca se llevó la copa a los labios.

*Dios, debía ser efecto de lo que se
estaba tomando.* Bajó la mirada hacia
su copa. *¿Una bebida sin alcohol?* Con
una mueca pensó, que debería comenzar
a buscarse otra excusa para justificar su
sofoco.

—Mariam, cariño, ¿te encuentras bien?

Te has puesto colorada.

La mirada tórrida de él brilló maliciosa
al verla sonrojarse y agachar la cabeza.

Inclinándose, posó los labios en su oído
y con voz enronquecida, propuso:

—¿Quieres qué esperemos a llegar al
apartamento, preciosa, o prefieres que
subamos a una de las suites del Hotel?

Al escucharlo casi se atraganta con su
propia saliva.

*Cielos, esa proposición sonaba muy
erótica pronunciada desde esa boca
pecaminosa, y...*

—¡Estás loco! —Mariam abrió los ojos
como platos. Su raciocinio al fin había
hecho acto de presencia, imponiéndose a
su inapropiada lascivia—. No subiría
contigo a una habitación ni aunque nos

invadieran y nos rodearan ahora mismo

tu legión de histéricas grupies.

Él soltó una carcajada.

—¿Eres siempre tan encantadora? ¿O reservas todo ese genio solo para mí?

—Exactamente eso último. Lo reservo todo y exclusivamente para ti.

Sin perder la sonrisa, él posó una mano en su mejilla y se la acarició.

—Y yo te prometo pequeña que tu mal genio de fierrecilla no será lo único que reservarás solo y completamente para mí.

Con las mejillas ardiéndole, Marian se apartó de su caricia como si la hubieran abofeteado.

—Deja de estar a la defensiva, preciosa, y disfruta de la velada. Te he invitado a cenar también para que enterremos el hacha de guerra de una vez por todas y comencemos a ser amigos.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco.

Alzó la mano en señal de paz e ironizó

—: Seré una buena chica y fingiré que me gustas... un poquito al menos. Y seré

comprensiva también. Debe ser todo un logro para el gran idolatrado y lujuriado por muchas de Vincenzo Riccardi, salir con una mujer con la que nunca se ha acostado y con la que, para colmo de males...—El rostro de la muchacha se tensó visiblemente.

Él esbozó una sonrisa.

—Te recuerdo, preciosa, que tenemos un hijo, y que yo sepa, el Espíritu Santo no se te apareció en la puerta de tu casa, ¿o sí?

Ella negando bajó de nuevo la mirada a su cena y jugueteó con la comida, sintiéndose como de costumbre: miserable.

No, claro que no. Puede que el Espíritu Santo no se le apareciera en la puerta de su casa, pero casi. Daban igual las circunstancias. Ella era madre y seguía siendo virgen. Y lo que era aún muchísimo más grave, seguía siendo una impostora.

—Mariam, oye —dijo él, posando un dedo en su barbilla para obligarla a

encararlo—. No fue mi intención

importunarte...

—Oh, Vincenzo, querido. Que fabulosa y grata coincidencia.

Sin saber cómo ni de dónde, una deslumbrante Gia Carusso apareció de la nada y sin ser invitada, como la garrapata que era, se colgó del brazo de Vincenzo, haciéndolo levantarse de su asiento para saludarlo de una forma más que excesiva.

El bonito y sugestivo vestido largo color jade que lucía Mariam quedaba ensombrecido con el traje carmesí de la rubia toca narices.

Mariam agitó su copa ligeramente para ver el líquido balancearse mientras intentaba ignorar a los dos tortolitos.

Ahí estaba la mujer de las grandes coincidencias de nuevo. Al ataque. A la caza.

¡Maldita Barbie Malibú!

—Oh, Miriam... —exclamó de repente Gia en una muy mala interpretación, fijándose en ella.

—Mariam... —la corrigió.

¡Bruja!

El único motivo por el cual la rubia malcriada había decidido, ahora sí, darle la tabarra a ella, se debía a que Vincenzo intercambiaba algunas palabras con un caballero que debía rondar la edad de Callisto Riccardi, su padre.

—Sí, eso, Mariam. Es que es tan idéntico al de Miriam Legendre. Una de las tantas amiguitas inglesas que ha tenido Vincenzo. —Se rió, sentándose en el asiento libre que ocupaba hacia escasos minutos el italiano. Luego teatrera repuso—: Cuanta descortesía de mi parte no haberte saludado antes, pero no te había visto.

—Te creo —bufó ella, e imitando su actitud, alegó—. Discúlpame si no me levanto pero creo que se me ha indigestado la cena en el último minuto.

—Dime querida —dijo, tomando la copa de vino de Vincenzo y acercándosela a los labios—, te apellidabas Salas, ¿verdad?

La joven, que observaba con irritación el gesto provocador de la rubia de bote, alzó las cejas como diciéndole: “¿ *Y a ti qué te importa?* ”

—Mariam Salas. Española...

—De signo Aries —interrumpió su exposición para continuar ella—:

Poseedora de una gran paciencia pero solo cuando estoy de humor. Alérgica al tinte rubio y... ah sí, de pequeña detestaba a las Stacys's Malibú.



Con una sonrisa forzada Gia movió la cabeza de un lado a otro.

—Vicenzo debería poner una mordaza a esa boca contestona que tienes.

Los ojos de Mariam chispearon, rientes.

—Me gustaría ver como lo intenta.

A trompicones y a duras penas, Mariam consiguió quitarse los zapatos de tacón que comenzaban a hacerle daño, y sin desvestirse, se dejó caer de bruces sobre su cama.

Después de unos segundos se dio la

vuelta y quedó tendida de espaldas sobre el colchón. Cubrió sus ojos con un brazo y suspiró. La tensión comenzaba a disiparse al fin de su cuerpo. Hasta entonces, no se había dado cuenta de lo tensa que se había puesto.

La velada se iba ido al cuerno desde el preciso instante que la *Barbie* Malibú, al parecer, sin un *Kent* a quién desempolvar esa noche, había optado por autoinvitarse a su cena.

Irónicamente, le tendría que estar agradecida a Gia. Le había hecho recordar porque debía mantener ciertas distancias con Vincenzo Riccardi: para no salir herida.

El único momento que volvió a tener a solas con el italiano esa madrugada había sucedido de vuelta al apartamento, hacía escasamente unos minutos. Justo antes de entrar a su dormitorio y tirarse sobre esa misma cama.

“—*El lunes tengo que viajar a primera hora de nuevo a Nueva York por unos días —le había dicho Vincenzo*

inclinando el rostro, sus labios rozaron la garganta de ella. Mariam gimió—. Daniele está en casa de Zia Inés y tú y yo podríamos encerrarnos desde ahora y hasta ese momento en mi dormitorio y no salir.

Cuando la besó en los labios, Mariam rápidamente se apartó. No podía pensar claramente con ese hombre cerca. Y mucho menos si la besaba.

—No estoy ni en una manifestación ni en una huelga de hambre para encerrarme contigo en una habitación, Vincenzo.

Él le dedicó una sonrisa malévola y a Mariam le pareció que sus ojos verdes acariciaban su cuerpo.

—Sobre lo de la huelga de hambre yo no estoy tan seguro.

—Está bien, seré muy clara. Lo nuestro sucedió hace mucho tiempo. Tenemos a Daniel y eso siempre nos unirá de una forma u otra, pero nada más — argumentaba; aunque sin mirarlo a los ojos, detalle que a Vincenzo no le pasó

inadvertido—. Nunca podría volver a ver nada entre nosotros. Ni siquiera una aventura porque yo... yo ya no soy esa jovencita crédula que se dejó deslumbrar por hombre apuesto en la barra de un pub.

—No me gusta que me mientan, cara — dijo, apretando los labios. Notó como ella se ponía nerviosa—. Nada de lo que acabas de decirme es cierto.

Cualquier día de estos me desearás tanto como yo a ti y vendrás a mí. Y cuando lo hagas, que Dios se apiade de ti, porque yo no lo haré. Tomaré de ti todo lo que me plazca y desee y tú no podrás impedírmelo. —Tomó la mano de Mariam y besó la zona de la muñeca, donde su pulso acelerado la delataba. Con una sonrisa francamente cínica, añadió—: Buona notte, dolcezza mia.”

Capítulo 10

La brisa refrescante de mediados de Octubre debería comenzar a palpase en el ambiente; pero por el contrario el

brillo diurno del cielo despejado de esa tarde, parecía colmar de calidez y luminosidad cada rincón de la terraza donde se hallaban. En el ático de Vincenzo Riccardi. Su hogar desde hacía un mes.

Valente tenía a Daniel sobre sus piernas, sentado delante de una mesa de cristal intentaba que el pequeño comenzara a escribir, guiado siempre por su mano, sus primeras palabras en italiano.

Mariam reprimió la risa.

Todos parecían esforzarse para que el bebé de apenas un año y medio aprendiera correctamente su lengua paterna. Rara vez se dirigían a él en español. En cambio con ella, sucedía justamente todo lo contrario. Era su idioma natal el que predominaba en sus conversaciones.

Como en esa ocasión.

—Qué me dices, Mariam, ¿me acompañas esta noche a cenar y luego a tomar algo?

Ella, que en el suelo luchaba por

trasplantar una planta a un tiesto más grande, alzó la cabeza y le dirigió una sonrisa de disculpa.

—No creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? ¿Por mi hermano?

Negó con la cabeza, volviendo a su tarea de jardinería.

—Se trata de Daniel. La semana pasada estuvo muy enfermo y no me gustaría separarme de él.

—Solo serán unas pocas horas, Mariam

—le garantizó él. Apoyó la barbilla en

la cabecita de su sobrino—. Además, a

Zia Inés la haremos dichosamente feliz

si este hombrecito pasa más tiempo

como ella.

—No estoy segura. No quiero abusar.

Dani es responsabilidad mía... y de

Vicenzo, claro.

—Es jueves por la tarde, eres joven y

apenas sales. ¿Qué tiene de malo que te

diviertas un poquito en su ausencia? El

vejestorio de mi hermano no estará de

vuelta hasta el sábado.

Los ojos de ella se dilataron al

momento. Se mordió con fuerza el labio para no reírse.

¡Vicenzo un vejstorio!

Un sonido procedente del interior del apartamento los interrumpió y Mariam reconoció enseguida la melodía de su móvil.

—Es mi teléfono —dijo poniéndose en pie. Se quitó los guantes de trabajo y se sacudió con las manos los petos vaqueros que llevaba—. Regreso enseguida.

Una vez dentro localizó el aparato olvidado en el sillón y se lo dirigió a la oreja.

—Sí...

—Hola querida.

—¿Quién eres? —quiso saber, arrugando el entrecejo.

—Gia Carusso. ¿Acaso no me reconoces?

Mariam inspiró profundamente. No iba a perder los nervios.

—¿Y cómo ha conseguido mi número?

—Ah, eso —dijo, con una risita tonta—.

Supongo que lo debí ver ayer por la mañana sin querer cuando Vincenzo salió apresurado y se lo dejó olvidado en nuestra suite después de una intensa y apasionada noche.

Tras oír aquella revelación a Mariam se le aflojaron las rodillas. Tuvo que aferrarse a uno de los muebles para mantenerse erguida. Parpadeó. ¿Estaba llorando?

—¿Mariam, querida, continuas ahí?

—Vincenzo está en Nueva York...

La risa de Gia se intensificó.

—Te equivocas querida, lo estaba. Al igual que yo. Regresamos juntos a Italia este mañana... —Fingiéndolo sorpresa, apostilló, con maldad—: ¿No me digas qué aún no se ha dignado a aparecer por casa? Que desconsiderado de su parte, teniendo en cuenta que debería tenerte cierta estima. Al fin y al cabo, eres el medio que le ha permitido tener un heredero sin renunciar a su licenciosa soltería.

Mariam sintió náuseas. El cuerpo le

tiritaba y algo parecía habersele hecho

añicos por dentro. *¿Su corazón?*

Apretó los ojos con fuerza y tomó aire a

raudales para poder soportar lo que Gia

le contaba:

—La cosa es que yo estoy igual de

decepcionada y furiosa con Vincenzo

como lo estás tú en estos momentos...

—No hable por las dos. —Le escupió

Mariam, reaccionando. Aunque el denso

dolor persistía, reflejándose en sus ojos,

en la línea apretada de sus labios y en la

rigidez de su cuerpo—. Vincenzo puede

hacer con su vida lo que se le pegue la

real gana. A mí no me afecta mientras

cumpla como padre de mi hijo.

—¿Entonces no te importa que en estos

momentos esté en los brazos de otra

mujer?

La joven se estremeció. Se echó hacia

atrás como si lo hubieran abofeteado.

—¿Con... con otra mujer?

—Imagínate mi sorpresa cuando después

de aterrizar esta mañana en Roma y

asegurarme que no podría acompañarme

personalmente a casa porque iría directamente a las empresas Riccardi, lo vi en muy buena compañía. Le pedí a mi chofer que los siguiera, ¿y a qué no sabes? Condujeron hasta las afueras de la ciudad y entraron muy acaramelados a una mansión que sería el sueño de toda persona... Un momento. —Hubo una pausa. Gia parecía estar buscando algo en su móvil—. Y como pensé que tal vez no me creerías, me tomé la licencia de facilitarte alguna prueba. En estos momentos te estoy enviando una foto. Tragó saliva para deshacerse del nudo que tenía en la garganta cuando con pulso inestable abrió el archivo recibido. Vincenzo le sonreía a una morena bellísima que se aferraba a su brazo mientras entraban en alguna propiedad privada.

—Es guapa y atractiva —insistía Gia, con el solo objetivo de herirla—.

Evidentemente no tanto como yo, pero a Vincenzo este detallito le es indiferente, ya que no suele conformarse con una

única amante...

Harta de escuchar el perverso regocijó
de la Stacy Malibú le colgó. Prefería ser
maleducada que seguir escuchando la
lengua ponzoñosa de aquella víbora.

Volvió de forma masoquista a
contemplar la foto. Mientras más
contemplaba la imagen más podía sentir
Mariam cómo lágrimas ardientes le
abrasaban la piel.

Vicenzo tenía amantes. Unas amantes
que al parecer le importaban más que
Daniel... que ella. Porque era con ellas
con las que viajaba o las primeras a las
que veía tras varios días fuera.

El dolor empezaba a ir dando paso a la
más cruda decepción y a la más
profunda rabia.

Arrojó el celular al sofá.

*¡La barbie con complejo de
teleoperadora y el cabrón con
complejo de conejo en celo podrían
irse juntos al diablo! ¡Cagna maledetta
trascinato y Figlio di... ¡Ah!*

Tenía que tranquilizarse. Eliminando

con dedos temblorosos cualquier rastro
de llanto en su rostro, respiró
hondamente.

Deseaba poder desterrar el dolor que
sentía en esos momentos de su corazón.

Anhelaba erradicar para siempre la ira
que le evidenciaba con la más amarga
de las realidades lo que ya no podía
seguir negando: quería a Vincenzo
Riccardi... y estaba celosa.

¿Pero acaso eso importaba?

Ella no podía permitir que ese engreído
italiano se convirtiera en el eje central
de su universo, de su vida. Porque si lo
hacía, estaba sencillamente perdida.

Así que ya era hora de que le sacara al
mal tiempo buena cara.

Cerró los parpados y tomó una larga
bocanada de aire. A continuación
enderezó los hombros y salió de vuelta a
la terraza.

Valente seguía sentado con Daniel en su
regazo.

—Valente ...

—¿Ocurre algo?

Sentándose a su lado y mientras le acariciaba la cabecita a su hijo, Mariam no pudo evitar preguntarse si lo que iba hacer solo era fruto del despecho.

Oh, sí, sí que lo era probablemente.

¡Pero bienvenido sea su maldito resentimiento!

Le dirigió su sonrisa más radiante.

—No, no ocurre nada de lo que preocuparse. Solo quería saber si sigue en pie tu invitación de esta noche.

Él hombre ladeó la cabeza, como si creyese no haber escuchado bien.

Finalmente le sonrió.

—Por supuesto que sí, hermosa.

Esforzándose en sonar entusiasmada, Mariam preguntó:

—Entonces, ¿a qué hora me recogerás?

Horas más tarde, en uno de los clubes más de moda de Roma y en uno de los reservados de la zona VIP, Miriam se llevaba un vaso a la boca y bebía su contenido. El líquido de color marrón le cosquilleó la garganta y le escoció la nariz. Haciendo una mueca desazonada

dejó su bebida de nuevo en la redondeada y diminuta mesa y miró a su acompañante de esa noche.

—Tu hermano es un canalla que no tiene corazón —hablaba como si realmente estuviera algo ebria—. Cómo se atreve a besarme, ¡a intentar meterme en su cama! cuando tiene amantes por ahí sueltas en...en...a saber dónde. ¡Pero las tiene!

Valente la escuchaba, divertido.

—Así que Enzo ha intentado seducirte.

—Seducirme sería pedirle demasiado

—dijo, apoyando los

codos en la superficie de cristal y la cabeza en sus manos, desganada—.

Como cavernícola que es, cree que yo soy de su propiedad y que lo voy a estar esperando con los brazos abiertos...

—Será con las piernas abiertas. —Se oyó una voz a través del móvil que descansaba sobre la mesa.

Ulises se había unido vía distancia y gracias a las actuales tecnologías a esa especie de salida nocturna que más que

fiesta, parecía una sesión psicoanalista.

—Sí, esas también —reafirmó
graciosamente haciendo un mohín—.

Decía, que como *Hakuna Matata* que
es, se piensa que puede venir a mí, a
desparasitarse después de revolcarse
como cochino en el cochinero con sus
amiguitas.

Una carcajada tronó desde el celular y
Valente amplió su hermosa sonrisa. Le
agarró las manos a la joven.

—¿Por eso has aceptado hoy mi
invitación para salir a tomar algo? ¿Por
qué crees que Enzo está en estos
momentos con otras?

—No me importa lo que haga o deje de
hacer el *Hakuna Matata* —aseguró,
pero el fulgor de sus ojos evidenciaba
que mentía. Estaba molesta—. No es la
última Coca-Cola en el desierto, sabes,
y si lo fuera, ¡preferiría morirme de sed!

—¡Eso se lo enseñé yo! —Siguió
riéndose Ulises sin parar.

Valente echó un vistazo a las dos únicas
bebidas que se había tomado Mariam

esa noche.

—¿Cómo te puedes emborrachar con un margarita apenas sin alcohol y con una simple Coca-Cola? Comienzo a entender como mi hermano terminó engatusándote y embarazándote.

—Yo jamás hubiese cometido el error de Jud y acabar retozando en el sofá de un Hotel con alguien tan presuntuoso como el *signiore* Vincenzo Riccardi.

—Muñeca... —Ulises había perdido el humor de repente.

Valente miró cortés e inquisitivamente el rostro de la joven. La declaración que acaba de pronunciar y el tono lleno de disimulada advertencia del español a su amiga no le pasaron inadvertidos.

Capítulo 11

—¿Y cuándo ponen en ese antro de mala muerte la canción del Tiburón? —Se burló Ulises, ansioso por cambiar de tema, por lo visto.

Valente que continuaba como el mejor de los sabuesos estudiando la expresión de Mariam en silencio, enarcó una ceja

oscura.

Ella le explicó:

—Daniel ama esa canción y se vuelve loco por el vídeo. Sale alguien disfrazado de tiburón y mujeres escasas de ropa bailando y... —La voz de la joven vaciló. Clavó los ojos en el hermano de Vincenzo y palideció—. ¡Oh, Dios mío!

Inclinándose hacia delante Valente cubrió la mano que Mariam tenía apoyada en la mesa con una de las suyas.

—¿Sucede algo? ¿Te encuentras bien?

—Se trata de tu sobrino —confesó, haciendo un gracioso puchero—. ¡Ha salido como su padre! Tan pequeño y tan aficionado ya a ver a las tatas en tanga. ¡Esto es culpa de los genes corrompidos y depravados del *Neandertal* de tu hermano!

En el teléfono se oyeron nuevamente las carcajadas de Ulises.

—Lo está poniendo fino esta noche, ¿no crees?

—Eso parece.

—Valente Riccardi —exclamó una masculina voz a sus espaldas. Un hombre rubio y de ojos azules, aproximadamente de su edad, apareció ante ellos—. El brillante y codiciado estudiante de Oxford. —Le extendió una mano—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

—Unos diez años —contestó, aceptando el apretón de manos. Valente ni siquiera se molestaba en ocultar la profunda animadversión que el recién llegado provocaba en él—. Bruce Reynald...

¿Qué trae por Italia a un aterido inglés como a ti?

—Negocios. —El británico miró apreciativamente a Mariam—. ¿No me vas a presentar a tu cita de esta noche, amigo?

—Mariam te presento a Bruce —dijo con desgana—. Es un viejo compañero de Universidad.

—Un placer saludarte Bruce —Se levantó de su asiento para darle un beso

en la mejilla. Algo que no gustó para nada a Valente.

El inglés encantadísimo le ofreció a la joven una amplia y perezosa sonrisa.

—El placer es realmente mío.

En el instante que Mariam se distrajo solo unos segundos para despedir al chismoso de Ulises, que había permanecido en absoluto silencio para enterarse de todo, Bruce Reynald, en un tono bajo, preguntó a Valente:

—¿Estás saliendo con ella?

Antes de responder dio un largo trago a su bebida alcohólica.



—No, pero conociéndote te aconsejo que te mantengas bien lejos de ella si no quieres que Vincenzo te parta todos los huesos.

—¿Es el nuevo juguete de tu hermano?

—No exactamente... —De improvisto, reconoció a alguien entre la multitud del Club. Alzó un lado de la comisura de sus labios, mostrando una media sonrisa

—. Tengo que saludar a alguien. Bruce,
¿te importaría acompañar a Mariam
unos minutos?

La sonrisa del inglés fue sagaz.

—Por supuesto que no. Será un auténtico
placer.

Haciendo una sufrida mueca, Vincenzo
Riccardi había tenido que parpadear en
repetidas ocasiones para aclimatar la
visión al ambiente abarrotado y de
juerga del local nocturno.

Pero no se marcharía de aquel sitio
hasta localizar y llevarse consigo lo que
había ido a buscar.

Apretó el mentón y los puños cuando al
fin lo encontró. Sus ojos verdes
chispeaban de ira mientras, abriéndose
paso entre la multitud, avanzaba hacia
una de las zonas VIP. Por dentro se
sentía como una bomba a punto de
estallar.

—Se acabó la fiesta, Mariam. —Casi
rugió, al tiempo que levantaba a la
joven, enmudecida por la sorpresa, de
su asiento. La atrajo contra su cuerpo,

posesivo—. En estos momentos te

vienes conmigo...

—Eh, amigo —exclamó Bruce

poniéndose también en pie—, qué coño

te crees que estás haciendo. Ella estaba

conmigo.

La expresión de Vincenzo se tornó mucho

más grave, pero por encima de todo,

mucho más peligrosa y violenta.

—Tú lo has dicho; estaba. Así que si

eres inteligente y no quieres que cambie

mágicamente tu camisa clara a un

doloroso color rojo, será mejor que te

busques a otra con la que frotarte y

pasar la borrachera, no con mi mujer,

¿ capisci?

Bruce Reynald, con la valentía que le

brindaba el alcohol que corría por sus

venas esa noche, dio un paso hacia

delante, pero cuando la mirada del

magnate italiano resplandeció con algo

más temible, se limitó a maldecir por la

bajo y a retirarse hecho una furia.

Rápidamente sintió como Mariam se

sacudía de sus brazos. Su intervalo de

inicial conmoción se había transformado
ahora en un arranque de furor.

—Tu... tu mujer. ¿De qué diantres estás
hablando? ¡Yo no estoy contigo! ¡Ni con
nadie! Soy una mujer soltera, libre, y...

Él le aferró mejor las muñecas para
inmovilizarla. —¡Y además tienes un
hijo conmigo! ¿Has olvidado a Daniel?

Por divertirme con un malnacido, que
apuesto lo que quieras viendo esa cara
de imbécil que tenía cuando te miraba
las tetas, que lo menos que le interesaba
de ti esta noche era saber si tenías o no
actitudes en la pista de baile.

—Cómo te atreves... —le espetó ella,
dolida por las acusaciones.

Los dedos de él se clavaron mucho más
en la piel de la joven.

—¡No, cómo te atreves tú a dejar a
nuestro hijo solo para tener una cita con
un hombre!

—¡Daniel no está solo! —le gritó, con
desesperación—. ¡Está con Inés! ¡No
soy tan irresponsable!

Arrojándola fuera de sus brazos y con la

ira aún modulando cada uno de sus

rasgos, Vincenzo le escupió:

—Pues para no ser una irresponsable no solo te acostaste conmigo a los cinco minutos de conocernos, sino que también además te quedaste embarazada.

Mariam, haciendo acopio de las pocas energías que le quedaban, le cruzó la cara con una bofetada tan violenta, que se lastimó la mano. Le palpitaba de dolor, pero no se asemejaba en lo más mínimo al dolor que invadía su corazón.

—Eres un miserable. Un canalla arrogante que ni siquiera merece que pierda ni un segundo de mi tiempo insultándote — murmuró, reprimiendo con rabia las lágrimas y alejándose lo más deprisa que sus trémulas piernas le permitieron.

En el preciso instante que Vincenzo maldijo y fue tras ella, una mano fuerte y decidida en su hombro lo detuvo.

—No, déjala —le aconsejó Valente—.

Está herida y furiosa, y en estos momentos no querrá ni verte y mucho

menos seguir discutiendo contigo. Yo la acompañaré a casa.

—No.

Los ojos de aquel verde inusual tan parecidos a los suyos se posaron en él, sentenciosos.

—Deja a un lado tus estúpidos celos, Enzo. ¿Me crees tan cabrón cómo para meterme con la única mujer que te ha removido algo por dentro?

—Esa muchachita no tiene ningún poder sobre mí. — Apretaba la mandíbula con tanta fuerza que temió que se le desencajara.

—Si tú lo dices —dijo Valente, encogiéndose de hombros—, engáñate a ti mismo si quieres, hermano.

Vicenzo apretó los puños mientras veía como Valente corría tras Mariam. Sintió ganas de poder aullar de frustración, pero no sucumbió a ese deseo y en su lugar caminó hasta la puerta de salida, jurándose así mismo que no le importaba si había herido o no los sentimientos de la madre de su hijo.

Pero la única verdad era que si que le importaba.

Capítulo 12

Hacía algo más de media hora que Mariam había llegado a casa. Después de pasarse por el cuarto de Daniel y ver horrorizada que no estaba en su cunita, había vuelto a respirar de tranquilidad cuando comprobó que el pequeño dormía con Inés Delmauro en una de las habitaciones de invitados del apartamento. Estaban tan adorables y dormidos, que no quiso despertarlos. Ahora, y después de darse una ducha y puesto una camiseta de gruesos tirantes y un cortísimo short, ambos de color blanco, acomodaba con demasiada energía y rabia las almohadas en su cama.

Imaginaba que era a Vincenzo a quién zurraba. *¡Maldito celópata! ¿Cómo se había atrevido a tratarla así? ¡Como si fuera una madre inconsciente! ¡Como si fuera de su completa y absoluta propiedad!*

La puerta de su dormitorio se abrió de repente, con brusquedad. Ella gimió sobresaltada.

—No quiero hablar contigo, Vi...

Anonadada, vio como Vincenzo la tomaba de una muñeca. Casi arrastras la llevó por el pasillo hasta su habitación.

—Te aseguro que sí que hablaras conmigo, pequeña obstinada.

El único motivo por el cual no gritó, fue para no alterar el descanso de Daniel ni el de Inés. Si ellos no estuvieran cerca, no solo le hubiese gritado como una energúmena, sino que además también, estaría afilando sus uñas en la piel bronceada del italiano. En cuanto atravesaron el umbral, Vincenzo, liberándola, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Sus hermosos ojos verdosos la recorrieron audazmente de arriba abajo, y fue entonces cuando ella recordó lo escasamente vestida que estaba.

Tuvo que luchar para mantenerse erguida, enfrentándolo, y no correr hasta

la enorme cama, arrancar las sábanas y cubrirse con ellas.

A pesar de que el dormitorio de Vincenzo era bastante espacioso, Mariam se sentía agobiada, atrapada. La habitación parecía que se la quisiera tragar... del mismo modo que parecía querérsela engullir el italiano que con sus brillantes ojos asechaba cada uno de sus movimientos.

Hundiéndose las uñas en las palmas de sus manos, en un intento de restar hierro al asunto, comentó:

—Tienes una recámara muy bonita, pero si estás pensando en innovar y en darle una nueva imagen a su aspecto regio y clasicón, creo que no soy la persona más calificada para asesorarte.

—No te he traído...

—Arrastrado —lo corrigió ella—.

Arrastrado sería la palabra más acorde para definir tu actitud *Neandertal*.

—¡Me dan igual los modos empleados!

—le espetó, haciéndola dar un respingo

—. ¡No te he traído hasta aquí para que

me aconsejes sobre que tono iría mejor

o peor en las paredes!

—Ah, ¿no? ¿Entonces para qué? —

interrogó, en guardia, observando como

él se apartaba al fin de la puerta y

atravesaba la estancia.

Apoyado contra la cómoda del cuarto y

mientras se quitaba el reloj, dejó

resbalar su mirada insolente por la

figura de Mariam. Aquella obscena

inspección la hizo enrojecer mucho más.

—Dímelo tú.

—La bola de cristal la tengo en el bolso,

pero si me dejas salir, podré ir a

buscarla. —“*Y no volver. ¡Ja!*”

Los ojos verdosos del italiano repasaron

las curvas de su cuerpo.

—No necesitas una bola de cristal para

lo que quiero hacer contigo, pequeña

bruja.

Ella se sintió mareada.

—Y... qué es eso que quieres hacer

conmigo, ¿ha... hablar? —Con el pulso

disparado, miró hacia la puerta,

preguntándose si podría llegar hasta ella

y salir antes de que Vincenzo la atrapara.

—Yo que tu ni lo intentaría, te lo advierto.

¡¿Qué?! ¿Es qué aparte de ser carcelero de dormitorios era también clarividente?

Cuando él comenzó a quitarse la chaqueta de su traje, la corbata y sacó de sus pantalones la camisa de vestir, inconscientemente, Mariam retrocedió hasta chocar la espalda con la pared.

Contuvo el aliento.

¡Odiosa pared!

—Me vas a contar a qué demonios se debe ese repentino cambio de actitud conmigo —continuó él. Lanzó un juramento—. ¡Creí que podíamos intentarlo! ¡El tener algo tú y yo!

—¡Pues te equivocaste! ¡Y tú y yo no tenemos nada más que discutir! —

Envalentonada y con el pulso tan agitado como lo tenía, pensó que el corazón se le iba a salir del pecho.

¿Cómo se atrevía a gritarle que quería intentar tener algo con ella cuando iba

acostándose por ahí con cada falda que se topara?

Vicenzo Riccardi súbitamente se quedó como clavado en su sitio, en silencio, escrutándola con una mirada severa que le ponía los nervios de punta.

Y en un tono inquietantemente tranquilo, comentó:

—Hay tres cosas que no soporto en esta vida. ¿Y sabes cuáles son, *cara*?

La joven tragó saliva.

—¿El frío, el sentido del humor y Gran Hermano? Él la miró y contestó:

—Odio que me hagan perder el tiempo, las excusas patéticas y sobretodo, odio que me mientan.

Mariam palideció. Sentía como si alguien la hubiese agarrado del cuello con fuerza y le impidiera respirar.

—E-existen mentiras piadosas, y...

Interrumpiéndose, ahogó una exclamación cuando vio como Vicenzo, ignorándola, retomaba su tarea de desvestirse. Se aflojaba el cinturón y

desabrochaba los pantalones.

—¿Qu-qué estás haciendo?

—Desnudándome para meterme en la ducha antes de irme a la cama —dijo como si tal cosa, despojándose de la camisa, zapatos y calcetines.

—Pe-pero yo sigo aquí.

—No me molestas, al contrario, me gusta verte ruborizada.

Mariam pensó que se desmayaría cuando se deshizo también del pantalón y se quedó en bóxer negros. Su altura, su tamaño, su magnífica musculatura, su piel bronceada... absolutamente todo de él quitaba el aliento. Vincenzo Riccardi era como la reencarnación de un ángel caído que había sido expulsado a la tierra para tentar a los incautos mortales. Su belleza y potente aura sexual subyugaba e invitaba a pecar con él. En sus brazos.

—Hasta que te conocí —siguió él, sonriente—, llegué a pensar que el sonrojo en las mujeres debía ser algún tipo de leyenda urbana.

Y cuando por último lo observó
despojarse de la única prenda que lo
cubría ya, entonces ahí sí, creyó
firmemente que moriría fulminada de un
ataque cardiaco.

—¡Por Dios Santo! —Se apuró a
voltearse, dándole la espalda, así no
caería en la tentación de continuar
mirándolo, alélada—. ¿Es qué no
conoces el pudor?

—Bonita visión —alabó él.

Cuando Mariam notó la mano descarada
de Vincenzo acariciándole una nalga, dio
un brinco y supo de inmediato a que
parte de su cuerpo iba dirigido el
halago.

Disfrutando de su comportamiento
puritano, el italiano se retiró finalmente
al baño, riéndose. A ella le rechinaron
los dientes.

¡Maldito hombre de las cavernas!

¿Cómo podía gustarle tanto? ¿Por qué su
irracional corazón latía por él y su
cuerpo traidor reaccionaba ante su
cercanía? ¡Dios, incluso en esos

momentos fantaseaba con la idea de que

la tumbara en la cama y la poseyera!

Cuando el sonido de la ducha al caer

llegó hasta sus oídos, sin perder más un

segundo corrió hasta la puerta. *¡No, no y*

no! Agitaba estúpidamente el pomo

como si eso fuera hacer que se abriera

fácilmente.

Lo intentó varias veces más pero cuando

al final comprendió que no podría

escapar, cansada, se sentó en el suelo,

con la espalda descansando contra la

puerta. Dobló las rodillas y

abrazándose las, descansó la cabeza en

ellas. Cerró los ojos.

—Mariam...

Probablemente se había quedado

dormida unos minutos porque cuando

escuchó su nombre, descubrió entre la

luz amortiguada de la habitación a

Vicenzo echado en la cama, con el

cabello aún algo mojado y

observándola. Las sábanas lo cubrían de

cintura para abajo así que no podía

adivinar si dormía desnudo o no.

—¿Qu-qué? —balbució, somnolienta.

—¿A qué estás esperando?

—Mmm... no entiendo.

—Ven aquí y acuéstate conmigo —la apremió, con un movimiento de cabeza.

Ella se pasó las manos por la cara, intentando despejarse. Debía estar soñando.

—Debes estar bromeando.

El sacudió la cabeza muy despacio.

—Para nada. Ya te dije que no saldrás de este dormitorio hasta que me confieses que es eso que te tiene tan enfurruñada y en plena pataleta infantil conmigo desde hace semanas. Desde el día que visitamos por primera vez a Callisto. Y como conociéndote sé que esto irá para largo, lo mejor será que nos pongamos... cómodos.

La joven rió con incredulidad.

—No puedes estar hablando en serio.

—La cama es muy grande, lo suficientemente grande como para los dos.

—¡Me importa bien poco si la cama es

enorme o pequeña! —Vio como él ante esas palabras, malpensado, esbozaba una sonrisa. ¡ *Bastardo!*—. ¡Preferiría dormir en el suelo a pasar la noche compartiendo el mismo espacio que el tuyo!

— *Questo bene*, si es ese tu deseo...

—¡Sí, lo es!

Un sepulcral silencio los envolvió. El músculo del mentón de Vincenzo pareció contraerse. Luego, se estiró mejor en la cama y con eje sombrío, dijo:

—Espero fierecilla que el duro piso sea de tu total agrado. *Buona notte*.

Capítulo 13

Vincenzo observó en la penumbra de la habitación la pequeña figura de Mariam acurrucada en el suelo.

Cuando fue a buscarla a su dormitorio aún hecho una furia y la vio con aquella camiseta ceñida y el *culotte*, su enfado se extinguió y su deseo por ella se avivó. Un deseo que quemaba como una maldita llama del infierno.

Ahogó un jadeo al recordar cómo

mientras discutían, él solo podía pensar en las miles de formas en las que le gustaría poseerla. Lo excitaba al máximo que lo desafiara. Pensar que bajo aquel rubor y apocamiento se escondía una mujer apasionada que lograría como ninguna otra prender fuego entre sus sábanas.

La incomodidad que sintió de nuevo en su miembro le dio un toque de atención. En la ducha había tenido que encontrar su propio alivio imaginándose que era Mariam quien lo hacía por él...

¡Mierda! Tenía que desterrar aquellos libidinosos pensamientos de su mente o terminaría levantándose de la cama y saciaría su apetito sexual por ella sobre el mismo suelo, como un verdadero animal.

La respiración sosegada y relajada de Vincenzo la hizo ponerse en marcha. Lo había visto guardar la llave de la puerta bajo su almohada, así que su misión suicida de esa madrugada consistía en hurtársela sin alterar su sueño.

En tanto se acomodó de rodillas sobre la cama, Mariam centró toda su atención en el espléndido espécimen de masculinidad que aparentemente dormía como recién nacido.

No pudo evitar sonreír. Vincenzo Riccardi se veía tan adorable cuando tenía los ojos cerrados y no gruñía.

La muchacha se permitió observarlo a consciencia. Los únicos sueños agradables que la asediaban últimamente por las noches eran aquellos febriles donde ese hombre le hacía el amor.

Sin poder refrenarse e impulsivamente, sus dedos repasaron los atractivos y agresivos rasgos del rostro varonil.

Antes de que pudiera saber lo que le estaba pasando, el deseo se apoderó de ella.

Perdiendo la concentración y, cabreada consigo misma, intentó levantarse. No pudo ir muy lejos porque unas fuertes y posesivas manos las retuvieron donde estaba.

La joven, sintiéndose cazada tembló.

Vicenzo abrió un ojo y con burla preguntó:

—¿Has cambiado de parecer y has decidido ser una niña buena o acaso debo darle las gracias al frío y duro piso? Porque al parecer, ahora ya no te importe tanto compartir mi mismo espacio.

—Yo... yo solo intentaba ro-roberte la llave. —La sangre arremolinaba en sus mejillas.

Él la tumbó más sobre su cuerpo.

Percibió al instante el enloquecido palpitar del corazón de Mariam y esbozó una sonrisa.

—Bueno, al menos eres sincera. Y supongo que por tu encantadora sinceridad te mereces alguna compensación.

Presa de una súbita inspiración, ella sugirió:

—¿Cómo por ejemplo dejarme salir de la habitación para que puedas dormir aquí tu solito tu resaca y yo la mía en

otro lugar? Un lugar lejos, muuuuy lejos
de este dormitorio.

Él estalló en una carcajada.

—No, nada de eso pequeña ingeniosa.

Yo me refería a una compensación como
esta.

Agarrándola por la coleta, la empujó
con amabilidad hasta que sus labios
suaves como el pétalo encontraron los
de él. La boca de Mariam se entreabrió
en secreta señal y Vincenzo introdujo la
lengua en su dulce sabor. Algo se
prendió dentro del italiano y la apretó
más contra su torso. Pero aún no era
suficiente. Necesitaba mucho más.

Separándose de ella la colocó a
ahorrajadas sobre sus muslos e
instándola, la ayudó a sacarse la camisa
por la cabeza. Con las mejillas teñidas
de un cautivador rojo él contempló
hambriento su desnudez de cintura para
arriba.

—Eres hermosa, cariño. Realmente
preciosa —dijo él, con voz ronca,
acariciándole los pechos y pellizcando y

tirando con erotismo de sus pezones

tiosos.

Algo caliente y prohibido se movió en el vientre de Mariam, poniéndola aún más tensa, cuando el miembro duro como una roca que percibía entre sus muslos no hacía más que recordarle lo mucho que ansiaba sentirlo dentro de ella.

Por un fugaz momento dudó, y tal vez Vincenzo percibiendo su vacilación, le devoró nuevamente la boca sin dejar de explorar con sus enormes manos cada rincón de su cuerpo. Inmediatamente su mente y su cuerpo se confabulaban para conspirar en su contra, y pronto ya no pudo luchar. Vencida, echó los brazos al cuello de Vincenzo y permitió que este rodara sobre su cuerpo y la colocara ahora a ella debajo de su peso.

Besando, lamiendo y mordisqueando sus senos, los largos dedos de él se colaron bajo el *culotte* de la joven y los desplazó a modo de rápida inspección por el portal que más deseaba disfrutar.

Un sonido gutural salió de su garganta al

notar la prueba de su excitación.

—Estás deliciosamente húmeda,
pequeña.

Ella lo aferró gimiendo por el cabello y
oprimiendo más el rostro contra sus
pechos, alzó las caderas.

Vicenzo rió, encantado.

—¿Quieres que continúe?

—Es... esto no está bien. No... no
deberíamos... —Se mordía el labio
para no gemir.

Ella aún seguía teniendo barreras,
dudas. Rígido y con la mandíbula
apretada, Vicenzo continuó haciéndole
el amor con las manos y boca. Los
gemidos y convulsiones de placer de
Mariam eran la mejor de las
recompensas.

Complacido, la vio entreabrir un poco
más las piernas para él y hundir los
dedos en su cabellera revuelta y oscura,
apremiándolo a acercar su boca a la
suya y que la besara.

Minutos más tarde se apartó ligeramente
de ella.

—Creía que no querías seguir con esto,
preciosa —le recordó, deteniendo la
mano que tenía en su interior,
castigándola. Le acarició los muslos.
Ella lo abrazó desesperada y arqueó sus
caderas, anhelando tener dentro algo
más que sus dedos.

—Pues ahora sí que quiero. Me... me
quema, Enzo —gimoteó, con la piel
hirviéndole.

—¿Estás segura? —Él la contempló,
tenso—. Porque una vez que te penetre,
aunque sea solo al principio, no me
detendré aunque me implores que pare.
Quiero que lo comprendas, porque no
aceptaré arrepentimientos de ningún tipo
después, y mucho menos acusaciones.
Ella asintió débilmente nublada por la
pasión.

Con una sonrisa gamberra él volvió a
operar la magia con sus experimentadas
caricias, pero súbitamente preguntó,
frunciendo el ceño:

—Tuviste a nuestro hijo por parto
natural, ¿cierto?

—¿Po-por qué lo preguntas?

—Porque no tienes ninguna cicatriz ni
marca —dijo, repasando la parte
inferior de su vientre y la zona del pubis
con la mano. Luego, guió de vuelta a la
hendidura de la entrepierna femenina,
algunos dedos y comenzó a friccionar y
a penetrar con ellos—. Pero sin
embargo, y para haber tenido a Daniele
de forma normal, estás demasiado
cerrada. Apenas puedo introducirte uno
o dos dedos y cuando lo hago, me
estrangulas en tu interior.

A pesar de estar deambulando por los
tórridos senderos de la pasión y de
hiriente placer, de algún modo, en medio
de la neblina de la lujuria, Miram pudo
entender las palabras de Vincenzo, y
avergonzada, volvió la cabeza.

—No... no puedo continuar con esto,
Enzo. Pensé que estaría preparada pero
me equivoque. Lo siento mucho —se
disculpó, con las lágrimas
desenfocándole la visión—. No sabes
cuánto. Ojalá las circunstancias fueran

otras.

Unas dónde no existiesen las mentiras ni las verdades a medias. Pero lamentablemente las circunstancias eran las que eran.

¿Cómo podía hacer el amor con un hombre con el que no era honesta?

Cuando él la liberó de su peso y salió de cama y se dirigió al baño en completo mutismo, un fuerte sentimiento de angustia se apoderó de ella, dejándola sin respiración, desolada. Pasaron largos minutos en los que dio rienda suelta a su tristeza. Los sollozos le desgarraban en el pecho. El dolor la arrastraba hasta un profundo pozo de desesperación, un abismo del que no creía que pudiera salir jamás mientras mantuviera aquella farsa. Aquel engaño.

Cuando el sonido de la ducha cesó y antes de que el mismo Vincenzo la echara de su habitación, se esforzó por incorporarse. Tenía que huir de allí lo más rápido posible. Pero su reacción llegó demasiado tarde. Vincenzo ya

estaba de regreso. Cubierto tan solo con un pantalón de pijama volvía a meterse con ella a la cama.

Sus brazos la atrajeron junto a él, recostándola contra su amplio pecho.

—¿Adónde se supone que ibas a irte?

—Supongo que querrás descansar y lo último que deseas es tenerme en este dormitorio después... después de lo que acaba de ocurrir... entre nosotros.

—Tú y tus incesantes suposiciones, preciosa —dijo él, abrazándola y estrechándola más contra su cuerpo duro

—. Deberías no conjeturar tanto en esta cabecita bella que tienes y dejarte llevar más por las emociones, por lo que quieres realmente.

Ella respiró hondo y trató de deshacer el nudo que sentía en la garganta.

—Acaso no estás furioso conmigo por no querer...

—¿Acostarte conmigo? —Él le acariciaba el cabello—. Quizás me enfureció en un primer momento tu rechazo, pero luego, mientras me

duchaba, comprendí que la mujer que
tenía en mi cama, disculpándose,
destrozada, no era más que niña
asustada...

—Tengo veintiocho años —le recordó,
inhalando el afrodisiaco aroma de su
piel recién lavada.

Algo en el escudo emocional e
impenetrable de Vincenzo Riccardi
parecido quebrantarse.

—Pero eres inexperta, casi virgen. La
única vez que tuviste sexo fue conmigo y
me apoderé de tu inocencia de la peor
de las maneras. Probablemente sentiste
más dolor que placer y quizás ni
siquiera alcanzaste al orgasmo. Pero te
prometo, cariño, que el sexo es algo
mucho mejor que esa primera
experiencia. —La acomodó mejor entre
sus brazos posesivos y la arrapó.

Besando la parte superior de su cabeza,
le prometió—: Cuando estés preparada,
lista para mí, yo me encargaré de
mostrarte y enseñarte a disfrutar en mis
brazos. Aprenderemos juntos a hacer el

amor.

Después de llevar unos minutos en silencio, simplemente disfrutando de la calidez de sus cuerpos conectados, Mariam se acurrucó, mimosa, más junto a él y enterró el rostro entre su cuello y hombro. Súbitamente parecía ansiosa por saber algo.

—Vicenzo... ¿Viajaste a Nueva York con Gia Carusso?

Con los párpados sellados y paseando la mano por toda la espina dorsal de ella, hasta posarla en su trasero respingón, comentó:

—Coincidí con Gia en Nueva York y también regresamos hoy juntos a Italia.

¿Por qué lo preguntas?

—¿Es tu amante?

La inesperada pregunta lo hizo abrir los ojos y la mano que acariciaba pausada y lentamente las nalgas de Mariam se paralizó.

—¿Amante? ¡No! —Rió—. No te voy a negar que tuvimos algo... nada serio. Pero hace varios meses que terminó.

Ella se incorporó solo un poco y apoyando los brazos sobre su fuerte pecho lo miró a los ojos. Dubitativa se mordió el labio inferior.

—Os vi citaros y besaros en casa de tu padre la primera vez que lo visitamos y ella se presentó. Es la reina de las gratas coincidencias.

—¿Es por eso por lo que me has declarado la guerra estás últimas semanas? —interrogó él, sin ocultar su diversión.

—Yo no le encuentro el chiste por ningún lado —Lo amonestó Mariam.

Aferrando la sábana contra su pecho desnudo se sentó.

Vicenzo descansó un brazo por detrás de su cabeza y el otro lo estiró hacia la joven. Sus dedos peregrinaron por la espalda, haciéndola estremecer.

—Yo sí, porque es evidente que no te quedaste a contemplar la romántica escena hasta los aplausos del final. Gia se abalanzó sobre mí y de la manera más educada que pude le dije que no quería

absolutamente nada con ella. Dios mío,
Mariam —exclamó de repente, riéndose
—, llevo una vida de lo más monástica
desde que apareciste en mi vida.

Mirándolo por encima de su hombro,
admitió:

—Gia me dijo que llegasteis por la
mañana y recién esta noche es cuando te
veo. —Y después de una pausa, rompió
el contacto visual con él y musitó—: Yo
vi la foto con esa mujer con la que te
viste a las afueras.

Vicenzo la miró intensamente durante
unos largos y tensos momentos. Luego se
irguió y aplastó su torso a la espalda de
Mariam. Le apartó el cabello de la nuca
y la besó.

—Tengo mis motivos para no poder
revelarte nada aún. Pero te juro por la
memoria de Stefano Delmauro, la única
persona que junto con Zia Inés me
brindaron alguna vez un hogar de
verdad, que no existen otras mujeres.

Dándose la vuelta ella lo miró a los
ojos.

—¿Por qué? No tenemos en realidad ninguna relación —y bajando los párpados, murmuró—: tenemos un hijo en común.

Él cubrió el delicado rostro con sus manos y la besó. El beso fue breve y tierno, y terminó antes de que su cuerpo empezara a sentir los efectos. Temía no poder volver a detenerse si eso sucedía —Pero la comenzamos a tener a partir de aquí y ahora, *dolcezza mia* — aseguró.

La empujó con él de nuevo al colchón y con los brazos tensos la meció contra sí.

Inclinó la cabeza sobre la joven y se obligó a respirar a pesar del dolor que suponía reprimir su necesidad de ella.

¿Cómo demonios podía haber olvidado la noche que la hizo suya?

Esa realidad seguía pareciéndole imposible. Difícil de creer. Pero su hijo era la prueba que atestiguaba ese hecho.

Capítulo 14

Dos semanas más tarde, Mariam se sentía preparada para dar el siguiente

paso en su relación con Vincenzo

Riccardi.

Indecisa, miraba como un niño en una juguetería, los diferentes, sofisticados, y en su opinión, demasiado atrevidos, conjuntos de lencería expuestos en aquel elegante local en Roma de una insigne marca de fama mundial.

Pero cuando miró el precio de una de esas maravillas diseñadas para el erotismo y recrear vistas, sus labios dibujaron una mueca. A lo de sofisticados y atrevidos había que sumarle también además: carísimos.

Caramba, ¿cómo algo con tan poquísima tela podía costar tanto?

Sabía que se podía permitir comprar la tienda entera si quería; Vincenzo se había encargado de proporcionarle tarjetas de crédito inagotables, pero siempre evitaba usarlas. Si tenía que pagar algo acudía a su paupérrimo sueldo. Una resolución que sabía que al arrogante Vincenzo Riccardi le disgustaba.

—Mariam, querida.

Cuando escuchó a sus espaldas la voz de tía Inés, se sintió descubierta, como un delincuente en plena fechoría. Con las manos en la masa.

¡Mierda!

—¡Tía Inés! —exclamó, girándose y esforzándose en no parecer nerviosa—.

Pe-pero que poco has tardado en probarte todos esos vestidos.

En realidad, la Señora Delmauro había seleccionado media boutique en la sección de fiesta y gala.

—Me enamoré del tercero que me probé. Fue como un flechazo instantáneo. Un amor a primera vista. Y me queda tan bien... —argumentó la mujer, con ojos brillantes y extasiada de felicidad—. Entonces supe que no necesitaba seguir buscando más.

—Genial —dijo Mariam, con la boca pequeña—. Eso es estupendo.

¡No, no lo era!

Había planeado comprarse, a solas, algo sexy y con gusto para sorprender a Vincenzo, pero la presencia de tía Inés la

cohibía. Esa mujer era una madre para él, y era como decirle: *“Ey, tía Inés, quiero sexo con tu sobrino. ¿Crees que este modelito lo excitará y lo pondrá tan duro cuando me lo vea puesto que me derribará sobre la cama y me hará el amor como un salvaje?”*

—¿Un regalo para mi amado sobrino?

—supuso Inés.

—No sabía que a Enzo le gustara ponerse lencería de mujer.

—No, pero me imagino que sí que le gustará admirar y quitarle a una joven tan hermosa y adorable como a ti, querida, algo tan sensual y estimulante como esta preciosidad. —Acarició un finísimo conjunto de lencería color turquesa que poco o nada dejaba a la imaginación.

Mariam se mordió el labio. Le gustaba.

—Es... es realmente bellísimo.

—Y atrevido —agregó la mujer, mirándola a la cara con expresión traviesa—. Pero tiene cierto recato que lo hace ideal para ti. Estoy segurísima

que Vincenzo se volverá loco de deseo cuando te lo vea puesto.

Con las mejillas incendiadas, Marian dio por buena la elección de tía Inés, y después de una amigable discusión, accedió a que la insistente señora Delmauro le pagase el conjunto.

“No hay peros que valgan, tesoro.

Piensa que es un regalo que le estoy haciendo también a mi sobrino, ¿o acaso no será él quien lo disfrute?”

Había argumentado desvergonzadamente la mujer para convencerla.

Así que mientras la esperaba, Mariam, sentada en una cómoda y contemporánea butaca, se dedicó a ojear, con muy poco interés, revistas de moda. A su derecha, una pared de cristal le ofrecía una vista panorámica espectacular de una de las zonas más selectas y estilosas de Italia con la que muchas mujeres amantes de la alta costura soñarían.

—Mariam Salas. —Escuchó. Un sudor frío le recorrió la espina dorsal cuando alzó la cabeza de la revista y encaró en

el recién llegado. Alto, fornido, de pelo
y ojos oscuros. Lo conocía—. La
ocurrente y siempre esquiva muñequita
de Judith.

—Javier Carballo... —Pudo decir
milagrosamente sin echar a correr—.

¿Qué estás haciendo por Italia? —

¿Acaso la estaba espiando?

*¿Persiguiendo? Aquello era demasiada
coincidencia,* pensó

Los labios de él se curvaron con una
sonrisa maligna.

—¿Así es cómo me recibes después de
tanto tiempo sin vernos?

—Te recibo como te mereces. —Lo
miró con desagrado—. Además, tú y yo
nunca fuimos amigos, así que ahórrate
los falsos agravios.

La boca masculina se volvió seria de
repente.

—Sigues siendo una zorra altanera.

Nunca me engañaste con ese aire de
estrecha y santurrón que te gusta
exhibir ante todos.

Mariam espió por encima del hombro de

Javier, y observo, como varios ojos curiosos e indiscretos parecían muy interesados en su nada amistosa conversación.

Aspiró larga y profundamente. Debía concluir con ese espectáculo cuanto antes.

—Lo que opines de mí, y creía habértelo dejado claro hace mucho tiempo atrás, me importa bien poco. Así que puedes insultarme y pensar de mí todo lo que quieras. Me da absolutamente igual.

—¡Menuda lengua viperina continúas teniendo, zorrita! —Rió, recuperando el humor—. No me digas que le contestas con esos mismos modales al *signiore* Vincenzo Riccardi. ¿O él ha logrado al fin amansarte entre sus sábanas?

Ella se contrajo ante la mención de Vincenzo. ¿Cómo demonios sabía que estaba con él?

Se levantó de la butaca. Estaba dispuesta a largarse de allí enseguida, pero no sin antes decirle:

—Escúchate, Javier. Eres tan retorcido

y egoísta que desde que has entrado por esa puerta no has hecho otra cosa más que insultarme, porque según parece, en el pasado no cometí el error de idolatrarte. —Sus ojos chispearon, coléricos—. Ni siquiera has preguntado por Judith.

—Esa despreciable adúltera debe estarse pudriendo en el infierno.

La mano de Mariam voló a la cara masculina y dejó una bonita y enrojecida marca en una de las mejillas.

—No vuelvas a mancillar su recuerdo.

A ensuciar su memoria con tus nauseabundas palabras —dijo, apretando los dientes—. Ella nunca te fue infiel, en cambio tú, no puedes jurar lo mismo.

Comenzaba a pasar por su lado, de largo, cuando las siguientes palabras la detuvieron:

—¿Y el bastardo que tuvo Judith?

Porque me han llegado rumores. Unos rumores que hablan de tu reciente y sorprendente maternidad.

Mariam se sintió descomponer.

—De un mocoso —continuó él—, que tiene los mismos meses que tendría ahora el hijo de tu queridísima mejor amiga, y que... oh, casualidades de la vida, también concebiste con el malnacido con el que me fue infiel y se embarazó.

Ella se irguió, muy tiesa.

—¿Có-cómo sabes que Vincenzo Riccardi fue ese hombre?

La mueca que le dirigió Javier Carballo estaba llena de placer perverso.

—Ver el terror en tus ojos, el tiritar de tu cuerpo y tu voz temblar en estos momentos, es uno de los mayores placeres que me ha ofrecido la vida. — Guardó silencio unos instantes y luego agregó, fríamente—: Fuiste la causante de mi ruptura con Judith. La que siempre le insistía para que me dejara. ¡La que provocó que se arrojara a los brazos de ese cabrón de Riccardi!

Acusadora, lo apuntó con el dedo. Sus ojos brillaban con una luz asesina.

—¡Fuiste tú mismo con tus constantes infidelidades y denigrante

comportamiento quién la apartó, no yo!

¡Asume tus malditas culpas y no te escondas tras los demás! ¡La estabas destruyendo, Javier!

Se produjo otro nuevo silencio y después Mariam murmurando, añadió:

—Yo... yo solo quise impedir que la arrastraras contigo a la perdición. Pero ella nunca me hizo caso. Nunca lo hizo, porque si lo hubiera hecho hubiese terminado contigo muchísimo antes. Casi al principio de vuestra relación.

Los ojos oscuros de él llamearon ante el torbellino que le causaron aquellas declaraciones.

—Medio millón —dijo, sin mayores preámbulos—. Medio millón de euros es el precio de mí silencio para que tu amante riquillo siga viviendo en esa enternecedora y embustera mentira en la que has convertido su vida. A no ser...

—¿Qué? —replicó ella a la defensiva—. ¿Qué te jure obediencia y sumisión?

¿Qué te diga lo maravilloso y fantástico que te crees ser? ¿No es eso lo que te encanta que hagan las personas que desatinadamente pululan a tu alrededor?

—Entonces tal vez deberías comenzar a imitarlos, monada —dijo él, encogiéndose de hombros—. Porque estaría dispuesto a rebajar algunos miles de ese medio millón si te portaras generosamente conmigo. —La barrió con una mirada obscena de arriba abajo y rió—. Creo que ya sabes a lo que me refiero. Puede que hayas sido siempre una remilgada de lo peor, pero nunca he subestimado tu inteligencia.

Mariam se puso roja de ira ante la suposición.

—Entonces el único que ha infravalorado equivocadamente algún tipo de ingenio aquí, he sido yo. Porque acabo de darme cuenta que eres más idiota de lo que pensaba. —El enojo que la recorría desbordaba la copa de su paciencia. ¡Jamás dejaría que me pusieras ni una sola de tus sucias manos

encima!

Carballo la contempló como un criminal observa a su presa, a su próxima víctima. Parecía ansiar rodearle el cuello con sus manos y verla morir poco a poco, lentamente.

—Si en estos momentos estás de una sola pieza, sana, se lo debes a que estamos en un sitio público. De lo contrario, estaría usando en estos precisos instantes tu bonito rostro como saco de boxeo.

Hubo un silencio. Mariam lo miró directamente a los ojos, sin miedo.

Parecía estar conspirando con alguna fuerza maligna para que descargara toda su ira sobre la cabeza de ese hombre.



Procurando sonreír, finalmente dijo:

—Tus amenazas y tú, podéis iros al infierno.

Dejándolo lívido de rabia y clavado en su sitio, la joven caminó hasta la salida.

Esperaría a tía Inés en la calle. Hacía

frío y empezaba a lloviznar, pero cualquier otro lugar sería muchísimo mejor que permanecer ni un solo segundo más en la compañía de ese bastardo.

Después de dormir en sus brazos a Daniel y dejarlo en su cunita, no sabía exactamente cuánto tiempo llevaba encerrada en su habitación y sin querer ver a nadie. Con un largo y vaporoso camisón rosa, sentada en mitad de la cama y con las piernas cruzadas, Mariam intentaba pensar que hacer... que decir.

Dios, llevaba meses caminando sobre una cuerda floja y era inevitable que en algún momento la maldita cuerda cediera.

Y su reencuentro de esa mañana con Javier Carballo no le dejaba más margen de tiempo. Debía confesarlo todo.

Durante esas dos últimas semanas de absoluta felicidad que había compartido con Vincenzo y su hijo, no había pasado

ni un solo día en el que, nada más despertarse por las mañanas, se prometiera así misma que acabaría con el engaño de una vez por todas. Pero con desánimo siempre veía como la noche llegaba un día más y su farsa continuaba.

Unos suaves golpes en la puerta irrumpieron en el calvario de sus pensamientos.

Se retorció las manos.

—Adelante.

Fue un sonriente Vincenzo quién atravesó la puerta y cerró tras de sí.

Supuso que acaba de llegar de su relámpago viaje de negocios a las afueras de la gran ciudad, porque continuaba vistiendo el elegante traje gris con el que lo había visto esa mañana, cuando aún de madrugada, irrumpió en su recámara para besarla antes de marcharse.

—Veo que aún sigues sin querer aceptar mi inmejorable invitación de que comencemos a compartir dormitorio — la regañó tiernamente, con un brillo

mordaz en sus ojos—. ¿Qué tal tu día,
preciosa?

Conteniendo el aliento le observó
avanzar hacia ella y sentarse a su lado,
en la cama. Incluyó la cabeza y rozó sus
labios, sin tocarla. Mariam se preguntó
si la estaba provocando. Como solía
hacer con frecuencia.

Y como solía suceder siempre, el
magnetismo sexual y emocional que
ejercía sobre ella, lograba que cayera
constantemente en sus juegos y
provocaciones.

Envolviéndolo con sus brazos, apretó
más su boca en la de él. Vincenzo gimió y
con una pasión caliente, abrasadora, le
devolvió el beso mientras, colando una
mano por debajo del camisón de
Mariam, le acariciaba los pechos
desnudos.

Probablemente la preocupación y el
lastre demasiado grande de la mentira
que cargaba sobre sus hombros, hicieron
posible que la joven finalizara con aquel
arrebato de lujuria antes de que las

cosas fueran a más.

Arreglándose la ropa y sin mirarlo a la cara, se levantó de inmediato de la cama.

Después de un suspenso angustioso, se atrevió finalmente a girarse y mirarlo directamente a la cara. Él seguía sentado en el borde del colchón, con los codos apoyados sobre sus rodillas y con esa últimamente acostumbrada expresión suya de: *“Soy un hombre al que le encanta el sexo, Mariam ;no un jodido eunuco!”*

Aquello la achantó.

—Enzo... yo...

Él iba a decir algo, quizás alguna replica, pero cerró la boca apretando los dientes.

Con una mueca que pretendía parecerse a una sonrisa, explicó, deshaciéndose de la chaqueta y corbata:

—Solo quiero celebrar con mi valiente e intrépida mujer, que ha sobrevivido a un día de compras con Zia Inés. Podríamos festejar tu pequeña aventura por las

tiendas de Roma esta noche. Solos tú y yo. Incluso podría tomarme mañana el día libre y dedicártelo por completo. Ni siquiera tendríamos que salir de esta habitación en todo el día. ¿Qué te parece?

Sus palabras estaban repletas de incitantes perversiones, promesas. Ella sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo. Y con todo el dolor de su alma, tenía que negárselo... ¿Y ya iban...?

Posiblemente Vincenzo Riccardi no había oído tantos “no” y sufrido tantos rechazos por parte de una mujer en su vida.

Suspiró.

—Necesito hablar contigo primero de algo importante...

—¿Un regalo para mí, cariño? —la interrumpió él.

—¿Cómo?

Él cogía algo entre los dedos. Cuando Mariam reconoció la incitante ropa interior que había dejado olvidada en un

extremo de la cama, se ruborizó y miró

hacia otro lado, incómoda.

—Ah, eso.

Los labios de él se curvaron con su

consabida sonrisa burlona.

—Sí, esto.

—Fu-fue algo que tu tía, obstinadamente

por cierto, se empeñó en regalarme.

Vicenzo se incorporó del colchón y

caminó hasta ella.

—Pues me alegro mucho que lo hiciera.

—Le paso el dorso de algunos dedos

por la mejilla con ternura para no

alarmarla. Su voz enronqueció—: ¿Por

qué no te lo pruebas para mí, cara?

Quiero vértelo puesto.

Ella alzó la mirada y se perdió en los

preciosos ojos verdes de él. Su color de

ojos era tan extraordinario e infrecuente.

Pero sin lugar a dudas, aquella era la

marca de los Riccardi. Incluso Daniel

los había heredado.

Su pequeño.

Cuando notó que los parpados le

escocían por las lágrimas que se

agolpaban detrás de ellos, aceptó con manos temblorosas la diminuta y provocativa lencería que sostenían los dedos de Vincenzo, y desapareció en el baño.

Solo un cuarto de hora más tarde, y después de recomponerse un poco, Mariam salía del aseo, envuelta en una ligera y corta bata de color blanco orquidea.

Vincenzo se giró y la observó con aquella mirada atrevida y provocadora que poseía.

Llevaba unos dos meses de abstinencia sexual y comenzaba a sentirse como un malnacido depravado. Las dos últimas semanas, las más felices de su vida, irónicamente, también habían sido especialmente duras para él.

—Déjame verte, Mariam.

Cuando sus trémulos dedos lograron desatar el nudo de la bata y la dejó caer a sus pies, el corazón empezó a latirle más rápido.

Llevar aquel conjunto de lencería era

igual que no llevar nada puesto encima.

Las pupilas de Vincenzo se dilataron y su erección se hizo mucho más violenta.

Podía vislumbrar a través del encaje y fina gasa, los pezones oscurecidos y erguidos de Mariam, o como la pequeña braguita se ceñía, recelosa, a su raso sexo. Sintió un deseo arrollador de pasar por ambas zonas la lengua y mordisquearla con los dientes... de marcarla como suya.

— *Dio mío*. Estás bellísima, excitante.

La piel de la joven se volvió dolorosamente sensible, cuando Vincenzo deslizó las manos por su espalda hasta ahuecarlas en sus nalgas. Ella soltó un gemido entrecortado cuando la estrechó más asfixiantemente contra él y pudo notar su poderosa erección.

—Me tienes duro, Mariam. Tan condenadamente duro como una roca. —

Hundiendo los dedos en su cabello la instó a doblar la cabeza para besarla—.

¿Cuándo me dejarás hacerte el amor? Te necesito y cada día que pasa la tortura

de mantenerme bajo control se hace más y más pesada e insoportable.

Sintiendo una terrible opresión en el pecho mientras la necesidad de respirar lidiaba con el deseo que le hacía arder las entrañas, Mariam se zafó de los brazos que le prometían alcanzar la gloria.

Luchó por reprimir las lágrimas.

—No... aún no... — *“Antes necesitas saber algo.”* Pero primero ella debía encontrar el valor suficiente, y de momento, no lo tenía esa noche—. Por favor, Enzo, me gustaría descansar.

Dormir.

Él iba a decir algo, pero cerró la boca y apretando los dientes.

Cada día estaba más convencido que la noche en la que concibieron a Daniel de una u otra manera había lastimado a Mariam... físicamente. Imágenes de él abusando de ella o haciéndole daño mientras la poseía no dejaban de asediarlo.

Era evidente que lo deseaba pero la

reticencia e incluso el miedo que parecía sentir cuando estaba en sus brazos, lo señalaban como culpable. Lo condenaban.

Capítulo 15

Distraído, Vincenzo llevaba rato en el salotto de su ático dándole vueltas a lo sucedido la noche anterior: una vez más, Mariam se había vuelto a negar a hacer el amor con él.

El timbre de su apartamento sonó de modo imperativo. Miró la hora en su reloj con el entrecejo arrugado. Ni siquiera eran las ocho de la noche.

Mariam y él acudirían esa noche a una cena en la que homenajeaban a Callisto Riccardi, un verdadero tiburón de los negocios que había fracasado como padre, y por lo tanto, no esperaban visitas.

Con rostro inexpresivo, Beatrice escoltó a Gia Carusso a lo largo del pasillo hasta llegar al salotto y luego se retiró.
—Vincenzo querido.

La expresión en el rostro del italiano la

detuvo.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí,
Gia?

—Uy, cuanta hostilidad. Y yo que venía
a facilitarte cierta información que estoy
segurísima será de tú total interés.

Hubo una breve pausa, y luego él se rió.

Su risa suave iba acompañada de un
mensaje amenazador que le causó
escalofríos.

—¿Acaso piensas que puedes usar tus
artimañas conmigo, Gia? A diferencia
de otros, yo te conozco lo
suficientemente bien como para saber
que disfrutas trastocando la realidad.
Así que dudo que tus maquinaciones
puedan servirte de algo.

A la belleza rubia de largas piernas le
chispearon los ojos de ira.

—Es irónico que te atrevas a acusarme
de mentirosa cuando tienes a la más
farsante de todas las zorritas viviendo
bajo tu mismo techo.

Se sobrecogió cuando vio que a Vincenzo
le enfurecían sus palabras, hasta tal

punto, que creyó que la golpearía.

Sintiendo que su furia podía estallar en

cualquier momento y que él,

personalmente, la echaría de su

apartamento antes de que pudiera

siquiera entregarle los documentos, algo

que sería desastroso para sus planes, se

apuró en decir:

—Judith Melian. ¿Sabes quién era?

¿No? —Extendió un dossier hacia él—.

Pues puedo que esto te interese.

Vicenzo no hizo ni el más mínimo

ademán por coger el dossier. Se quedó

mirándolo unos instantes como si este

fuera una serpiente de cascabel.

Finalmente la aceptó.



Mariam salió de la ducha y

envolviéndose en una larga toalla entró

en su dormitorio. Sobresaltada, casi

chilla por la inesperada sorpresa de ver

a Vicenzo sentado en el sofá.

Descalzo, vestía atractivamente

desaliñado. Probablemente con la ropa

que llevaría esa noche a la cena... o parte de ella, ya que solo llevaba el pantalón hecho a medida y la camisa blanca a medio abotonar, mostrando parte de un pecho poderoso y un tentador atisbo de vello oscuro.

También se había afeitado. Su seductora barba de dos días que solía lucir en ocasiones había desaparecido.

Parecía diferente, y poco o nada tenía que ver con su apariencia física.

No, había algo más. Y es que la expresión pensativa y furibunda de Vincenzo la hicieron sentir escalofríos.

Tragando saliva, se aferró con ambas manos mejor la toalla por delante de su busto para que no se le cayera.

—Aún no estoy lista. Apenas son las ocho y creo que me habías dicho que la cena sería a las diez —intentó sonar tranquila—. Enzo, ¿ocurre algo? —De repente, temiendo lo peor, abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Le ha pasado algo a Daniel?

—Daniele está perfectamente. Lo he

enviado a casa de Zia Inés.

—Pero, ¿por qué? —Instintivamente, caminó hacia la puerta para ir a la habitación de su hijo y corroborar con sus propios ojos que todo estaba bien.

Aturdida comprobó que el cerrojo no cedía—. Has cerrado con llave.

—Gía acaba de irse hace tan solo unos minutos.

Se dio media vuelta para mirarlo.

—Gía estuvo por aquí... ¿Y qué quería?

El rostro masculino se endureció aún más ante la expresión inofensiva de la joven.

—Ha venido para facilitarme y revelarme cierta información que hasta el momento desconocía.

Vicenzo hizo una pausa. Un músculo se movió en su mandíbula.

—Para que no siguieran viéndome la cara de idiota ni continuasen burlándose en mis propias narices.

—Cierta información... —repitió ella, tenía un muy mal presentimiento—. ¿Qué tipo de información?

—Sobre Judith Melian. —Los ojos verdes de él brillaron de rabia y algo mucho más desconcertante brotó de ellos cuando añadió—: Tu amiga. Y lo más importante, la verdadera madre de Daniele.

Mariam sintió que se congelaba. Su visión vidriosa empezaba a desenfocarse.

Sonriendo con frialdad, él se levantó del sofá y comenzó a desabotonarse la camisa.

—Vamos, preciosa, ¿es qué no piensas probar suerte ofreciéndome otra más de tus detestables mentiras? Puede que tengas suerte y vuelva a caer en una de esas calculadas maquinaciones que tanto te gustan contar.

Con los ojos enormes en su rostro privado de sangre, se defendió:

—Enzo, me hubiera gustado no engañarte, poder sincerarme contigo, pero si no lo hice fue por...

—¡Fue para divertirte a mi consta! ¡Para atraparme! — gritó él, perdiendo los

estribos, tirando con furia la camisa que acaba de quitarse a cualquier parte.

—¡No, no es cierto! —Temblaba de forma incontrolable—. Solo lo hice para que no me echaras de la vida de mi hijo...

—¡No es tu hijo!

Si la hubiese bofeteado no se hubiera sentido tan herida.

Vicenzo contempló en silencio a la joven que lo miraba con esa mirada rebelde y de ingenua esperanza que tanto lo encendía. Tenía la piel y el cabello oscuro y largo aún mojados por la ducha. Sus manos sujetaban la toalla contra su pecho como si se le fuese la mismísima vida en ello.

Realmente la imagen le provocaba hacer miles de cosas con ella y todas ellas en la cama de esa recámara.

No entendía qué le pasaba.

Él no necesitaba a nadie.

Nunca lo había hecho.

Pero ahí estaba. Enganchado a esa hechicera de grandes ojos como un

destruido toxicómano lo está a la droga

o un alcohólico a la bebida.

Debería echarla para siempre de su

vida. De la vida de Daniel. Pero sabía

que no podría... No podría porque

mientras no lograra saciar, al menos, esa

especie de obsesión sexual que sentía

por ella, jamás podría olvidarla ni

enterrar su recuerdo. Y por Dios que lo

haría. Estaba decidido a arrancársela de

la piel y de dentro, costase lo que le

costase.

Comenzó a deshacerse del cinturón de

sus pantalones.

—Como soy muy generoso, cara, voy a

permitir que te disculpes. —Rió cínico

—. Que me supliques todo lo que desees

y más. Soy tan caritativo que incluso

dejaré que me grites y claves las uñas.

Ella retrocedió, sospechando de sus

obscenas intenciones.

—Enzo, estás enfadado, alterado... y yo

soy... soy...

—¿Virgen? También habías engendrado

y dado a luz a mi hijo creo recordar,

pero acabo de descubrir que solo se
trataba de un vil engaño. Lo de tu
supuesta inocencia debe ser una más de
tus muchas intrigas.

—¡No! ¡Te juro por lo más sagrado que
no te estoy mintiendo! —Lágrimas de
impotencia se incrustaron en sus ojos
marrones y parpadeó con rabia para
eliminarlas—. Nunca he estado con
nadie.

Los ojos de Vincenzo la miraron con
lascivia, pero el resto del cuerpo se
mantuvo en guardia.

—Pero no te preocupes, preciosa —se
burló, desabrochándose el pantalón—,
existe una manera muy fácil y bastante
infalible de comprobarlo.

Aunque sabía a lo que se refería, se
escuchó tontamente preguntando:

—¿Cu-cuál?

—Quítate la toalla.

—Enzo...

Un tic peligroso surcó su mentón.

—¡Que te quites la toalla de una maldita
vez! —Era un grito que helaba la sangre.

Frenética, Mariam calculó sus posibilidades. Si intentaba huir, él la detendría en el acto y su furia se acrecentaría, algo nefasto cuando ella necesitaba que la escuchara, sin juzgarla de antemano.

Entonces, enfrentó la mirada del italiano y creyó leer el deseo en sus ojos.

Rápidamente pensó, ingenua o muy tontamente, que si le permitía tomar de ella lo que quería quizás más tarde tendría a un Vincenzo exhausto y relajado... y más predispuesto a oírla.

Desde luego, nunca hubiera imaginado que su primera vez con un hombre, con él, fuera en esas circunstancias, pero entregarse a él no podía ser tan malo cuando ella también lo deseaba y sobretodo, amaba.

—¡Mariam, te he dicho que te desnudes, maldita sea! — gruñó Vincenzo de nuevo.

Totalmente cohibida, convulsa y sonrojada hasta la raíz del cabello, Miram dejó caer la toalla a sus pies.

—Ahora, estírate sobre esa cama —

indicó con un leve movimiento de cabeza.

Con el corazón palpitándole con fuerza, tanto que le retumbaba en los oídos, ella obedeció.

—Alza los brazos por encima de tu cabeza, hacia el cabecero. —Él esbozó una trémula sonrisa ante el comportamiento dócil de la joven—.

Así, muy bien. Veo que aprendes rápido, *cara*.

Desprendiéndose de sus bóxers negros, repasó con indisimulada lujuria la vista por todo el cuerpo de la muchacha que no se atrevía a mirarlo directamente y que expectante y nerviosa lo esperaba en la cama. Como un pintor contempla su mejor obra de arte, memorizó desde los dulces rasgos de la cara hasta los generosos pechos y erizados pezones.

Sus ojos continuaron descendiendo y se deleitaron con la leve y encantadora barriguita unos segundos para después reparar en el triángulo entre la unión de sus muslos...

Un sonido gutural escapó de su garganta,
y completamente desnudo y muy
excitado se echó encima de Mariam.

Con una de sus manos aferró con fuerza
las muñecas de la joven y las sostuvo en
su sitio. Se separó lo justo para
contemplarla a consciencia.

Su respiración alterada provocaba que
los deliciosos y redondeados senos
danzaran ante su mirada voraz. Y él
quiso llevárselos a la boca y sentir su
sabor pero se contuvo. Sin embargo, no
reprimió el impulso de acariciar entre
las piernas a la joven hasta sentir los
jugos de su sexo entre los dedos. Ella
ladeó más la cabeza a un lado y se
debatía para no poner sonido a su
rendición. A su placer.

Soltando una ristra de improperios en
italiano, molesto por su actitud, le
espetó:

—¡Mírame, Mariam! ¡Quiero que me
mires a los ojos mientras te hago mía!

—La joven acató una vez más sus
edictos y él, con su cara a escasos

centímetros de la de ella, la fulminó con una mirada dilatada, oscura—. Hasta hace tan solo una hora, siempre que fantaseaba teniéndote en mi cama me imaginaba haciéndote el amor.

Compensándote por esa primera e inexistente vez en donde te poseí como cualquier borracho podría poseer a una puta a la que acaba de pagar. —Lanzó nuevos juramentos al ver las lágrimas que silenciosas caían por el rostro de Mariam. Pero furioso y acomodando su miembro en la entrada de su más íntimo portal, las ignoró—. Pero ahora, pequeña embustera... ahora solo obtendrás de mi esto. —La embistió con un potente empujón.

Ella ahogó un grito y sollozó, incómoda. Un agudo dolor se extendió por todo su cuerpo. Dios, sentía que la estaban partiendo por dentro.

Algo extraño revoloteó en los ojos de Vincenzo. Su boca mostraba una sonrisa insultantemente vanidosa.

—Así que después de todo en algo sí

fuiste sincera. Es tu primera vez.

Con la respiración entrecortada, se meció lenta y pausadamente en la tierna carne que acaba de invadir como todo un bárbaro.

—¡No... para! No te muevas, por favor

—gimoteó ella, deseando tener las manos liberadas.

—Te duele —maldijo, congelándose dentro de ella para no seguir lastimándola.

Se dijo así mismo que era un auténtico hijo de perra. Era virgen y no la había preparado lo suficiente para recibirlo.

Entonces sacudió la cabeza, reprochándose su súbita debilidad. El ser virgen no la redimía de sus mentiras y mucho menos lo detendría en esos momentos, porque aunque quisiera, no podría. La anhelaba demasiado.

Necesitó mucha fuerza de voluntad y autocontrol para tener paciencia. Alargó su mano libre hasta encontrar el punto de unión entre sus cuerpos y le acarició el clítoris.

—¡N-no... no me toques! ¡No te atrevas

a tocarme! —Se batió ella, con una expresión que fluctuaba entre el dolor y la impotencia.

—Esto te ayudará cariño. Hará que te humedezcas mucho más y el dolor disminuya. Confía en mí.

Con una fe ciega en él o tal vez desesperada porque cumpliera su palabra, la vio asentir débilmente.

Sus expertas caricias la estimularon y excitaron hasta cuotas insospechadas, preparándola para que su intimidante erección pudiese entrar y salir con mayor facilidad en el momento que reanudara sus embestidas.

La espalda de la joven se arqueó y solo fue cuestión de segundos que de sus los labios escapara el primer gemido.

Seguido a continuación de muchos otros, que poco o nada tenían que ver con el malestar que la petrificó y llenó de terror en el instante que él, no creyendo del todo en su inocencia, la penetró con demasiada dureza.

Cuando la joven le mordió dulcemente el hombro, le soltó las manos. Ella lo abrazó y lamiendo la marca que habían dejado sus dientes, empezó a mecer las caderas, animándolo en secreto a que retomara el mete y saca de su miembro.

Él sonrió triunfal.

—Comienza a gustarte, eh, cariño.

Sin poder soportar ni un segundo más el estar paralizado en la comprimida y acogedora cavidad de Mariam, comenzó a penetrarla nuevamente.

—¿Te duele? —preguntó con la tensión reflejada en sus duros rasgos.

Con satisfacción la vio negar, y comprobó como el ahora más resbaladizo interior parecía algo más accesible. Podía clavarse en ella hasta el fondo sin torturarla como al principio.

Colocó las manos bajo sus caderas para facilitar la entrada de sus embates. Los gemidos de ella eran ahora más febriles y él los acalló con sus besos.

El rostro oscuro de Vincenzo se cernía sobre ella. Sentía que los pulmones le

fallaban y que apenas podía respirar.

Solo tenía consciencia de cómo él se empalaba, rebosándola en su interior.

Como el dolor iba acompañado también por un placer adictivo, que lejos de horrorizarle, empezaba a gustarle cada vez más.

—¿Me sientes hambriento y enorme dentro de ti, Mariam?

—Enzo... —asintió ella, clavándole las uñas en la espalda y contorsionándose debajo de él, creyendo enloquecer de pasión—. Q-qué me estás haciendo...

—sollozó.

El cuerpo de Mariam temblaba, se estremecía, Su interior sujetaba con fuerza el miembro de Vincenzo mientras este se movía incesante y cada vez más rápido y menos delicado.

—Sientes que algo quiere estallar aquí, Mariam. —La embistió más duramente.

Ella chilló y echó la cabeza hacia atrás

—. Entonces hazlo y déjame ver cómo te corres para mí —pronunció con voz ronca, antes de buscar su boca y

devorársela con la misma urgencia con la que su carne la perforaba entre las piernas.

La tensión mutua fue acrecentándose en medio de aquel manto velado de lujuria.

Cuando los músculos internos de la joven se comprimieron y palpitaron entorno a su erección, atrapando el éxtasis, Vincenzo pensó que perdería el control porque el placer era insoportable. Aumentando el ritmo de sus penetraciones él también alcanzó el climax segundos más tarde y se derrumbó sobre ella, jadeante.

Mariam, que se esforzaba por recuperarse, pudo sentir como Vincenzo logrando su liberación se vaciaba dentro de ella, llenándola.

Pasados los espasmos del devastador orgasmo, él alzó el rostro y limpió las lágrimas de sus mejillas con sus enormes pulgares. Después la besó tiernamente.

—Ha sido maravilloso estar dentro de ti, *dolcezza mia*.

Abandonado el tierno y acogedor hogar que la joven le había dado entre sus muslos, con indiferencia, se apartó de ella. Dándole la espalda y sin mirarla ni una sola vez, salió de la cama y completamente desnudo se dirigió al baño del dormitorio.

Sola en la habitación y con la pasión exterminada, Mariam fue retornando a la cruda realidad. Se sentía usada.

Utilizada y abandonada. No pudo evitar preguntarse si así debían sentirse algunas prostitutas: cuando el cliente quedaba totalmente complacido, se vestía, pagaba y se iba sin mirar atrás.

Sentándose sobre la cama con una mueca, hundió el rostro en sus rodillas y se abrazó fuerte a las piernas, haciéndose un ovillo.

La pequeña incomodidad que sentía en el bajo vientre no hacía más que recordarle que Vincenzo Riccardi, con desafecto, frialdad e incluso hasta con rabia, la había empujado a entregarse a él esa noche.

Y todo por venganza.

Capítulo 16

Encorvándose Mariam tomó en brazos a Daniel, como pudo y con algunos rastros de lágrimas en los ojos, se las arregló también para añadir sobre su hombro el peso extra de un bolso de viaje.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Vincenzo Riccardi, como salido de la nada, estaba bloqueándole su principal vía de escape con su dominante e intimidante presencia. Ella dio un paso atrás y abrazó con más fuerza a Daniel. Su instinto de protección debía estar tan confundido como su sentido común, ya que estaba protegiendo con su propio cuerpo al hijo de Enzo, como si él fuera a hacerle algún tipo de daño físico.

—¿Ibais alguna parte?

El fuego que ardía en los ojos de él la hizo detenerse. Él cruzó el espacio que los separaba y le quitó al niño de los brazos, demandando su posesión.

Mariam lo observó espantada, mientras Enzo llamaba a Beatrice para

entregárselo. Enzo... él...

¡Él, Vincenzo Riccardi, le quitaría a su hijo sin siquiera pestañear! ¡La lanzaría de su vida como si fuera un simple trapo! Oh, Dulce Jesús, no volveré a ver a mi bebé, a mi pequeño Daniel luego de esto.

Mariam supuso que estaba llorando, podía sentir cómo las lágrimas abrasaban sus mejillas. Algo parecía desgarrarle el pecho. Como una cuchillada brutal y despiadada. —Este es mi hijo, *cara*. —Escuchó de nuevo la voz de Vincenzo. Sus ojos resplandecían—. Harías bien en no olvidarlo.

La tomó de la muñeca y la forzó a que lo siguiera hasta su despacho. Una vez dentro, Vincenzo cerró la puerta, y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón de su traje gris, la observó en absoluto mutismo.

Al encontrarse con su mirada verde, Mariam sintió un ataque de timidez al recordar lo que habían compartido la

pasada noche. Apartó la vista y se
apretó las manos contra el estómago. La
pequeña incomodidad por su posesión
aún seguía ahí. Ni siquiera habían
pasado veinticuatro horas desde que se
acostaran y ya estaban de nuevo a la
gresca.

No quería llorar. No quería darle el
gusto de ver todo lo que la había
dañado, ni todo lo que la golpeó que le
quitara a su bebé. Porque era suyo.

*¡Madre no es solo la que pare! ¡Yo soy
mucho más madre de lo que Jud tuvo
tiempo y él no tiene por qué
reprocharle eso!*

—Este es el trato, o lo tomas o lo dejas

—dijo él al fin, atravesando la estancia
y sentándose en el borde del escritorio.

Mariam se puso rígida, los ojos se
abrieron, iracundos—. Puedes quedarte
bajo este mismo techo... con Daniele —
recalcó, sabiendo que el pequeño era
muy importante para ella. *¡Bastardo!* —,
si accedes a convertirte en mi amante.

—Cogió un dossier de su mesa y se lo

entregó-. Solo tienes que firmar. Es un acuerdo legal para establecer los términos de nuestra relación de ahora en adelante.

—Dios mío, no puedes estar hablando en serio —dijo ella, perpleja, dando una rápida ojeada al contrato—. ¿Y también tienes un cuarto rojo del dolor? ¿Y cómo me castigará el *signore*? ¿Me dará unos azotes si lo desobedezco o me atara sobre una superficie de madera si he sido una chica muy mala?

Cuando volvió a mirarlo indignada, él alzó un lado de la comisura de sus labios mostrando una media sonrisa.

¡El muy maldito estaba disfrutando con aquella humillación! —Tu lengua viperina será tu perdición, *dolcezza mia*, pero

te aconsejo que no pierdas energías en algo de lo que sabemos que te resulta intrigante, excitante.

—Encima se creerá que le estoy agradecida por esta estupenda idea y, en consecuencia, que me someteré a usted,

ignore. —Sacó las hojas del contrato y las rompió una a una—. ¡Cómo se atreve

a proponerme esta basura! ¡A desear que

sea su amante cuando me detesta!

Su sonrisa-ponzoñosa se asomó más

amplia en su boca mientras la observaba

con mordacidad.

Se levantó de su improvisado asiento.

—Puede que así sea fuera de la cama,

pero cuando te tengo en ella, me vuelves

loco. Además, tampoco necesito un

documento legal para hacer contigo todo

lo que quiera, preciosa.

—¡Arrogante patán! ¡ *Neandertal* salido

de la cueva más vetusta y lóbrega...!

—¿Has terminado ya de insultarme?

Porque tengo una reunión sustancial esta

tarde en la empresa a la que no puedo

faltar, pero antes... —Apretándola

contra él, estrelló sus labios

hambrientos contra los de ella e intentó

abrirse paso con la lengua hacia el

interior de una boca incitante.

Mariam apretó los puños contra su

ancho pecho dispuesta a empujarlo, pero

por alguna extraña razón, no lo hizo.

Aquello era el colmo de los colmos.

—Hacía años que no disfrutaba tanto del sexo como lo hice anoche contigo, *cara*.

—Comenzó a subirle el vestido para ahuecarle las nalgas con las manos. Bajó la cabeza y rozó con sus labios el pulso que latía acelerado en el cuello de Mariam—. Estar enterrado dentro de ti y sentir como tu tierno e inexplorado interior luchaba por aceptarme al completo, ha sido una de las mejores experiencias sexuales que he tenido jamás

—¡Calla! No me hables de esa forma.

—Las rodillas se le aflojaban. Si no se caía era por él la sujetaba.

Él alzó el rostro y la miró a los ojos.

Clavó sus largos dedos en el trasero de la joven y la apretó contra la prueba de su excitación.

—¿Qué no te hable cómo? ¿Cómo un hombre hablaría a su amante? ¿A la mujer con la que se acuesta? Con la que tiene sexo

—¡Ya basta! —Lo encaró, empujándolo

ahora sí, antes de que fuera demasiado tarde.

—No tan rápido, *piccola*. —Él la sujetó antes de que pudiera escapar.

Mariam se retorció en vano, intentando liberarse de las manos que la apresaban.

—¡Déjame marchar!

—¡Esconde tus uñas pequeña fiera! —

Le desgarró el vestido hasta la cintura y

le quitó el sujetador. Ella intentó

morderle una de las manos y él,

maldiciendo, la arrojó al largo sofá que

ocupaba la estancia—. ¡Ahora escucha

bien lo que tengo que decirte!

Tapándose rápidamente los pechos con

los brazos lo miró con sus ojos

agrandados.

—A-anoche te di lo que querías. Me

entregué a ti dócilmente. Pero hoy... por

favor, no me hagas esto otra vez.

—¿El qué no quieres que te haga,

preciosa? ¿El amor? — interrogó, cínico

—. No te preocupes, cariño, lo que

tenemos tú y yo, solo es sexo. —

Quitándose la chaqueta apunto, serio—

No vas a irte a ninguna parte, cara, y mucho menos con mi hijo.

Aquel hombre debía tener complejo de *Stripper*, pensó con angustiosa ironía Mariam.

¡Todo el santo día se la pasaba desnudándose!

—Te quedarás conmigo y complazarás todos y cada uno de mis caprichos en el dormitorio. No es un pedido, no es una sugerencia, es lo que harás.

Ella lo contempló intranquila.

—Pe-pero yo no sé...

Se desabotonó la camisa, y sin quitársela, se acomodó sobre el sillón, recostándose ligeramente.

Atrajo a Mariam hasta colocarla encima de su cuerpo.

—Eso no me importa, al contrario. Me seduce la idea de ser tu mentor y enseñarte todo lo que sé y me gusta en el sexo. —Él tomó una de las manos de Mariam y la guió hasta el duro bulto de sus pantalones. Sonrió al ver como ella se ruborizaba—. Como recompensa,

prometo que te haré gemir y gritar,
desvergonzadamente de placer, en mis
brazos.

—No eres más que un cerdo engreído.

Vicenzo sonriendo, puso un dedo contra
sus labios, interrumpiendo los insultos.

— *Dio mio*, llevo todo el maldito día
ansioso por tenerte así, desnuda,
caliente... —La deslizó más sobre él
para tener mejor acceso a su objetivo, y
despacio, de manera deliberada,
succionó y lamió sus pezones mientras
le recogía el vestido entorno a las
caderas y colaba una mano hasta
encontrar los pliegues de su sexo y
acariciarlos—. Estás húmeda, cariño.

Así que deja de engañarte a ti misma.

Deseas esto tanto como yo.

Arqueando el cuello no pudo evitar
jadear.

—Desabróchame el pantalón Mariam.

Quiero sentir como tus pequeñas manos
acarician mi miembro.

—Enzo... es solo mediodía... podrían
llamar a la pu-puerta... —Continuó

resistiéndose, pero pronto, cuando comenzó a sentir cómo la excitación ardía entre sus muslos, obediente, le empezó a desabrochar el botón y a bajar la cremallera de los pantalones, anhelando tenerlo entre los dedos, en la boca y dentro de ella.

Y lo odió. Odió sentir eso y odió a Vincenzo por hacérselo sentir.

Vincenzo Riccardi era como un maldito robot. Un autómatas que podía cabrearse, pero su furia siempre detonaba gélida, calmada.

Y su padre lo sabía.

Quizás, porque después de todo, eran demasiado parecidos. —Mariam no es la madre biológica de mi nieto, sino la que

fuera su mejor amiga: Judith Melian.

¿Qué tienes que decir a todo esto, hijo?

—preguntó un implacable Callisto

Riccardi, moviendo su silla de ruedas

cuando vio entrar al salotto de su

mansión a su hijo.

Las facciones frías de Vincenzo se

marcaban demasiado, teniendo en cuenta que hacía solo una hora había estado de lo más dichoso y relajado con Mariam en sus brazos: primero en el despacho y luego en el dormitorio.

—En efecto, Judith Melian es la madre natural de Daniele. —Caminó hasta el mueble bar y sirvió dos tragos—. Fui yo quien le propuso a Mariam, que por el momento y mientras se legalizaba todo este asunto burocrático para reconocer legal y oficialmente a mi hijo como un Riccardi, guardara silencio.

Extendió una de las bebidas a su padre y tomó un largo trago de la suya.

—¿Y qué pinta entonces Mariam en todo este asunto? ¿Por qué hacerla pasar como la madre de mi nieto?

—Porque es la única madre que conoce mi hijo... por el momento —añadió, desechando indagar más en el tema—. Y porque la prensa sensacionalista, ávida de morbosos titulares, convertirían nuestras vidas, y sobre todo la de Daniele, en un auténtico infierno. Mí

primer y único heredero: huérfano,
nacido de una aventura de una sola
noche y con una mujer a la que ni
siquiera puedo recordar —enumeró, con
sarcasmo.

Se produjo una breve pausa.

—¿Estás cien por cien seguro que es un
Riccardi? —quiso saber Callisto,
entrecerrando los ojos.

—Lo estoy —asintió, dándole una
palmadita a su padre en el hombro—.

Las pruebas de ADN así lo atestiguaron.

Daniele es un Riccardi.

—Y ni siquiera hubiesen sido
necesarias esas pruebas — Irrumpió una
inesperada voz: Valente—. El pequeño
Daniel es la viva imagen de mi hermano
a su edad. Cada día que pasa se parece
mucho más. Aunque espero por su
propio bien y por el de los demás, que
se quede solo en eso: en un parecido
físico.

El impecable traje oscuro, el maletín, la
actitud profesional de viejo sabueso y el
sujeto que lo acompañaba, un hombre

que miraba con ojos brillantes todo cuanto había a su alrededor, fueron más que suficientes para saber, que Valente Riccardi estaba allí ese día, más que como hermano, en calidad de abogado.

—Este es el *signore* Javier Carballo.

Hubo un silencio prolongado y absolutamente todos visualizaron la furia violenta que se dibujaba en el rostro de Vincenzo en esos momentos.

—Sé quién es este, *signore* —exclamó,

subiendo el tono varias octavas,

agradeciendo haber logrado sonsacarle

a la pequeña mentirosa algo más de

información ese día, en la relajante

calma del deseo satisfecho después de

hacerle el amor por segunda vez—. El

bastardo que intentó coaccionar a

Mariam, y como no lo consiguió, ha

decidido salir hoy de su inmunda cloaca

y probar fortuna por otro lado.

Ofendido e indignado, Javier protestó:

—¡No tengo porque permitir que

calumnien cuando solo he venido aquí a

desenmascarar a esa tramposa zorrита...!

—¡Maldito hijo de puta! —Empezaba a perder los estribos, y tuvo que ser su hermano quién lo sujetara para que no saltara encima de ese malnacido y ejercitara los puños en su cara.

—Veo que a puesto en práctica sus mañas de furcia también por aquí. Como hace siempre con todos...

Javier Carballo quedó enmudecido cuando fue levantado en volandas y empotrado contra la pared. Fuera de sí, Vincenzo encerró en torno al cuello del español una de sus enormes manos y empezó a apretar sin piedad.

Miembros de la seguridad personal de la mansión Riccardi entraron como toda una avalancha al salotto. Valente con un simple gesto les ordenó que no intervinieran, por el momento.

—Anoche... —Enterró más cruelmente las manos en torno a la garganta—.

¡Anoche la tuve por primera vez en mis brazos y tomé su inocencia! ¡Así que miserable gusano, no te atrevas a seguir arrojando asquerosas mentiras sobre

ella! —rugió, furioso.

Aflojando la mano. El cuerpo de Carballo se derrumbó a sus pies entre toseos y jadeos, esforzándose por llenar sus pulmones de aire. Le asestó una patada en los riñones que casi lo hicieron escupirlos por la boca.

—Llévároslo de mi vista antes de que cometa una locura y me ensucie las manos con un despojo humano como esta basura. —Ordenó Vincenzo, temiendo que podía perpetrar un homicidio allí mismo... delante de muchos testigos.

Después de varios gruñidos y de muchas maldiciones por parte de Carballo mientras le mostraban el camino de salida con muy poca amabilidad, cuando la estancia quedó en un tranquilo mutismo, Callisto posó su mirada autoritaria y penetrante en su hijo mayor.

—Vincenzo, espero que seas consecuente con tus actos y tomes a esa jovencita como esposa cuanto antes. No solo por lo que sucedió anoche entre ustedes, sino porque es la única madre que

conoce mi nieto. El amor y la devoción que esa muchacha demuestra por Daniele, es indiscutible. Y supongo que igualmente será una excelente esposa. Es bonita, educada, y acabas de comprobar al ser su primer amante, que nada promiscua.

Vicenzo no respondió. Permaneció quieto y en silencio. Totalmente inmóvil. Su rostro estaba surcado por líneas de amarga furia y tristeza.

¿Casarse con Mariam?

No, de momento no necesitaba ponerle una alianza en su dedo anular para obtener de ella todo lo que quería.

Capítulo 17

Mariam se reprendía a sí misma:

¿Alguna vez podría eliminar del todo la sensación de culpabilidad y de mujerzuela que la asaltaba? Sacudió la cabeza. ¿Y para qué diantres castigaba a su mente con ese absurdo interrogatorio cuando conocía las respuestas?

La clave para recuperar la paz en su

vida tenía nombre y apellido: Vincenzo

Riccardi.

Habían trascurrido varias semanas

desde que la verdad sobre el origen de

Daniel saliera a la luz. Casi un mes

donde había dejado de ser una joven con

una inexistente vida sexual a convertirse

en la amante de un hombre. Un hombre

que le había gritado que la despreciaba.

Pero eso, al parecer, no le impedía

usarla a su antojo, poseyéndola, y en

repetidas ocasiones, todos los días.

Ingenuamente creyó que pronto se

cansaría de ella, pero el italiano parecía

no tener suficiente jamás.

Además, para rematar, se había

inmolado sola, dándole al enemigo la

mejor arma de destrucción posible,

cuando en esos momentos de pasión,

atrapada por su propia sexualidad, se

entregaba a él por completo, sin

restricciones. Y mientras Vincenzo hacía

de aquellos encuentros un acto de lujuria

sin sentimientos, Mariam sin embargo,

le hacía el amor.

—¿Qué opinas? ¿Te gusta? —preguntó

Vicenzo a su lado, indiferente, con las manos en los bolsillos de su traje azul oscuro.

Ese día la había llevado a visitar una magnífica y bellísima mansión a las afueras de Roma que vergonzosamente le resultaba demasiado familiar. Igual que la empleada de la inmobiliaria que les mostraba la vivienda. Una mujer morena, atractiva y sobretodo y aparentemente, felizmente casada,

¡La maldita foto de Gia Carusso!

¡La Barbie Malibú, por lo visto, había resultado ser igual o más embustera que ella misma!

— No entiendo que hacemos aquí.

— Estoy pensando en adquirirla.

—¿Pero por qué? —Lo miró asombrada.

Ella suspiró, notando que Vicenzo tenía las mandíbulas tensas—. Perdón, no es asunto mío.

— En eso coincidimos, *cara*: no es asunto tuyo. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Qué te parece la mansión?

Mariam se mordió el labio. Tuvo ganas

de gritarle que si no era su problema saber el por qué de esa posible compra, tampoco tendría que opinar en sí le gustaba o no, pero decidió ser prudente y mantener las formas.

—Tres plantas, fácil acceso a la ciudad a pesar de estar en medio de bosques y colinas. Numerosas habitaciones para dar y regalar. Un pequeño arroyo.

Anexos a la casa principal...

Él extendió los brazos, como si le molestara que ella no se tomara en serio todo aquel asunto de la casa.

—No te estoy pidiendo un análisis del inmueble, solamente te estoy preguntando sí te gusta o no.

Ella respiró hondamente, observando el entorno. Era más impresionante de lo que había imaginado desde el exterior cuando llegaron. La vivienda era gigantesca y la decoración exquisita.

Aquel lugar era opulento pero sin caer en el saturado exceso. Los suelos de mármol negro y blanco relucían con la luminosidad que despedían los muchos

ventanales que se alzaban desde el piso hasta el techo. Los pasillos parecían galerías y conducían a estancias colosales.

¿Qué si le gustaba? Aquella edificación era un sueño. —Sí, es fantástica — contestó finalmente, incómoda mientras él inclinaba la cabeza hacia un lado como si reflexionara su respuesta.

Sonrió mecánicamente y luego volvió a ignorarla. *¡Qué novedad!*

Veinte minutos más tarde recorrían la planta que albergaba el dormitorio principal de la enorme vivienda y Vincenzo se sentía duro. Su incontrolable miembro parecía no querer darle tregua jamás. Habían transcurrido varias semanas desde que comenzara a acostarse con Mariam y lejos de disminuir su deseo por ella, cada día que pasaba la ansiaba mucho más.

Aún ni siquiera era media tarde y ya la había poseído dos veces. Un número que tal y como había venido sucediendo hasta entonces y todos los días,

aumentaría su cifra antes de que llegara la medianoche. Ese irrefrenable ritmo sexual, teniendo en cuenta que él pasaba muchas horas en su empresa, demostraba y por mucho que lo odiase, cuando estaba cerca de esa mujer se convertía en un maldito drogodependiente de su cuerpo.

Dando un brinco, sin esperárselo, Mariam sintió como un cuerpo fuerte y alto se pegaba a su espalda y la envolvía en sus brazos. El olor masculino, mezclado con un carísimo perfume, las manos que recorrían descaradas su cintura y pechos y los labios que besaban su cuello, eran inconfundibles a esas alturas.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Pienso que es evidente, ¿no crees?

Me dispongo a hacerle el amor a mi... amante.

—Pe-pero aquí no. Podría venir alguien y ve-vernó —balbuceó, horrorizada ante la simple idea.

Él la empujó contra una pared y

comenzó a subirle la falda del vestido para bajarle las braguitas. Paseó los dedos por su suave hendidura, notando con satisfacción como se humedecía bajo su tacto y se estremecía, respirando entrecortadamente.

—Nadie nos interrumpirá y acabaremos enseguida. Será algo rápido. Te deseo aquí y ahora y no puedo esperar a que lleguemos al apartamento.

—Enzo, por favor, no...

—Deberías agradecer que me enloqueces en la cama y me haces arder de deseo como si fuera un maldito bastardo al que han privado de sexo durante siglos, *cara*, porque mientras siga sin tener suficiente de ti, te conservaré en nuestras vidas. A mi lado. Satisfaciendo todas y cada una de mis necesidades sexuales.

Inmóvil, totalmente paralizada, y con la voz más fría y serena que el nudo en su garganta le permitió, le espetó:

—No me hables como si fuera una de tus prostitutas.

—¿Una de ellas? —respondió él con cinismo, liberando su enorme erección de los pantalones y guiándola hasta el portal palpitante de ella, haciéndola estremecer—. No, *dolcezza mia*. De momento eres la única que ostenta tal merecedor honor.

Las palabras de Vincenzo atravesaron a Mariam como la afilada hoja de un cuchillo.

—Te odio —rechinó tanto sus dientes que él pensó que iba a rompérselos—. No te imaginas cuanto.

—No tanto como yo a ti, mi pequeña farsante. —Y con un potente empujón la penetró, una embestida potente hasta el fondo que la hizo, y aunque no quisiera, abrazarse a los anchos hombros masculinos para no desmayarse.

Con la mandíbula apretada, él mantuvo su inmisericorde mirada puesta en la vidriosa de ella, e ignorando su expresión de sufrimiento y decepción, empezó a entrar y salir de ella con violencia.

Manteniendo el cuerpo de la joven prácticamente en vilo contra el suyo, los largos dedos de Vincenzo se clavaron descortés en las caderas femeninas para alzarlas y deslizarlas por su hinchado miembro, marcando un ritmo tosco, desatento.

Cuando los primeros gemidos y jadeos que Mariam tanto había luchado por silenciar escaparon de sus labios, lágrimas de derrota y humillación resbalaron por sus mejillas. Él, lejos de ablandarse, se hundió más duramente en su oprimida vagina y la poseyó como un auténtico bárbaro, manteniendo en todo momento sus ojos fijos en los de ella, sin besos ni caricias, solo puro y duro sexo.

Sintiendo como Enzo se movía dentro de ella, inagotable, la joven pensó que si aquella era la mejor forma que tenía de recordarle lo que ella significaba en su vida, llegaba demasiado tarde. Sabía de sobra que para él era y siempre sería una concubina que mientras lo

mantuviera caliente, le permitiría
quedarse en su hogar... cerca de Daniel.
Quiso sollozar, destrozarse sobre sus
brazos y no despertar jamás para no ver
en el infierno que se había convertido su
vida. Su preciosa vida. Atrás quedó toda
esa comprensión, todo ese fervor de
algo más, todo ese deseo de ser,
realmente una familia.

¿Aún tan crédula, Mariam? Idiota.

La idiota era ella por no darse cuenta de
que lo que Enzo siempre quiso fue solo
su cuerpo. Nada más. Negó. Mariam
comprendió una cosa: él nunca la
perdonaría, por más justificación lógica
que tuviera. Enzo odiaba la mentira, y
sea como sea ella le había mentado.
Cuando el acto terminó, él se alejó,
soltándola como si fuera cualquier
meretriz que hubiera recogido en la
esquina que cualquier calle. Ella evitó
sentir, evitó que aquello la perforara por
dentro, destrozándola más. Se acomodó
la ropa y cuando él la observó,
murmuró:

—Mi único pecado es amar a tu hijo como si fuera mío —Él la observó con mirada endurecida. Mariam siguió, muy dolida—. ¿cuál es el tuyo, Enzo?

Después de visitar a primera hora de la tarde la mansión que en breve sería suya, de poseer a Mariam como un auténtico canalla y dejarla más tarde en su apartamento, sin dirigirse ni una sola palabra y viendo su expresión inocente herida, Vincenzo estaba de un humor de perros cuando estuvo de vuelta por segunda vez ese día en las empresas Riccardi.

No podía creer que su furia había llegado a tanto como para tomarla así, para alejarse luego de ella y tratarla... ¡Si, *Cazzo!* Él trataba mejor a las prostitutas que solían colgarse de sus brazos cada noche, de lo que había tratado a Mariam. Su Mariam. ¡Y que el maldito infierno se congelara si es que él no estaba seguro que esa mujer era suya en cuerpo y alma!

“¿*Cuál es tu pecado, Enzo?*”

Aquellas palabras que habían sido deshilachadas de la queda voz pedida y apagada de Mariam le seguían dando vueltas por la cabeza. No había tenido valor para decirle nada, solo para verla partir y sentir cómo el calor de su cuerpo bajaba.

¿Su pecado?

Ser un figlio di puttana. Hacerle daño a una mujer que daría todo por...

¡Por mí no!

¡Me mintió, se burló de mi en mi propia cara! ¿Y quién cuidó año y medio de Daniele? ¿Quién veló por él, quién pasó noches sin dormir cuando cayó enfermo, tú?

Su estúpida consciencia estaba atormentando al atormentador. Quiso lanzar un bramido, pero en lugar de eso, colocó las manos en sus sienes y apretando un poco, siguió el recorrido hacia la única instancia dónde podía olvidar, por unos minutos, su comportamiento. Su oficina.

Estuvo a punto de abrir la puerta,

cuando se cruzó en los extensos pasillos con su hermano. Aquel erudito, un perfecto caballero de armadura brillante, comenzaba a ser más esclavo del trabajo que él mismo, por muy imposible que pareciera.

—Has vuelto —exclamó Valente—.

Pensé que por una vez y para variar, pasarías la tarde con Mariam y mi sobrino. —He visto a mi hijo y he pasado algunas horas con Mariam.

La expresión acerada de los ojos de Vincenzo bastaría para advertirle a Valente que pisaba terreno peligroso, pero el muy maldito jamás se guardaba nada.

—Sí, de eso estoy seguro. Pero yo me refería a pasar tiempo juntos, en familia, no a si has ido a darle la papilla a Dani y de paso y como habitualmente a acostarte con su madre...

—¡Ella no es su madre!

El rostro de Valente se enfureció aún más. Apretó la mandíbula con fuerza y cerró los puños.

—Puede que no lo concibiera ni lo llevara dentro de ella nueve meses, pero es la mujer que lo ha cuidado y querido desde que vino a este jodido mundo. La que lo ama tanto que no le importa ocupar el papel de concubina en tu vida, permitiéndote que hagas con ella lo que quieras, con tal de que no la apartes del niño que considera suyo. ¡Que es suyo!

—Rugió, atravesando a su hermano mayor con la mirada—. ¡Porque Daniel, estés de acuerdo o no, es su hijo!

Giró sobre sus talones, dispuesto a largarse de allí, pero Vincenzo, sin apenas contener ahora el odio que corroía sus entrañas, lo detuvo, recordándole a Valente lo que semanas atrás le había confesado sin ningún ápice de arrepentimiento.

—No he olvidado que estabas enterado de todo este engaño y decidiste guardar silencio. Ocultármelo igual que ella.

Valente respiró hondo, retrocediendo mentalmente en el tiempo, recordando la noche en la que salió de fiesta con

Mariam. Las palabras que la joven había pronunciado de forma inconsciente lo hicieron sospechar y se puso a investigar.

—Nadie quiso ocultarte nada, Enzo. —

Se pasó las manos por la cara, frustrado, como si fuera un auténtico esfuerzo no moler a golpes al mamarracho que tenía por hermano mayor—. Yo supe la verdad solo una semana antes de que Gia Carusso se adelantara a Mariam y vertiera todo su veneno...

—¿Se le adelantara a Gia? —repitió

Vicenzo, la falsa sonrisa que esbozó estaba teñida de irritante sarcasmo—.

¿En serio crees que esa tramposa pensaba desvelarme todo la verdad?

Los dientes de Valente rechinaron.

—Sí, lo pienso. Solo era cuestión de días que lo hiciera. ¿Y sabes por qué, hermano? Porque esa tramposa como tú la llamas, es una de las mujeres más dignas y leales que he conocido.

Harto de aquel enfrentamiento inútil, se dirigió a su despacho en la empresa,

pero antes de cruzar el umbral, y

dándole la espalda, agregó:

—Cuando esta noche la busques para

saciar una vez más tu deseo en ella,

pregúntate quién de los es más farsante y

detestable. Si ella o tú. Y si realmente la

estás castigando por ocultarte lo de

Daniel o por lo que te hace sentir desde

el primer día que irrumpió en tu vida.

¿Lo recuerdas? Yo estaba allí y vi con

que posesividad la mirabas. Desde ese

condenado instante la reclamaste como

tuya.

Y dando un portazo tras de sí

desapareció. Vincenzo miró fijamente la

puerta y apretó los puños. Se sentía a

punto de estallar. La rabia ardía dentro

de él como una llama negra, nociva,

llenándolo de sombras oscuras.

Acurrucada cómodamente entre un mar

de sábanas blancas, Mariam continuaba

despierta en medio de la penumbra de su

dormitorio en el apartamento. Un

dormitorio que seguía sin compartir con

Vicenzo, pero eso no impedía que

durmiera con ella, abrazándola, todas las noches desde que tenían relaciones íntimas. Jamás desde entonces había dormido sola ni una sola noche, pero ese día... era más de medianoche y sus brazos no la envolvían contra su cuerpo duro.

Parpadeó para eliminar la extraña y repentina humedad de sus ojos.

¿Por qué se engañaba así misma viendo en todo eso un gesto romántico?

Vicenzo había sido bastante claro. El único motivo que lo hacía permanecer en su cama cada madrugada era tenerla a *mano* cada vez que se despertaba excitado durante la noche, o para que su erección mañanera fuera calmada entre sus muslos, boca o manos.

El episodio de esa tarde en la mansión que Vicenzo había decidido comprar aún la atormentaba, quitándole el sueño a pesar de estar agotada.

Sorbió por la nariz e hipó para seguir reteniendo el llanto mientras estrechaba más las sábanas contra su pecho.

—¿Cómo Vincenzo?... ¿Cómo puedes decirme con los ojos inyectados de desprecio que me odias y aún así hacerme tuya a continuación? -preguntó estúpidamente en susurros a la estancia como si esperara que esta le respondiera.

Pero el silencio fue su única respuesta durante unos instantes hasta que sintió el frágil ruido de la puerta al abrirse.

Vincenzo.

Su presencia, olor y magnetismo eran inconfundibles. Siempre lo reconocería sin la necesidad de verlo.

Perdiendo la capacidad de respirar y con el corazón latiéndole con tanta fuerza que pensó que iba a salirse del pecho, fingió que dormía. Conocía su rutina: se daría una ducha rápida y luego se reuniría con ella en la cama. No importaba que creyera que dormía, la acariciaría con suavidad y la instaría a entregarse a él, voluntariosa.

Mariam se tensó aún mucho más y permaneció inmóvil cuando percibió

que Vincenzo le acariciaba el cabello y murmuraba algunas palabras ininteligibles en italiano que no llegó a comprender porque enloquecedor latir de su pecho le martilleaba los oídos.

Cuando lo notó separarse, esperó a escuchar el golpeteo del agua al caer de la ducha, pero para su sorpresa, lo que oyó fue el sonido de la puerta del dormitorio al abrirse y cerrarse, llevándose con su eco a Vincenzo.

Extrañamente, sintiéndose abandonada, rodó sobre la cama y se hizo un ovillo para aliviar el dolor crudo que la apuñalaba las entrañas. Cerró los párpados con fuerza, y sin poder contener el impulso de llorar a lágrima viva, lloró hasta que el sueño la venció a altas horas de la madrugada.

Capítulo 18

La brisa refrescante de pleno invierno mecía las plantas y árboles de aquel jardín de ensueño que días atrás, junto con toda la imponente propiedad, Vincenzo había comprado a las afueras

de la ciudad.

Y también precisamente desde ese día, no habían vuelto a estar... *íntimamente* juntos. Tal vez algo hubiese cambiado entre ellos, o simplemente su hambre por ella ya hubiera sido saciada. Si era este último el caso, solo era cuestión de días, semanas quizás, que la echara definitivamente de su lado.

—¿Mucho mejor?

Mariam parpadeó. En su regazo y siempre bajo su atenta mirada, Daniel jugaba con su peluche favorito.

—¿Cómo?

Ulises se incorporó de la tumbona en la que llevaba holgazaneando los últimos minutos y se sentó frente a su amiga, estudiándola.

—Que si las nauseas y la indisposición se te han pasado.

—No se te escapa nada, eh.

—Siempre has sido una pésima actriz.

Demasiado transparente.

Ella sonrió con tristeza.

—Creo que Enzo no estaría de acuerdo

en esa afirmación.

—Vicenzo Riccardi no es un hombre al que se le pueda engañar fácilmente.

La joven lo miró y arqueó las cejas como diciéndole: *“A h , ¿no? ¡Pues yo le colé un embuste, ¡y uno bien gordo además!”*

—Daniel y tú fuisteis una tentadora mentira que lo cautivó desde el primer momento en que te vio. El interés que despertaste en ese hombre la noche que irrumpiste en su vida para confesarle que era padre de un niño, fue el comienzo de su ceguera. Le encandiló la idea de que el pitufo y tú fuerais suyos, de que ambos de algún modo le pertenecierais.

—Nunca me perdonará, Ulises. —
Sonaba tan alicaída, parecía tan apagada. Ya ni siquiera respondía con ese ingenio que solía arrancar muchas carcajadas—. Convertí su vida en una farsa.

Él negó con la cabeza.

—Le regalaste una vida que era evidente

le gustaba. Tarde o temprano entrará en razón... Por lo visto, más tarde que temprano. Es un italiano muy encofetado y terco.

—¿Y si decide finalmente echarme de su vida? De la de mi hijo... Porque eso es lo que hará cuando se canse de acos...

— Apartó la mirada, dirigiéndola al pequeño que había encontrado en la mano de la joven un nuevo entretenimiento.

Ulises entrecerró los ojos.

—Fue esa la condición que te impuso para que pudieras permanecer al lado de tu hijo, ¿acostarte con él? ¿Ser su amante? —Hizo una pausa, parecía buscar las palabras-. Mariam, cuando lo haces con él lo deseas realmente o te sientes... forzada...

—¡No! —Negó, con los ojos abiertos de par en par-. Él... no me obliga a nada.

Ulises, yo lo quiero.

La expresión en el rostro de su amigo era adusta y hasta le pareció ajado.

—Lo amas. No sé como lo hizo ese

canalla pero has terminado

enamorándote de él. —Soltó entre
dientes algunas blasfemias y se pasó
nervioso la mano por la nuca—. Al
menos dime que tomáis precauciones,
nena.

—Enzo las suele tomar... —Entonces
evocó lo sucedido la última vez que
tuvieron relaciones, precisamente en esa
vivienda. Como ese día, en ocasiones,
demasiadas, quitándose solo lo
meramente necesario la poseía como un
auténtico animal en solo unos minutos-.
A veces. Suele tomarlas a veces.

—A veces... —repitió—. ¿Me estás
diciendo qué has mantenido relaciones
sexuales con él sin condón? ¡Mariam,
por el amor de Dios, podrías quedarte
embarazada! ¡Y eso, en el mejor de los
casos!

—Enzo está totalmente sano, y con
respecto a lo otro, sabes de sobra Ulises
que existen muy pocas posibilidades de
que pueda quedarme en estado...

Ulises apenas podía creer lo que oía.

—¡Tú misma lo has dicho, existen muy pocas posibilidades, pero no es imposible! Dios, quizás hasta lo estés ya.

—¡No, no lo estoy! —negó ella molesta, avergonzada de sí misma.

Dando un suspiro de frustración, el español apoyó los codos sobre los muslos y cerró los ojos con los pulgares mientras comentaba:

—Y esas molestias que arrastras, ¿a qué crees que pueden deberse?

La joven acarició la cabeza de su hijo y cuando el niño le dijo “*mami*”, una radiante sonrisa de mamá orgullosa iluminó su cara. Luego respiró de forma pausada, lenta.

—He llamado a la Doctora Contreras y me ha puesto en contacto con una colega suya que vive aquí, en Italia.

Ulises abrió rápidamente los ojos. Había palidecido y estaba totalmente paralizado.

—Es la doctora que llevó y trato tu leucemia. Acaso... — No le salían las

palabras.

La aludida le dirigió una mirada lejana, ensimismada en sus pensamientos por unos instantes.

—Tengo algunos síntomas que me recuerdan bastante a los que tuve hace años cuando todo empezó.

Conmocionado, abrazó a su amiga. Se alejó unos centímetros para examinarla.

—Santo cielo, Mariam. ¿Se lo has comentado a Vincenzo?

—¡No! —negó, clavándole prácticamente los dedos en el brazo a su amigo—. ¡Y no quiero que lo sepa!

—Pero nena...

—¡Prométele Ulises! —volvió a insistir ella—. Prométeme que no le dirás nada de esto.

—Pero si no le dices nada y la leucemia ha vuelto... él se acabará enterando y su enfado puede ser mayúsculo en esta ocasión.

Sonrió amargamente.

—Ya es mayúsculo, así que eso no me preocupa.

—Mariam...

—¡No, escúchame, Uli! —Gritó la joven desesperada. Lágrimas de impotencia se agolparon en su garganta al decir—: Sí la enfermedad se ha regenerado, ha regresado, podré marcharme de aquí teniendo la seguridad de que Daniel estará protegido. Vincenzo Riccardi será todo lo que tú quieras, pero es un buen padre. Estoy segura que él lo amará y cuidará cuando yo...

—Cuando te echés a morir, ¿es eso? —
Supuso, aferrándola por el brazo—.

¿Tirarás cobardemente la toalla antes de ni siquiera comenzar a pelear? ¡Esa no es la Mariam que yo conozco! ¡Ella lucharía! ¡Como ya lo hizo una vez, maldita sea!

—Yo reaccioné exactamente de la misma manera hace unos meses, el verano pasado, cuando Judith, semanas antes de morir, me confesó que estaba cansada de luchar, que quería descansar... —Apretó los labios para no llorar, solo unos segundos, hasta que

pudo continuar. Y por primera vez logro entender sus palabras. Como lo fui yo para Jud por aquel entonces, mi hijo tiene hoy en día y estoy convencida que para siempre, una familia que lo adora.

Descendió la mirada hasta Daniel y aferro dulce y más fuertemente su pequeña manita, sintiendo que se le encogía el pecho al pensar en dejarlo, en marcharse y no volver jamás.

Una lágrima vagó solitaria por una de sus mejillas.

Santo Dios, dame ánimo y valor para afrontar todo aquello y no desmoronarme en el intento. Dame fuerza para dejarlos marchar. A Daniel y a... Vincenzo.

Después de despedir a Ulises, Mariam se disponía a subir por la gran escalera principal, cuando su hijo, soltándose de su mano, corrió a dar la bienvenida a su padre.

—¡Papi!

—Hola campeón —dijo Vincenzo, tomándolo en brazos—. ¿Cómo te has

portado hoy? ¿Has hecho enojar mucho a mamá?

Mariam se cruzó de brazos. Al menos delante de su hijo le seguía dando su papel de madre, no el de mentirosa ni el de concubina. Todo un alivio.

Su relación con Vincenzo iba de mal en peor. Si en los últimos días ya se habían distanciado, en las últimas veinticuatro horas las cosas se habían puesto peliagudas. Todo porque ella le había dicho que quería regresar a España, por unos días al menos, y por supuesto, deseaba que Daniel viajara con ella.

Aquello no había gustado absolutamente nada al italiano, y como no, se había negado en redondo a que su hijo saliera de Italia.

El corazón de Mariam palpitó con fuerza cuando descubrió la mirada abrasado de Vincenzo puesta en ella y un rubor de deseo encendió sus mejillas.

Invadida por el pánico supo que necesitaba alejarse. Escapar de la imagen enternecedora que despertaba

ese hombre con su bebé en brazos y de los efectos devastadores que operaba en su cuerpo traidor.

Agarrándose el estómago con una mano, respiró hondo y empezó a subir las escaleras cuando de repente un sudor frío la petrificó.

A Mariam el corazón le comenzó a latir cansado, desbocado. Sintió calor, escalofríos. Sintió que el suelo se movía bajo sus pies, que la visión se le desenfocaba. Cuando creyó desfallecer, estiró un brazo y se sujetó a lo primero que su mano temblorosa alcanzó.

—Enzo... —musito antes de caer al suelo y perder el conocimiento.

Capítulo 19

Aquella familiar voz...

Se estremeció, como si un látigo hubiera caído sobre su espalda desnuda. Alzo la mirada con la respiración entrecortada y observó espantada y con los ojos abiertos como platos a la recién llegada.

—¿Judith? —musitó—. No, no puede

ser...

Vicenzo empujó a sus brazos a Judith y

le estampó un apasionado beso en la

boca. El dolor que la inundó ante la

amorosa escena fue como un golpe

físico en el estómago. —Grazie amore

per avermi Daniel. È meraviglioso.

—Vicenzo, no... —volvió a insistir

Mariam, obligando a sus piernas

inútiles a ponerse en funcionamiento.

Solo consiguió caerse de rodillas,

como un bulto viejo y olvidado.

Aturdida y como si la cordura la

hubiese abandonado, igual que todas

las personas parecían abandonarla, se

miró las manos temblorosas. Lágrimas

cayeron sobre ellas, bañándolas.

Lloraba.

La furia y los temores la estaban

destruyendo lentamente por dentro.

Moría y a nadie parecía importarle.

—No te vayas —le suplicó a Vicenzo,

sin fuerzas, cuando de repente entendió

que comenzaban a alejarse, felices y

entre risas. Judith había venido para

llevárselos. La humedad que descendía por sus mejillas era ahora mucho más abundante—. Te quiero, Enzo. Os amo a Daniel y a ti —dijo, apelando a que aún pudiera oírla.

Pero no lo hizo.

El llanto de Daniel llegó hasta sus oídos, y sin poder hacer nada para evitarlo, la oscuridad se cernió con un espeso manto sobre ella.

Un grito desgarrador y mudo quemó la garganta de Mariam cuando entre forcejeos y sollozos, combatía para liberarse de los últimos retazos de su mal sueño.

—“¡Judith, nooo! ¡No te los lleves... te lo ruego! Daniel está llorando... traímelo... por favor, traímelo.”

La escena había desaparecido ante sus ojos y la voz clara y nítida de Vincenzo, hablando en un español más fluido que el de la misma Mariam, la recibió y le dio la bienvenida en el mundo de los lucidos:

—Tranquilo campeón, mamá está bien,

se recuperará. —¿Daniel? ¿Daniel
estaba allí? Los gimoteos del niño
parecían disminuir con cada palabra
alentadora de su padre—. Mariam tiene
que estar bien. shh... shh. pequeño.

Pronto tendremos a mamá de regreso...
aunque tenga quedarle mi vida para ello.

*“Aunque tenga quedarle mi vida para
ello...”*

Tuvo ganas de llorar como una niña
desolada.

Vicenzo no podía estar hablando
enserio, o quizás sí. Pero poco o nada
tenía que ver con el sentimiento que ella
más había soñado despertar en él: el del
amor.

No sabía si era el cromosoma disparejo
con el que nacían los hombres en los
genes, el complejo de machos alfa
superdesarrollado, el exceso en los
niveles de testosterona o de estupidez...
o todo ello junto, pero hacía que
corrieran, a dárselas de superman y
salvar a damiselas en apuros. ¡Lo
consideraban un deber, costara lo que

costase!

Convulsa, y aún sin poder abrir los ojos,
se removió entre la suave superficie en
la que reposaba su figura.

—Vicenzo... —Dudaba que alguien
pudiera escuchar ese gemido débil
salido de su garganta, pero al parecer,
así había sido.

Como si todo sucediera en apenas unos
veloces segundos, la voz de Vicenzo
ordenó a alguien que sacara de la
estancia a su hijo.

Dios, no quería que su pequeño la viera
en ese estado tan lamentable de nervios,
pero después de la pesadilla que acaba
de tener le aterraba la simple idea de
que se lo llevaran y no lo volviera a ver
nunca más.

Las largas y mojadas pestañas de
Mariam por fin se alzaron. Como una
criatura rota, desvalida, se levantó como
pudo, lo suficiente para quedar sentada
sobre la cama.

—Mi bebé, Vicenzo —exclamó,
llorando—. Adónde se llevan a mi bebé.

Rápidamente, sintió como unos férreos y protectores brazos la envolvieron y arrullaban.

—Shh... tranquila pequeña, estoy aquí contigo. Le he pedido a Beatrice que lo llevara a su habitación. Has tenido una pesadilla y debes reponerte primero. No permitiré que te pase nada, ¿entendido? Era la voz murmurante y serena del hombre, que la había hecho suya siempre con la misma fuerte pasión con la que la odiaba, quién la guiaba y confortaba.

No podía creerlo.

Pero lo creyese o no, en esos momentos lo necesita.

Y era lo único que importaba. Ella apretó los párpados y estrangulando en un puño la tela de su camiseta de vestir, se estrechó más fuertemente contra el cuerpo que le permitía no despeñarse entre los abismos de sus delirios y pecados.

—Me-me obligó a afrontar sus guerras y a permanecer con... con los brazos

cruzados mientras ella se dejaba morir.

Mientras el cáncer ganaba la batalla —

le confesó sollozando a Vincenzo,

enterrando la cara entre el cuello y

hombro, y comprendiendo por primera

vez lo egoísta que había sido Judith en

sus decisiones—. No-no pude hacer

nada y...

—Ya basta cariño, tú no podías hacer

nada —murmuró él, colocándole la

mano en torno la nuca y sujetándola con

firmeza y suavidad a la vez—. Era tu

mejor amiga y la querías.

—No, no lo entiendes. —Ella sacudió la

cabeza, hipando. Se sentía mortificada,

el sudor le cubría la frente y la

culpabilidad le corría como lava líquida

por las venas—. Tal vez si hubiese

tenido la preocupación de que... de que

Daniel se hubiera quedado solo por el

mundo si faltaba ella, habría peleado

con la enfermedad. Pero... pero...

—Estabas tú. —Asimiló él, rozándole el

cuello con su cálido aliento al inclinar

la cabeza sobre la de ella—. Siempre

has estado tú para mi hijo. —Y después de una pausa expresó en voz baja y con pesar—: Debiste contármelo todo desde un principio, Mariam.

Con el corazón latiéndole a toda velocidad y con las lágrimas fluyéndole, tan dolorosas como espinas, Mariam se apartó solo lo necesario, negándose a romper el contacto físico con él, y gimoteó:

—Enzo... lo siento. —Desesperada, aferró una de sus enormes manos. Él la apretó con calidez—. Nunca fue mi intención lastimarte. Tienes que creerme.

Él retiró su mano de la ella. Parecía súbitamente incómodo.

—Eso ya no importa.

La joven se puso rígida a causa de la repentina reacción del italiano. El Vincenzo atento y amable que la abrazaba con ternura hacia escasos segundos se había esfumado, dejando paso a un hombre que la escrutaba con gesto hosco de arriba abajo.

De improvisto, fue consciente hacia

donde miraban los ojos del italiano.

Parpadeando nerviosa, miró hacia abajo

y descubrió que los pezones de sus

senos desabrigados estaban erectos y

apuntaban hacia él, tentadores. También

ahogó un jadeo al darse cuenta, de que

salvo las braguitas de color blanco, no

llevaba puesto absolutamente nada más.

Las mejillas le ardieron mientras se

cubría los pechos con las sábanas.

—Te quité la ropa para que pudieras

estar más cómoda — explicó Vincenzo,

como si leyera sus pensamientos.

—¿Dónde estoy? —preguntó, tratando

de cambiar de tema y reparando en lo

desconocido que le resultaba aquella

habitación.

—En mi dormitorio. Te desmayaste y te

traje hasta aquí.

La joven frunció el ceño.

—Pero eso sucedió por la tarde, y es...

—Eché una rápida mirada al enorme

ventanal de la habitación y examinó la

negrura que se vislumbraba en el

exterior—... de noche —supuso,

sorprendida.

—Más de medianoche —afirmó él.

Un electrizante silencio los envolvió.

Por un momento sus miradas se

encontraron en medio de aquella luz

amortiguada y parecieron confesarse

todas aquellas cosas que sus bocas no se

atrevían a pronunciar.

Él volvió a resbalar la mirada por las

curvas que a esas alturas debía conocer

de memoria y que se ocultaban tras las

sábanas, y Mariam sintió la misma

flojera, como si cayera libremente por el

espacio, que la invadía siempre que ese

hombre la miraba de esa forma tan

famélica y libidinosa.

Aturdida, estudió la imagen varonil que

tenía delante, sentada en su cama. Tenía

el cabello revuelto y una barba

incipiente. Aún vestía la ropa con la que

recordaba haberlo visto esa tarde antes

de desmayarse... bueno, o parte de ella,

ya que ahora solo llevaba puestos los

pantalones de diseño y cayendo suelta y

con las mangas recogidas hasta los
codos, la camisa color marfil de
botones.

Santo cielo, estaba irresistible, muy
guapo.

Mariam se humedeció los labios cuando
lo vio acortar distancia entre ellos.

Estaba temblando, dividida entre sus
miedos y el ardiente deseo que la
atravesaba.

—Enzo...

Él puso un dedo en sus labios.

—Shhh... no más juicios y temores por
esta noche, Mariam, solo déjame
consolarte. Hagamos de esta tu primera
vez. Nuestra primera vez juntos—

Ahuecando una mano en la parte
posterior de su cabeza, Vincenzo empujó
su rostro contra el de él y sus alientos se
entremezclaron—. Nunca debí tomarte
en mis brazos con el veneno de la rabia
e impotencia corriéndome por las venas,
como un animal herido —La punta de su
lengua lamió los labios de la joven—.

Ojalá algún día, al menos tú, puedas

perdonarme porque yo jamás me lo
perdonaré. —masculló entre dientes
instantes antes de finalmente besarla.
Su cuerpo musculoso, fuerte, la aplastó
contra la suavidad del colchón. Ella
cerró los ojos cuando la boca insistente
de Vincenzo instaba a la suya a recibirlo
mucho más. Apretó las manos contra su
pecho y se preparó para empujarlo y
gritarle que se fuera, pero avergonzada,
comprendió que no quería hacerlo. Solo
anhelaba alcanzar por unas horas la
felicidad que se le escapaba de las
manos cada mañana. Cuando tenía que
enfrentarse un día más a la cruda
realidad de sus actos.

En un tiempo records, Vincenzo se
desnudó primero y luego le quitó a ella
la braguita. La abrazó manteniéndola
pegado a él mientras sentía el alocado
palpitar del corazón de Mariam.

Comenzó a trazar un camino a lo largo
de su cuerpo, haciéndole el amor con
manos y boca, deteniéndose mucho más
en sus pechos para succionarlos y

lamerlos y más tarde en el montículo de sus muslos. La fragancia dulce y almizclada que despedía estuvo a punto de hacerle perder el control.

Le separó suavemente los labios de su feminidad e introdujo un largo dedo entre ellos.

—Vicenzo, por favor... —Mariam sollozaba ladeando la cabeza de un lado a otro por la exquisita agonía y agitaba las caderas para sentirlo más enterrado —. Tómame por completo. Qui-quiero tenerte dentro.

—Todavía no, cariño. Solo un poco más.

Él añadió un segundo dedo. Minutos después reemplazó los dedos con su boca y lengua dejando a la joven sin respiración.

Continuó llevando con sus manos y boca el cuerpo de Mariam a la locura, hasta que ella empezó a suplicarle que parara.

—Por favor, Enzo... no lo soporto más.

—Ella no podía estarse quieta, su cuerpo era esclavo del deseo.

Pero antes de que llegara al éxtasis,

Vicenzo se levantó, y jadeante se posicionó mejor encima de ella y la penetró sin más demoras.

Ella se arqueó y lo recibió en su estrecha cavidad con dificultad pero con delicioso placer.

Él se detuvo y la miró a los ojos.

—¿Estás bien?

Con una llorosa sonrisa, ella asintió y entrelazó mejor sus manos a la nuca de él.

—En mi vida había estado mejor. —Le besó la marcada y áspera mandíbula y subió hasta encontrar sus labios—.

Hazme el amor, Vicenzo. —Su voz se asemejó demasiado a una súplica—. Al menos por esta noche miénteme y permíteme creer que no soy solo sexo para ti.

En esos momentos no le importaba que le mintiera, solo quería llevarse con ella un bonito de recuerdo, por muy falso que fuera.

—Mariam... —Él parecía

desconcertado ante sus palabras.

Ella le rodeó las caderas con las piernas
y clavándole los dedos en las nalgas
empezó a mecerse.

—Solo te pido eso, Enzo, por favor.

Solo eso.

Con un sonido gutural, los ojos verdes
de Vincenzo brillaron como esmeraldas.

—No sabes lo que dices —dijo,
mientras su erección comenzaba a
moverse y a deslizarse dentro de ella y
sus bocas se saboreaban la una a la otra

—. ¿Es esto lo que quieres, eh,
preciosa?

—Sí, solo esto. No te detengas.

Arqueado encima de ella, se incrustaba
incansable y deliciosamente cada vez
más veloz y menos delicado. Disfrutó de
los gemidos desaforados de Mariam
cuando la dulce y dolorosa tensión por
alcanzar el climax se hizo más
acuciante, más desesperada.

Vincenzo movió las caderas con más
rapidez, embistiéndola con los músculos
tensos hasta que un placer pulsante y

casi agónico estalló en el interior de
ambos y los hizo gritar de placer. La
penetró una última vez y permaneció
palpitando en su interior al tiempo que
se vaciaba dentro de ella,
proclamándola como suya.

Solo suya, pensó mientras se
desplomaba jadeante sobre la joven y
descansaba la cabeza entre sus hermosos
pechos.

Mariam, intentando recordar cómo se
respiraba y con los espasmos del
fastuoso orgasmo sacudiéndola aún,
hundió los dedos entre los despeinados
mechones de Vincenzo, como si quisiera
tenerlo para siempre así: encima de ella
y adormilado entre sus senos.

Nuevas lágrimas silenciosas
descendieron por sus mejillas y
murieron en las almohadas.

Eran lágrimas de felicidad. Una
felicidad que sería solo momentánea.

Pero hasta que amanecería nada ni nadie
le arrebatarían esos mágicos instantes.
Por primera vez habían hecho el amor.

Por primera vez se habían entregado desnudando no solo sus cuerpos sino también sus almas.

Y había sido fantástico.

Con ese pensamiento fue cayendo en los brazos de Morfeo.

Sintió como Vincenzo rodaba sobre su cuerpo y cambiaba las posiciones.

Ahora era ella la que quedaba encima.

También tuvo consciencia de cómo el miembro aún duro de él seguía en su interior, al parecer, negándose a dejarla.

Sonrió y se acurrucó más contra su calor, mientras él le acariciaba el cabello y rostro susurrándole palabras en italiano.

Somnolienta, repitió mentalmente lo que creía haber escuchado de los labios de Vincenzo. Algo que sabía que no podía ser. Que sería producto de su imaginación. De su mejor sueño hecho realidad.

“Mio Dio, donna, è sempre lámore.”

Capítulo 20

Con Daniel de la mano, Mariam sintió

que el corazón se le contraía
dolorosamente en el pecho cuando
observó al final de la gran escalera
principal, esperándolos, se encontraba
un taciturno Vincenzo Riccardi envuelto
en uno de sus elegantes trajes sin
corbata. Elegante e inaccesible. Una
estatua del más bello y fino mármol,
duro, inexplicable, indolente.

Hacia solo dos madrugadas; cuando en
medio de sus pesadillas nocturnas
despertó gritando, que había hecho el
amor por primera vez de verdad, y al
parecer por última, con Vincenzo. Pero
aquello no importaba. Ella le había
pedido que le mintiera y le hiciera creer
que hacían el amor, y eso era
exactamente lo que había hecho él. No
tenía el valor, ni la fuerza para lograr
que aquello que tanto anhelaba fuera
verdad. Tampoco podía reprocharle
nada, ni antes ni después. Ella lo
guardaría en su memoria todo lo que le
quedaba de vida.

Pero ahora, y como si esa noche no

hubiese existido jamás, el italiano
volvía a encerrarse en sí mismo,
apresando sus emociones en su interior
de tal manera que Mariam no podía
acceder a ellas.

—¿Cuidarás de tu mamá por mí,
hombrecito? —dijo a su hijo cuando lo
cogió en brazos.

— *Signore*, las maletas ya están en el
coche —le informó Rocco, su jefe de
seguridad y hombre de confianza. Él
sería el encargado de llevar a su hijo y a
Mariam no solo al aeropuerto, sino
también de viajar con ellos—. Podemos
marcharnos en cuanto usted ordene.

—Enseguida saldrán.

La sangre le bombeaba muy deprisa a la
joven. Se preguntaba si había hecho bien
o mal en decirle que necesitaba volver a
su país y ver a sus padres. La duda la
embargaba porque en esos momentos se
sentía morir por dentro. Y es que la
palabra “*despedida*” la acosaba desde
que a la mañana siguiente, después de
haber hecho el amor con Vincenzo, este le

había comunicado que estaba de acuerdo en que Daniel viajara con ella.

Mariam deseó que él se inclinara y la besara, le demostrara que aunque solo fuera un poco, él se preocupaba por ella.

Aunque sea que él seguía ardiendo por ella. Un último beso a modo de despedida. De decir adiós. Él nunca dejaría marchar para siempre a su hijo, pero si a ella. Y aquella parecía ser la idea.

La única razón por la que se le había permitido vivir bajo el mismo techo que ese hombre y su hijo, era por el deseo que, asombrosamente, despertaba en él. Pero una vez saciado... simplemente su presencia sobraba. Por fin podría volver a las andadas, a sus mujeres, a...

A todo lo que dejó cuando supo que tú habías sido suya.

Sacudió la cabeza para no darle más vueltas a nada. Si tenía que pasar, pasaría. Si Enzo la besaba, la amaba con sus labios como sólo él sabía hacer, entonces...

Entonces, quizá, solo quizá tuvieran un futuro juntos.

Antes de salir al exterior y con Daniel aferrado de nuevo a una de sus manos, se detuvo unos segundos para mirar a Vincenzo. El corazón se le agrietó y se le hizo finalmente miles de pedacitos, cuando él, con las manos en los bolsillos, se limitó a decirle, indolente: —Que tengáis buen viaje. Llámame en cuanto lleguéis para saber que habéis llegado bien. —Se dio media vuelta y se perdió escaleras arriba.

Mariam contuvo a duras penas las lágrimas mientras lo observó alejarse, como un sueño inalcanzable que se va desvaneciendo lentamente ante su mirada sin que ella pueda hacer nada para conservarlo. Para que no la abandonara.

Se tapó la boca con la mano libre e intentó contener el llanto para no asustar a Daniel. El dolor que la envolvía era tan intenso que se le clavaba en el alma. —¿*Signorina*? ¿Está todo bien? —dijo

de repente la voz de Rocco a su espalda, sobresaltándola.

Enjuagándose la humedad de sus ojos y evitando mirar en todo momento directamente a la cara al hombre de mediana edad que consideraba más un amigo que un empleado, se obligó a responder con una sonrisa:

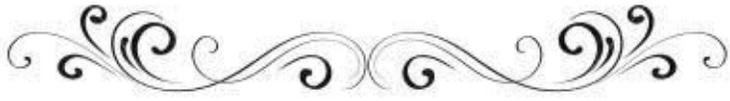
—Sí, Rocco, me encuentro perfectamente. So-solo es que las despedidas me ponen triste. Ya sabe cómo somos las mujeres para estas cosas.

Él le devolvió la sonrisa, como si comprendiera abruptamente su estado cabizbajo de ánimo.

—Ah, *signorina*, no tiene porque ponerse triste. Estoy seguro que tanto el pequeño Daniel como usted estaréis deseando visitar a la familia en España, y que pronto, incluso antes de que pueda darse cuenta siquiera, estará de vuelta por aquí, con el *signore*.

—Sí, claro —asintió ella poco convencida, cogiendo a Daniel en los

brazos y echando una última mirada a la casa antes de marcharse para no volver nunca más.



—¡Señor, no puede entrar sin autorización! —exclamó horrorizada la voz de su secretaria mientras la puerta de su despacho en las empresas Riccardi se abría de golpe—. ¡Señor... Un encrespado Ulises Duarte lo fulminaba con la mirada desde el otro lado de su escritorio.

—¿Y Mariam?

El moreno entrecejo de Vincenzo se contrajo desconfiado.

—Discúlpeme *signore* Riccardi —se precipitó su secretaria, azorada—, pero no he podido detenerlo. Llamaré de inmediato a seguridad...

—No, no llame a nadie —le advirtió él, dejando de teclear en su portátil y echándose hacia atrás en el asiento, en una pose de inquietante relajación—.

Salga y déjenos a solas.

Solos al fin, Ulises sin mayores

preámbulos, apoyando las palmas de las

manos en la fina superficie del

escritorio, se echó hacia delante y

preguntó con aire torvo:

—¿Sabes dónde está Mariam? ¡¿Lo

sabes?!

—Se ha ido con *Daniele* a visitar a sus

padres en España. ¿Por qué?

Ulises se irguió y rió sin ganas.

—¿Y la has dejado llevarse a tú único

heredero con ella? ¿Cómo? Pensaba que

solo confiabas en Mariam cuando tenías

los pantalones bajados.

Vicenzo sintió que ya había aguantado

bastante. Sí no lo echaba a patadas en

esos precisos instantes de sus empresas

se debía simple y llanamente a que se

trataba del padrino de su hijo. Y

además, esa chillona era también el

mejor amigo de...

Se levantó de su asiento lentamente,

parecía amenazador cuando se enderezó

en su uno noventa de altura. El furor de

sus ojos no presagiaba nada bueno.

—¿A qué has venido hacer aquí exactamente Ulises? ¿A hacerme perder el tiempo?

El aludido estrechó su mirada y lo estudió unos segundos. Luego sonrió, nervioso.

—Venga amigo, estoy aquí para amenizar tú siempre aburrida jornada de trabajo. —Sin cortarse ni un pelo, se dirigió hasta un rincón de la oficina, junto a un armario bien provisto de bebidas, y empezó a llenar dos vasos con lo más fuerte que encontró—. Ahora cuéntame, ¿cómo lo harás?

—¿Hacer qué?

Ulises regresó, y estirando el brazo le ofreció uno de los tragos. Él lo aceptó y ambos retornaron a sus asientos.

—Decirle a Mariam que finalmente la echarás de la vida de su hijo. Es por eso por lo que le has permitido llevarse a Dani de viaje, ¿no?

Bebió un sorbo de su bebida y examinó su reacción por encima del vaso.

Nada.

¡El maldito de Vincenzo Riccardi parecía esculpido en hielo!

—Como una especie de último regalo de despedida —prosiguió—, por los servicios prestados. Me pregunto cómo lo harás. Sí mandarás a alguien a darle la noticia y a arrancarle de los brazos a su bebé o sí serás tú quien vaya personalmente. Ah, puedo imaginarme ya la escena. —Rió. Alzó el trago a modo de brindis y sospechó, acusador —: Toda una perversa diversión. La mejor de las venganzas, ¿cierto, *signore* Riccardi?

El tenso silencio que siguió crispó los nervios de los dos.

Vincenzo Riccardi lo miraba fijamente.

Sus manos aferraban con tanta fuerza el vaso que resultaba milagroso que aún no hubiese estallado en mil pedazos.

Ulises se puso rígido. El italiano tenía fama de ser como un toro recio cuando lo enfurecían.

Sin embargo, lo sorprendió preguntando:

—Cuéntame como Mariam llegó a

hacerse cargo de *Daniele*.

El español valoró un segundo, dos, tres... las ventajas y desventajas de aliarse como chivato en las filas enemigas. Finalmente alzando sus hombros los dejó caer, rindiéndose, y cantó como un lorito:

—Judith y ella eran inseparables. Como uña y carne. Tenían una relación muy fraternal. Después de que Judith dio a luz empezó su declive. El cáncer reapareció, y en esa ocasión mucho más agresivo que antes. Estaba tan cansada y tenía a veces tantos dolores, que jamás pudo cuidar y ejercer de madre. Así que fue Mariam quien abandonó todo y ocupó ese lugar desde el primer día.

Hubo una pausa cargada, en la que Enzo le dio vueltas a la situación. Mariam sola, asustada, con el dolor de su mejor amiga muriendo y teniendo que acuñar, proteger y amar a un crío que nada tenía que ver con ella. Mariam apartándose de su vida, de todos sus sueños, dedicándose en cuerpo y alma a una

criatura pequeña y frágil. Frunció el

ceño, agobiado por el rumbo de sus

pensamientos, y preguntó:

—¿Ese es el auténtico motivo por el que

nunca tuvo una... relación? ¿Por su

amiga? ¿Por permanecer a su lado antes,

durante y después de su padecimiento?

Ulises movió la cabeza, negando.

—Mariam siempre fue agradable,

sociable, a la que era muy fácil

arrancarle una sonrisa, pero la única

realidad es que debajo de toda esa

superficie de insistente alegría, se

escondía una niña triste y solitaria. No

tienes ni la más remota idea de lo dura

que ha sido su corta vida. —Sonrió con

una ternura que dejaba ver todo lo que

ese hombre sentía por su amiga. Vincenzo

vio admiración, vio fervor, amor de

hermanos—. ¿Y sabes? Nunca la

escuche quejarse, ni llorar ni lamentar

su mala suerte. Ni siquiera cuando la

enfermedad la dejaba casi al borde de...

—Un momento —inquirió taciturno—.

¿Enfermedad? ¿De qué demonios estás

hablando?

El español se detuvo, petrificado ante su tono. Después dijo con voz apagada:

—¿A-acaso no lo sabías? No, por supuesto que no sabes nada —bufó—.

Has estado más preocupado en conocer hasta el último de los lunares de su cuerpo que en averiguar y llegar a entender los verdaderos motivos que la empujaron a esta terrible situación.

Ulises prosiguió, como si leyera la confusión que comenzaba a instalarse en el cuerpo de Vincenzo.

—Mariam padecía leucemia. Una leucemia que la tuvo acariciando la muerte en numerables ocasiones. Pero la venció... o al menos eso pensábamos.

Aquella información atravesó a Vincenzo como si fuera un cuchillo mellado le abriera el corazón. Se puso en pie bruscamente, sacudiendo la cabeza y dirigiéndose al ventanal, intentando comprender lo que le estaba diciendo

Ulises. Observó el mundo bajo sus pies en versión miniatura. Allí, en su torre de

control, él podía alejarse del mundo,
ocultarse y...

Mariam... Leucemia... Mariam...

Leucemia.

*“Pero la venció... o al menos eso
pensábamos”*

Notando como una oleada de furia
incontrolable corría con fuerza por sus
venas, Vincenzo se pasó la mano por la
cara en un intento de aclarar su visión,
para exiliar el desconcierto que sentía.

Mariam al borde de la muerte.

Mariam tiene leucemia.

*Mariam dio todo lo que tenía por tu
hijo.*

El corazón se le achicó en el pecho, y
latidos después sus pulmones dejaron de
ofrecerle todo el oxígeno que necesitaba
su cuerpo. Dejó de escuchar a Ulises,
colocó las manos sobre el ventanal para
insuflarse ánimo, fuerza. Estaba
destrozado con la noticia, pensó en lo
mal que la había tratado y en que quizá,
por lo que había dicho Ulises, en un
futuro cercano, ella...

Esperando no haber entendido bien,
rogando no haberlo hecho, carraspeó
para aclarar su voz ronca por la
emoción:

—¿Leucemia?

La vaga sensación de malhumor no tardó
en desvanecerse en Ulises al ver por
primera vez al italiano librando consigo
mismo alguna secreta batalla interior. Lo
delataban sus hombros tensos, la rigidez
de amenazante cuerpo y los nudillos
blancos que lucían sus manos cerradas
en dos sendos puños cayendo a sus
costados.

—Que uno de los motivos que la han
llevado de vuelta a España es para ver a
su doctora. Le preocupa que la
enfermedad haya vuelto. Y sus
síntomas... bueno, todo parece
sospechar que podría ser así. ¡Malditos
matasanos! Casi se atrevieron a jurarle
que estaba fuera. Al fin sana del todo.
Ulises parloteaba cosas importantes,
pero Enzo tenía el cerebro tostado,
quemado de tanto dolor. Ambos se

miraron intensamente durante unos
largos y tensos momentos.

—¿Acaso crees que te ocultó la verdad
sobre Daniel por pura diversión?

¿Ambición? —arremetió. *Quizá estaba
yendo demasiado lejos*, pensó Ulises,
pero nadie evitaría que soltara en esos
momentos todo lo que llevaba
demasiado tiempo guardándose—.

Llamar a la puerta de un hombre
arrogante, de un conquistador, con el
que no podría pelear en los tribunales,
ha sido la decisión más dura y difícil de
su vida. Sabía perfectamente que hiciese
lo que hiciera siempre perdería ante el
poder de los Riccardi. Pero... ¡Oh,
maldita sea el destino, el azar o el
estúpido Cupido! —Se pasó las manos
por la cara. Resopló—. Porque mi
muñeca en vez de odiarte o simplemente
dedicarse a tolerarte, terminó
enamorándose perdidamente de ti. La
conozco bien, y sí ha accedido a ese
deplorable status de prostituta que ocupa
en tu vida, es porque siente por ti más de

lo que te mereces, de otra manera y aunque creyese que sus posibilidades fueran casi nulas, estaría querellándose contigo en los juzgados por el pitufo, ¡no aliviándote el calentón que tienes en la entrepierna!

Vicenzo, dejando pasar la provocación se había quedado inmóvil.

Mariam lo amaba. Mariam tenía leucemia. Mariam, su amada mujer, la única madre que su hijo conocía... Ella los podría avan... No.

Como si fuera una proyección apresurada de diapositivas, una serie de imágenes de los últimos meses se le agolparon en la mente.

Y en todas ellas aparecía un hermoso y dulce rostro.

Una mujer a la que había chantajeado, violentado y humillado; pero a la que amaba tanto que le dolía, le asustaba.

Capítulo 21

El invierno daba ya los últimos coletazos y en muy pocos días se despediría hasta el próximo año.

Mariam, sentada sobre una vieja manta estirada en la arena volcánica de una playa tinerfeña, alzó la cabeza y miró al cielo. Pronto las primeras sombras de la noche comenzarían a teñirlo todo.

Suspiró. Lo mejor sería regresar a casa. Bajó la vista hasta su regazo y sonrió dulcemente. El pequeño Daniel dormía con la cabecita apoyada en sus muslos después de una tarde de juegos.

—Mariam...

Con el corazón en un puño la joven alzó la vista. Vincenzo vestido con un pantalón y camisa a medio abotonar blancos, se erguía en su uno noventa de altura frente a ella. Estaba más guapo que nunca.

—Enzo... —Con voz rota, preguntó—:

¿Has venido para llevarte contigo a Daniel?

—No, preciosa —aseguró él,

sentándose a su lado, sobre la arena.

Acarició la mejilla de su hijo a modo de saludo y luego clavó su intensa y peculiar mirada esmeralda en ella—. He venido para llevaros conmigo a los dos.

A mi hijo y a la mujer que amo.

El cerebro de la joven se esforzaba por discernir la realidad de lo que acababa de escuchar, algo que no podía ser posible de ninguna de las maneras.

¿Vicenzo Riccardi la amaba?

Tenía que estar soñando. Un hermoso sueño que se transformaría en pesadilla cuando despertara y todo ese mágico momento se desvaneciera.

A su lado, Vicenzo estudiaba enmudecido la reacción de la confusa joven, rogando a Dios o al mismísimo Satanás que no fuera demasiado tarde para una nueva oportunidad entre ellos.

La simple idea de perder a Mariam había hecho que una fuerza desconocida lo golpeará en el pecho, dejándolo sin aliento y a las puertas de un insano ataque de furia.

El dolor despertó en él la acuciante necesidad de buscarla. Su orgulloso herido podría irse al diablo. No malgastaría ni un solo segundo más embriagado en rencores ridículos que

más pronto que tarde, acabarían

destruyéndolos a los dos.

Quería decirle que no estaría sola. Que él lucharía a su lado y sería su principal apoyo, su consuelo. Si caía derrotada de aquella batalla y la perdía, una parte esencial e importante de él se iría con ella para siempre.

—M-me amas... —repitió ella, mirándolo como si no fuese real.

Él sonrió y le acarició la cara.

—Sé que no soy muy proclive a pronunciar hermosas palabras ni a declararme todos los días, pero a veces los actos hablan más que las palabras. Permíteme, Mariam, demostrarte con hechos cuanto te amo. Cuanto deseo cuidaros, protegeros y amaros a nuestro hijo y a ti —prometió, tomando entre los dedos la diminuta manita de Daniel que continuaba durmiendo ajeno a todo y besando la frente de la joven. Luego, como pudo, la atrajo con un brazo contra él y la estrechó a su calor, apoyando la barbilla en la cima de su cabeza—. Pero

antes, quiero que sepas y que jamás te quepa la menor duda, de que te amo tanto, que estoy dispuesto a mandar absolutamente todo al demonio y luchar a tu lado, porque cariño, si te llegara a suceder algo —Se estremeció—, yo me perdería contigo. Me llevarías contigo. —¿Sucederme algo? —Entonces tuvo la ligera convicción de a qué se refería. Se apartó—. Ah, te refieres a lo de mi enfermedad.

¿Era ese el milagroso motivo que lo hacía confesar algo que quizás no sintiera del todo? ¿Su supuesta leucemia?

Como no quería que Vincenzo descubriera su dolor y desilusión, ladeó la cabeza y apretó los párpados. No podía derrumbarse allí mismo. Ser débil.

No más.

Y en un ronco susurró garantizó:

—Estoy sana, Vincenzo. Los exámenes que me hicieron esta semana volvieron a confirmar que la pesadilla concluyó

hace años. Así que no tienes por qué

hacer esto.

Las grandes manos de Vincenzo la

hicieron ponerse nuevamente de cara a

él. Le alzó la barbilla y la apremió a que

le sostuviera la mirada.

—¿Crees que miento cuando te digo que

te amo, Mariam?

La respiración de la joven se había

acelerado, igual que la suya. Le acarició

la garganta con la yema de un dedo. Sus

ojos fijos en los de ella. Su voz seria.

—Acúsame de ser un bastardo o un

maldito cabrón libidinoso, pero jamás

cuestiones mi amor por ti. ¡Maldita sea,

pequeña, te quiero! —protestó, entre

dientes, sintiéndose impotente por

primera vez en su vida—. Te quiero

tanto que si la única posibilidad de

tenerme a mi lado es no volver a tocarte

y a hacerte el amor, me convertiría en un

condenado eunuco para conservarte

egoístamente junto a mí.

—¿Harías eso por mí? —Mariam

parpadeó, abriendo su condenadamente

tentadora y pequeña boca con sorpresa.

Por todos los demonios, si esa era la condición para no perderla, bienvenida sea, por muy duro que fuera.

La liberó de sus manos y contempló unos segundos, el extenso y atlántico mar que tenía delante, después asintió y regresó su mirada a la de ella.

—Sí, lo haría. Por ti valdría la pena eso y mucho más.

—Pero yo quiero hacer el amor contigo todas noches. — Sus mejillas se habían teñido de un tono oscuro de carmesí.

Con una media sonrisa y rezando por qué no hubiese oído mal, cerró la distancia que los separaba y permitió a sus labios acariciar ligeramente los de ella.

—Ese también es mi deseo, cariño.

Hacerte mía cada día. Cada noche.

Abrazarte mientras duermes y sostenerte y consolarte cuando tengas miedo. —Le murmuraba mientras sus labios descendían y le mordisqueaban el cuello. Un gemido de placer brotó de la

garganta femenina—. Solo dime que me
amas y regresemos a Italia. A nuestra
casa. A la casa que compré planeando
nuestro futuro juntos. En familia.

Mariam pareció estupefacta no solo por
la confesión de sus sentimientos sino
también por el hecho de que a pesar de
tratarse como el perro y el gato en los
casi dos últimos meses, hubiera
adquirido una gigantesca mansión
pensando en ellos.

Pero así había sido.

La compra se había efectuado con su
relación envuelta en las trincheras de
una batalla de odios, de egos.

E inconscientemente siempre supo por
qué.

Porque la amaba. Porque deseaba
casarse con esa dulce y maravillosa
mujer. Porque se imaginaba formando
una familia con ella y envejeciendo
juntos, felices. Porque soñaba con ver a
sus hijos y nietos correteando por los
interminables jardines.

—¿Me amas, Mariam? ¿Todavía existe

una oportunidad para nosotros? —

musitó, deseando y temiendo oír la respuesta.

Las manos de Mariam atraparon su rostro. Su boca buscó la suya, pero tras un fugaz beso se apartó. Temblando de dicha susurró con voz emocionada y ojos brillantes.

—Oh, Enzo, ¿acaso lo dudabas? Te amo con toda la fuerza de mi alma y toda la vida de mi corazón.

Regodeándose en la felicidad que sentía, Vincenzo inclinó la cabeza y atrapó los labios de la joven. Súbitamente, ella también empezó a besarle, con toda la pasión que poseía. Hundiendo los dedos en su cabello lo acercó mucho más.

Mariam lo miró con ojos dilatados. Sus labios ligeramente inflamados por los besos voraces de él.

—Enzo...

—Dime cariño —dijo él, acariciando con el pulgar su boca. Repasando la marca de su pasión.

—Estoy... —Se pasó la punta de la

lengua por los labios y los ojos de

Vicenzo resplandecieron con el inocente gesto—. Enzo, estoy embarazada.

Ella desde que conocía la noticia estaba más que encantada e ilusionada. No porque sus malestares tuviesen una hermosa causa, sino porque el tener otro hijo con ese prepotente y gruñón italiano era el regalo más maravilloso que le podía dar la vida.

Él la miró sin poder evitar la sorpresa.

Extendió una mano y la posó en la aún inexistente abultada barriguita. Ella se la cubrió con una de las suyas, disfrutando de esa primera conexión de Vicenzo con el pequeño o pequeña que llevaba en su vientre.

—¿Pero cómo? Ulises me había contado que existían muy pocas posibilidades de que concibiéramos.

¡El chismoso de Ulises!

Ella asintió. Las lágrimas pugnaban por abrirse paso y se las enjuagó.

—Y así es... era. Pero sucedió. Ni siquiera yo aún me lo puedo creer del

todo. Parece un pequeño milagro.

—Yo no lo llamaría del todo un milagro

—se burló él, tiernamente.

—Ah, ¿no?

Él negó con la cabeza.

—Creo recordar que en las últimas
semanas estaba más tiempo dentro de ti,
llenándote, que fuera.

Con el rostro arrebolado y
graciosamente tapándole las orejas a
Daniel, que ajeno continuaba durmiendo,
dijo:

—Eres... eres... ¡Argh!... ¡un engreído
vanidoso!

—Un sensual y atractivo vanidoso que
amas —Se acercó a ella y repasó con la
lengua sus labios, provocador. La oyó
jadear—. Que te enloquecerá cuando, a
partir de hoy, te haga el amor todos los
días.

Los ojos de ella relampaguearon
divertidos.

—Mmmm... de eso último creo no estar
del todo segura. Sobre todo cuando
tenga una enorme barriga y nazca nuestro

segundo bebé.

—¿De veras? —Sus ojos verdes
chispearon—. Entonces supongo que
deberíamos aprovechar estos primeros
meses. Pero te advierto que me gustan
los retos. Y además, creo que te verás
malditamente tierna y sensual llevando
en los últimos meses de gestación a mi
hijo en tu vientre.

Sonriendo maliciosamente, tiró de ella
para abrazarla y besarla de forma
apasionada mientras sus manos
intentaban colarse por debajo de su
vestido hippie de color beig y de la fina
tela del bikini que llevaba puesto.

—Mami... papi... teno hambre. —
Escucharon de repente la somnolienta
voz de su hijo. El niño se había
incorporado hasta sentarse y se frotaba
los ojos.

Como si fueran dos adolescentes
pillados en pleno escándalo público
mientras intentaban hacer el amor, se
refrenaron... aunque una mano de
Vicenzo continuó discretamente en el

interior del vestido de Mariam

acariciándole y un pezón.

Ella le lanzó una mirada de censura a

Vicenzo, quién parecía divertido, y

estiró los brazos hacia el pequeño hasta

atraerlo a su regazo.

—Cariño, ya nos vamos a casa y en unos

minutos te prepararé algo rico, te bañaré y

te leeré un cuento en la cama, ¿de

acuerdo?

Vicenzo beso en la coronilla a su hijo

como todo un orgulloso papá y le sonrió.

—Campeón, lo de la cama suena

realmente bien... —Ahogó una

exclamación cuando sintió que Mariam

le daba con el codo en las costillas.

—Vamos, mi amor, recojamos —dijo,

dándole un amoroso cachete al niño en

el trasero para que pasara a los brazos

de su padre—. Tu papá dice que te

llevara a caballito de camino a casa de

los abuelos.

—Aupa, campeón. —El pequeño se

encaramó a la espalda de Vicenzo,

entusiasmado con el plan. Pero antes de

levantarse de la arena con el peso extra de su hijo, acercó sus labios al oído de Mariam y le juró—. Pequeña bruja.

Puede que por ahora te salves pero cuando llegue la noche, la que montará a caballito serás tú... sobre mis caderas.

Ella ladeó la cabeza y rozó sus labios con los suyos. Una sonrisa y el rubor iluminaban su rostro al acceder, traviesa.

—Pero solo porque te amo.

Vicenzo leyó el amor en los ojos de la joven. Un amor tan fuerte y profundo como el que él sentía por ella. Estaba seguro de que pasarían el resto de sus vidas juntos.

Mariam no sólo le atraía en el aspecto físico, sino en todos los sentidos. Era su compañera, su amante y la madre de sus hijos. Estaban hechos el uno para el otro.

— *Dolcezza mia* —murmuró, depositando un casto y sincero beso de amor en la frente de su amada.

Vicenzo Riccardi vivía en esos momentos una de las peores semanas de su vida.

Fuera, la noche cobijaba a los lugareños y turistas que visitaban a la isla tinerfeña con su resplandeciente oscuridad. Con su atrayente magnetismo. Aquel lugar tenía fama de ser un paradisiaco destino y él ni siquiera estaba allí para disfrutarlo. El luto. La pérdida de alguien demasiado importante a lo largo de su vida lo había llevado hasta ese lugar.

Quería, no, necesitaba con urgencia aislarse absolutamente de todo. De todos. Debía ser pasada la media noche y Vicenzo continuaba confinado a la barra de un centro nocturno dando buena cuenta del suministro de bebidas alcohólicas más fuertes que poseían.

Cabizbajo, ausente y con aire torvo, permanecía ajeno a la muchas y variopintas miradas de interés que despertaba en aquel lugar.

Probablemente a esas horas y en otras

*circunstancias ya hubiera recibido
numerosas proposiciones para no
dormir solo esa madrugada, como solía
suceder normalmente, pero esa
madrugada indudablemente veían en él
algo más que una atractiva fachada. Y
lo que veían, sin duda, les aterraba.
Pero siempre existían las pequeñas
excepciones y la de esa noche venía
acompañada de una risueña voz.*

*—Si me invitas a una copa tal vez
pueda hacer que tu más secreto y
anhelado sueño se convierta en
realidad. Con desgana, Vincenzo alzó la
vista de su bebida y descubrió a su
lado a una bella española de cabello
castaño claro y largo y de ojos
oscuros. Vestía sexy con un vestido
corto y negro que se ceñía como otra
piel a sus anchas caderas y a sus
pequeños senos.*

*—Judith Melian —se presentó su
inesperada invitada, extendiendo una
mano con una entusiasta sonrisa.
Después de su reticencia inicial y*

deseando que una vez atendida lo
dejaran nuevamente solo, accedió al
suave apretón de manos y con un gesto
de cabeza indicó al barman:

—Una copa para la signorina.

—Grazie, signore.

Descendió la mirada de nuevo y
contempló el vaso semi vacío del
whisky que tomaba. Dios, aquello era
una auténtica pesadilla. Toda esa
condenada semana había sido una
terrible pesadilla, pensó pasándose las
manos por la cara, consumido. Stefano
Delmauro, su tío, no podía estar
muerto. Él había sido el padre que
Callisto Riccardi nunca supo ser, ni
quiso.

—Dudaba que esta noche pisara este
pub alguien más deprimido que yo, y
entonces te vi a ti. Aquí. Solitario.

—Me lo tomaré como un cumplido —
bufó con cinismo. Bebió lo que le
quedaba de whisky y cuando el barman
sirvió la copa a Judith deslizó su vaso
por la barra hacia él—. Otra.

El joven, probablemente más preocupado por si se ponía a vomitar allí mismo todo el veneno alcoholizado que se había tragado, que por si se cocía el hígado o no, dudo unos segundos, pero al ver la mirada verde y dura del italiano, asintió.

—Si mi amiga estuviera aquí creo que te estaría sermoneando sin parar. —

Rió la mujer a su derecha—.En ocasiones es terca como ella sola y la pierde la mayoría de las veces el querer ayudar siempre a los demás.

Estoy segura de que te convertirías rápidamente y viendo lo desmoralizado que te encuentras en uno de sus mejores proyectos de rehabilitación.

Vicenzo la miró como si la considerase completamente idiota.

—Entonces hace bien en no entremezclarse ni perder su tiempo con alguien como yo, ¿no crees?

Lejos de abandonar, Judith sonrió misteriosamente y cogiendo unas servilletas de papel se puso a

maniobrar con ellas entre las manos.

*—Creo que lo te duele hoy mañana te
dolerá un poquito menos, pasado
mañana muchísimo menos aún, y así
conforme vayan pasando los días,
semanas, meses y años.*

*A Vincenzo esa madrugada le resultaba
imposible confiar en esas palabras.*

*—¿Eres una de esas filósofas con
complejo de oradoras y salvadoras o
algo así?*

*De soslayo, miró qué demonios estaba
haciendo esa loca con aquellas
servilletas. Se preguntó también quién
de los dos estaría más ebrio: si esa
mujer o él... Indudablemente ella,
concluyó.*

*—No. Soy una hechicera que puede
hacer realidad tu más anhelado y
secreto sueño, ya te lo dije. Piénsalo —
dijo con voz alegre y cantarina,
tratando de llevar la conversación
hacia un territorio neutral, divertido.
Al fin levantó el rostro y extendió muy
sonriente una mano hacia a Vincenzo*

para entregarle... ¿Un báculo de
papel? ¿Una vara? Si no se sintiera tan
miserable esa noche, Vincenzo supuso
que hasta sonreiría.

—Busca en lo más profundo de tu
interior ese sueño que te gustaría
alcanzar por encima de cualquier otro,
de todos los demás —prosiguió ella. Y
llevando los dedos hasta sus sienes y
cerrando los ojos, exclamó, graciosa
—: ¡No, no me lo cuentes! Puedo
adivinarlo, porque signore, yo soy
madame Melian, una inminencia en la
nigromancia.

Y cuando abrió los ojos pudo ver mejor
que nunca el sufrimiento y el corazón
constantemente deshabitado de
Vincenzo, sintió pena. Y reconocimiento.
Había visto esa misma mirada triste en
los grandes ojos de su mejor amiga:
Mariam. Acortando la ridícula
distancia entre ellos, se inclinó y besó
en los labios al espectacular italiano.
Se retiró ligeramente y mirándolo
fijamente, prometió:

*—Te doy mi palabra de maga de que
cumpliré ese deseo tuyo. La felicidad el
día menos pensado irrumpirá tu
tranquilidad y vendrá para quedarse.
Por siempre.*

—Grazie, madane Melian, cumpliste tu
promesa —murmuró Vincenzo Riccardi,
frente a la tumba de Judith, las lagunas
de su memoria habían vuelto a llenarse
de recuerdos que creía perdidos—. Me
trajiste todo aquello que alguna vez
anhelé en secreto. Un hogar. Una
familia. Mi propia familia. No solo me
diste a Daniel sino también a Mariam.
La mujer que amo con locura y por la
que daría hasta mi propia vida.
El sonido de unas tórtolas alzando el
vuelo lo hicieron elevar la vista y
admirar por unos segundos aquel planeo
natural de las aves chillonas. Era
primera hora de la mañana y el
camposanto de laberinticos pasillos con
altos muros repletos de nichos lucía
alegre, fulgente y lleno de flores.
Realmente en ese lugar se respiraba una

paz y una calma reparadora. Poco o nada que ver con la batalla campal que se debía estar viviendo a esa hora en la casa de los Salas. Ese mismo mediodía se casaba con Mariam, y por lo visto, los nervios estaban a flor de piel.

Vicenzo sonrió al pensar que a partir de ese día tendría a Mariam en sus brazos. Todas las noches. Y es que para su desdicha, la pequeña fierecilla, por respeto a sus padres, se había negado a dormir con él.

Maldición, se había negado a dormir con él y hasta a jugar con él.

¡Ni siquiera en la reconciliación!

El único que había montado a caballito ese día había sido Daniel en su espalda.

Pero esa noche... esa noche lo resarciría por la semana de celibato que había tenido que sufrir desde que pisara la isla.

Exhalando, descendió la mirada y volvió a clavar sus ojos verdes, serios, en la fotografía de una bonita y sonriente Judith.

Quizás su distracción solo trataba de postergar la otra mitad de esa insólita y chalada conversación. Había llegado el momento de las recriminaciones y culpas.

—Detesto lo rastrera y egoísta que fuiste con Mariam, pidiéndole que afrontara tus propias batallas, nuestras batallas — se corrigió, el timbre de su tono revelaba lo mucho que aborreciera ese hecho—. Pero mentiría si dijera que no te puedo perdonar. Fue tu maldito egoísmo quien la trajo hacia a mí. Hubo un breve silencio.

—Por otro lado, tampoco podría condenarte porque yo he sido igual o más detestable y miserable con ella. — Dio un paso hacia delante y colocó sobre en el nicho de Judith una figura de papel similar a la que la joven le regaló la madrugada que se conocieron—. Lo siento Judith. Lo siento mucho. Siento que la vida no te diera la oportunidad de eximirte con Mariam, de recompensarla por exigirle sanar tus faltas y decisiones,

en cambio yo...

En esta ocasión, Vincenzo dio un paso atrás y escondió las manos en los bolsillos de sus pantalones. Vestía informal, completamente en tonos oscuros: vaqueros y camisa de botones remangada en los codos. Contempló pensativo un minuto más la fotografía y terminó la frase que dejó a medias:

—En cambio yo, Judith, me ocuparé hasta el último de mis días en demostrarle lo mucho que me arrepiento de haberla lastimado alguna vez. Ha puesto su amor y bondadoso corazón en mis manos y pienso protegerlos como un salvaje por encima de todo y de todos.

Esa mujer es mía y la amo. La amo a ella y a mi hijo. A mis dos hijos. — Se apartó y sin mirar atrás ni una sola vez comenzó alejarse—. *Arrivederci, madane Judith.*

Tenía una boda que celebrar. Se casaba con el primer y único gran amor de su vida. Ese día Mariam Salas se convertiría en la *signora* Riccardi.

Suya. Por siempre.

Epílogo

Cinco años más tarde...

— ¡Ni se te ocurra acercarte a mí si no son con intenciones tan puras y castas como las de un recién nacido!

La advertencia de una Mariam chistosamente exaltada hizo que Vincenzo sonriera mientras se ajustaba el cinturón de sus pantalones.

—Le prometimos a mis padres que recogeríamos a los niños a las tres — continuó ella, calzándose, sentada en la cama, unas sandalias a juego con el vestido color turquesa que se acaba de poner—. Ellos tenían una cita a las cuatro en no sé qué sitio, y... —Eché un rápido vistazo al reloj de la mesita de noche en el dormitorio y abrió los ojos, exagerada—. Oh Dios mío, ¡y son las cinco!

—Cálmate cariño —dijo Vincenzo sin perder la mueca divertida de sus labios y colocándose una camisa—. Estoy seguro que mis queridos suegros sabrán

mejor que nadie el por qué una pareja puede demorarse y perderse a veces durante horas.

Incorporándose, Mariam caminó hacia su esposo y rodeó su nuca con las manos, atrayéndolo hacia ella. De puntillas, frotó mimosa la suavidad de su mejilla con la áspera de Vincenzo. Él gimió y sujetándola por las caderas la apretó más contra su cuerpo.

La joven alzó la cabeza y lo miró. Sus ojos marrones destellaban astutos y tenía el rostro colorado.

—Y yo estoy convencida, mi amor, que si tu querido suegro conociera el motivo de nuestro pequeño retraso de esta tarde y se imaginara solo un poquito las cosas que me has hecho en esa cama —le sonrió—, te castraría.

Vincenzo hizo una mueca de dolor y ella, riéndose, aprovechó para escabullirse de sus brazos.

Solo unos minutos más tarde, bajaban de la mano las escaleras de aquel coqueto chalet que Vincenzo había comprado en

el lugar de origen de su esposa en su primer aniversario de bodas. Un lugar idílico al que solían acudir de vez en cuando para escapar del mundo exigente y de poder de él, y ser más que nunca, lo que eran: una familia feliz.

Nada más pisar la sala se encontraron, holgazaneando en el sofá, con un intruso que, obviamente, no tenía ningún problema en allanar casas en las que no había sido invitado.

—¡Aleluya! —clamó Ulises—. Por fin salís del dormitorio. ¿Es qué nunca tenéis suficiente? Ya habéis pasado la etapa del calentón inicial y seguís peor que al principio.

Vicenzo entrecerró por un instante los ojos.

—Ulises, ¿estás cómodo? ¿O prefieres qué te traigamos algo de tomar?

—Pues ahora que lo mencionáis...

—¡Papi! ¡Mami! —Entraron correteando a la estancia dos pequeños de cuatro y seis años: Daniel y Judith.

Mientras Daniel se aferraba a la cintura

de su mamá, Judith, quién tenía unos ojos tan enormes como los de su madre pero de un hermoso color esmeralda como los de su padre, aceptaba encantada los brazos de su progenitor.

—Tío Uli nos ha traído —dijo el niño.

—Primero se ha comido tooda la bandeja de pasteles que ha hecho el abuelito. —Sopló la niña de cabellos negros, riendo, e intentando parar los ataques de cosquillas de Vincenzo.

Ulises, poniendo los ojos en blanco, al fin se levantó del sofá. —La pequeña Judith ha salido tan encantadora y responzona como su mamá.

—Mami, ¿estás bien?

—¿Y por qué no iba a estarlo cariño?

—preguntó, desconcertada.

—Porque cuando llegamos a casa te oímos gritar y llorar en el dormitorio, y tío Uli dijo que papi te estaba curando porque estabas malita.

—Tito Uli dijo que papi te ponía una inyección. ¿Te dolió mucho, mami?

Mariam se ruborizó de la cabeza a los

pies mientras el bocazas de su mejor
amigo estallaba en una sonora
carcajada.

Sorprendida, observó como su esposo
también parecía divertirse con la
situación.

¡Hombres!

—No, cariño, no le dolió —le dijo

Vicenzo—. Pero para asegurarme que se
recupera bien, esta noche le pondré otra.

—Esta noche dormirás en el sofá. Y tú

—apuntó con el dedo a Ulises—, puesto

que te has autoinvitado y asaltado mi

salón, esperarás que junto con el célibe

de mí marido...

—¿¿Qué?! —exclamó el aludido, aunque

parecía esforzarse por no romper en

carcajadas.

—Os decía, que las plantas toca

regarlas y hay que ponerse manos a la

obra con la cena. Invité a mis padres

esta noche. — Guiñó un ojo a su marido

—. Creo amor, que le podrás contar esta

noche a mi padre todo ese asunto de por

qué solemos llegar tarde a prácticamente

todos lados. —Vicenzo hizo una mueca, como si le hubiesen dado una patada en la entrepierna. Lo que probablemente pasaría si su suegro supiera—. Ahora, sí me disculpáis, mi pequeña jauría tiene que merendar. —Bromeó cariñosamente, guiando a sus dos hijos a la cocina.

Ulises enarcó una ceja y replicó:

—¿Por qué narices tenéis que jugar a la familia mileurista solo cuando pisáis tierras Canarias? Hoy me vendría de perlas tu séquito de empleados.

Ignorando al Ulises llorona, Vicenzo siguió a su mujer a la cocina. Había servido la merienda a sus hijos, y sorprendiéndola, la agarró desde atrás por la cintura y la apretó contra su pecho. Ella estrechó sus brazos con los de él.

—Pequeño —comenzó diciendo Mariam mirando a Daniel primero y luego a Judith.

—Tentador. —Rió Vicenzo, besándola en el cuello.

—¡Engaño! —gritó Ulises desde el
salón, haciéndolos reír—. ¡Pequeño y
tentador engaño! ¡Seréis mentirosos! ¡Ya
os estáis metiendo mano de nuevo!